

ROBERTO HARARI

**CONSTELACIONES CLÍNICAS:
PUNTUACIONES**

Texto establecido por Ilda Rodríguez

CONSTELACIONES CLINICAS: PUNTUACIONES

Roberto Harari

Nota: Se cuenta en este caso con los 6 primeros capítulos que llegaron a establecerse en vida del autor.

Índice

Capítulo I	6
<i>Constelaciones clínicas ¿ por qué no?</i>	
Capítulo II	23
<i>Una ética del psicoanálisis: culpable de ceder ante su deseo</i>	
Capítulo III	36
<i>La Cosa, única y múltiple a la vez</i>	
Capítulo IV	60
<i>Las neurosis: La represión es una lengua...</i>	
Capítulo V	78
<i>La fobia</i>	
Capítulo VI	92
<i>La histeria</i>	

Capítulo I

Constelaciones clínicas ¿por qué no?

I.- Estructuras y formaciones: por qué, no

Para comenzar a despejar el interrogante suscitado en el título, habría que intentar dar cuenta de un elemental sondeo acerca del término “estructura” y en una primera aproximación, cabe decir que el mismo pareciera dar pie a la idea de todo y en ese sentido se han escrito numerosos libros para tratar de esclarecerlo. Uno de ellos – clásico, sin duda – es *Sentidos y Usos del Término Estructura en las Ciencias del Hombre*, de G. Paidós; ya en la época de la así llamada “moda estructuralista” en la que se ha querido incluir a Lacan. ¿Podría tal comprensión ser considerada oportuna, pertinente, lícita? ¿O no? Desde ya adelantamos nuestro desacuerdo con esa posición - junto con Lacan –

Otro item que se pondrá sobre el tapete es el que surge por de pronto – y al que sin hesitar cabría llamar, extraño – como sintagma cristalizado, en aquella hartamente frecuente denominación: “estructuras clínicas”. Desde el vamos, es viable advertir que esta composición no va de suyo, que habrá que averiguar si descansa en ella una idea sostenida por el maestro francés o si se trata de otra cosa.

Presentada así la cuestión, de todas formas, iniciaremos un rastreo para ubicar el trasfondo del decurso a iniciar: ¿Qué hay en Freud al respecto? Claro, en primerísimo término, su texto clásico, de 1924, *Neurosis y Psicosis*, al que habría que recurrir, de inicio, en el intento de situar esta distinción en su obra. De este modo somos conducidos a otro texto muy cercano a él, cual es: *La Pérdida de la Realidad en la Neurosis y en la Psicosis*. De acuerdo con ello, pareciera que el distingo clínico fundamental en Freud, pasa por esta básica discriminación.

Desde ya que es consabido otro intento de puntuación freudiano, al que hace de referencia en: “la neurosis es el negativo de la perversión”. Entonces, hasta aquí: neurosis, psicosis y perversión.

Ahora bien, vale interrogarse una vez más: ¿Qué mienta el término estructura? ¿En términos de qué cabe definir si es o no una estructura? He aquí el punto crucial que radica en acotar desde qué perspectiva se alcanzará la definición de marras. Claro está que no repetiremos al modo del psitacismo o memorismo – la psitacosis alude a la enfermedad de los loros- la remanida fórmula en extremo pregnante que da en hablar de “un conjunto de elementos interdependientes tal que si se modifica uno, de

modifica el resto". Desde ya, que esto no es más que un conjunto de palabras vacías y hasta ahí, resulta reducido su alcance de modo notable a lo elaborado por los gualtistas. Si nuestra pretensión es tomar distancia de lo asentado en esta idea de totalidad, habrá que definir la estructura, por otro lado.

Hecha esta presentación de la problemática, o mejor dicho, de interrogantes y/o de cuestiones, que no aparecen dogmáticamente resueltos, iniciaremos un cierto derrotero que nos ponga en la pista – siempre al estar de mi lectura-escritura- de la presentación en Lacan de esta tesis.

Para ello, haremos una incursión por el interminable *Seminario 11*. Interminable por la cantidad de cuestiones desplegadas – he escrito un libro al respecto y algún tipo de transferencia particular debe haber con él* – de las cuales tomaremos una que en mi libro no está mencionada – por cierto que es, no todo – a la que Lacan denomina, “posiciones subjetivas”. ¿De qué? Y responde de esta manera: “No obstante, quisiera adelantar ahora lo que mi discurso ensayará articular, si es posible, el año que viene. Se trata de algo que habría que llamar *las posiciones subjetivas*. Porque toda esta preparación en lo tocante a los fundamentos del análisis” – *Los fundamentos del psicoanálisis*, es justamente el título original del *Seminario 11*, que en la versión establecida se transformó en *Los cuatro conceptos del psicoanálisis*** - “debería normalmente desplegarse mostrando –ya que sólo según la posición del sujeto puede encontrar un centramiento adecuado- qué esclarecimiento aporta a esto la articulación del análisis por el hecho de partir del deseo”.¹ Se trata, entonces, a partir del deseo de ilustrar algo que tiene que ver con la posición del sujeto.

Continúa diciendo el dictante del productivo *Seminario*: “Posiciones subjetivas, entonces, pero ¿de qué? Si me fiara de lo que está a la mano diría: *las posiciones subjetivas de la existencia...*”² Enseguida vamos a detenernos en este delicado significante: existencia. Hemos aquí en 1964, en el transcurso de su dictado y a renglón seguido, contextúa ese particular año en el que dice lo que sigue: “... aprovechando el favor de que goza este término por estar en el aire mismo que respiramos”³ Se refiere aquí al término ya avanzado por el pensamiento existencialista. Esto es lo delicado del asunto: ¿lo utiliza en su sentido existencialista? Desde ya que, evidentemente, toma una distancia marcada con esa posición filosófica –pese a sus homenajes a Jean Paul Sartre y a Heidegger – no tratándose de ninguna manera de esta idea de la existencia, sobre todo porque hay un punto crucial para ese apartamiento respecto de los filósofos de la existencia.

Ahora bien, digámoslo de una vez, la cuestión decisiva radica en – vamos a centrarnos en Sartre – la función de la libertad. En este orden, para Lacan resulta determinante la cuestión de marras, ya que no comporta sino, en última instancia, el delirio, el discurso delirante del hombre normal. Hete aquí –al estar del maestro francés- lo que podemos llamar libertad.

Sin embargo, vale la pena subrayar que una de las maneras de regirse por las opciones éticas indica el uso de la libertad. Mentada así, no resulta desatinado aquí,

* Cf. R.Harari, *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis, de Lacan: una introducción*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1987, p13

** --, *ibid*, p.38, n1

¹ J.Lacan, *Seminario 11, Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis*, Paidós, Buenos Aires, 1986, cap. XIX, p. 254

² --, *ibid.*, p. 255

³ --, *ibid.* p.255

ser cuidadosos ya que en términos de *sobre-hiper-determinismo* cientificista, suele olvidarse que el lugar del sujeto en su fantasma le da pie a la posibilidad de desasirse de ese lugar y en uso de su libertad, elegir. Es claro que esa es maniobra del análisis y no un *a priori*, tal como lo plantea J. P. Sartre. Dicho de otro modo: no es que la existencia conlleve en sí su propia libertad; antes bien, ahí donde, efectivamente, distinguimos ese delirio en el hombre normal, es porque resulta, por supuesto, generalizado. O sea, que encuentra su garante en otro que piensa lo mismo: “si piensa igual que yo, está bien” De esa forma, ese delirio al ser institucional, no es delatado como tal. Por supuesto que será Lacan, quien se atreva a hacer un enunciado *pour épatér*, respecto de la idea de existencia.

Cabe argüir a ese respecto, el consabido modo lacaniano de escribir: *ex –sistencia*. Lejos de una pedantería intelectualizadora – huelga decirlo – se trata de *ex*, ‘fuera’; es decir, que el sujeto no cuenta con un centro en sí mismo. De ahí la relación entre *ex -céntrico* y *ex -sistencia*.

Por el contrario, en el sentido sartreano, trasunta el individuo en el centro de su propio proceder, su propia libertad y su elección. No obstante, la cuestión tiene sus matices y a diferencia de otros psicoanalistas, desde Lacan sabemos que no se trata de que todo se ha jugado en la infancia y que el analista, en definitiva, no tenga otra opción que mostrarle al ‘pobre’ analizante, cuánto daño le han hecho sus padres, cuánto lo ha condicionado su historia para que no le quede otra salida que repetir ciegamente el destino trazado por otros. Además, lo dicho no deja de ilustrar que se está incurrido en ese desfiladero, donde por un lado está la pared y por el otro, el precipicio. De otra manera: de un lado, el delirio de la libertad, y del otro, ser un títere de la ¿historiola?* familiar.

II.- Lo neurótico: introducción de la posición subjetiva

Vale rescatar, entonces, el sentido de *ex –sistencia* con que el maestro francés lo introduce como concepto, dando en resaltar – a su turno - las ‘estructuras *ex –sistenciales*’. Lo cual, obviamente, no se compadece exactamente con las meneadas ‘estructuras clínicas’, y en lo que sigue, trataremos de acompañar su despliegue en el texto que nos guía en este tramo. Por supuesto, que no se trata de restricciones en contra de la idea clínica, sino que la rescata con restrictivas salvedades críticas, a los efectos de no quedar reducida meramente a una psicopatología y por ende, diluir el énfasis puesto en el reino del diagnóstico que esta conlleva. La apuesta en juego es tomar distancia de ello, ya que –básicamente- el sujeto se enfrenta con lo que él es y con lo que él no es. Es claro, que lo detectado aquí, va más allá de lo que cualquier psicopatología pueda entender, en tanto ésta precisa un listado de síntomas, signos, síndromes, etc.

Mejor dicho: en tanto la idea de la clínica, de estructuras clínicas, se transforma en cuadros - en el sentido de lo propio, lo típico - aislaremos puntuaciones que en lo posible, no intenten hacer cuadros, ni hacer creer que el análisis empieza, en consecuencia, a partir del diagnóstico o que en éste estaría lo crucial.

* Cf. R.Harari, *Palabra, Violencia, Segregación y Otros Impromptus Psicoanalíticos*, Catálogos, Buenos Aires, 2007, p.

Vayamos ahora a lo que dice Lacan en el *Seminario 11*: “Esto, desgraciadamente podría aplicarse rigurosamente sólo a los neuróticos - lo cual no es poca cosa”. ¿Qué es lo neurótico? Se alude a la posición subjetiva de la existencia. La introduce diciendo, existencia, mas caracterizada en la neurosis. Continúa la cita anterior de esta manera: “Sin embargo, prefiero decir *las posiciones subjetivas del ser*.”⁴

Ahora bien, ¿por qué cabe esa referencia al ser? Porque, no olvidemos que un neurótico ante todo, duda y lo hace, efectivamente, acerca de su ser, de lo que sabe acerca de sí y de su condición; es decir que se pregunta por la condición de su existencia. Y en este sentido toma distancia, por lo pronto, respecto del lugar de esta interpelación, de lo que sucede al perverso y al psicótico. De ahí que el neurótico esté rajado en su ser y por lo tanto, no resulta azaroso que Lacan tome como punto de partida a la neurosis, para situar la interrogación por la posición subjetiva del ser.

Cabe destacar que en su alusión al ser, no es lícito dar por sentado que estamos en el terreno de la filosofía, puesto que no se trata de cuestiones de ontología. En todo caso, usando esta fórmula tan lúcida del analista francés, podría decirse: “la filosofía, donde el psicoanálisis no tiene, a menudo, sino que recobrar lo que es suyo”. Dicho así: no es un campo otro, no es un campo ajeno, tampoco de intersección, ni de importación, ni nada por el estilo; sino que es dable encontrarse con que los filósofos, muchas veces – no digo, siempre- se encuentran trabajando problemáticas nuestras. En efecto, ¿qué quiere decir “nuestras”? Vale decir, no es que nos las robaron; antes bien, las hacemos nuestras. Digámoslo de una vez: habría como un método de “rapiña” – dicho en el mejor sentido de la palabra- que es lo que Lacan ha hecho constantemente de manera tan creativa y perspicaz con tantas áreas del saber. Ha sacado lo que le convenía. En efecto, como es harto conocido, el pensar filosófico sobre el ser nos pone en presencia de lo que aparece en la clínica del neurótico. Puestos en la vía de ahondar dicha apreciación, enseguida abordaremos esta tesitura en otra sagaz y precisa puntuación.

III.- Lo cuatripartito de lo inconsciente: elementos integrativos

Retomando nuestro hilo de manera confluyente con lo que venimos exponiendo, el analista francés nos advierte que en el *Seminario* del año siguiente – *Problemas cruciales para el psicoanálisis* - que se ocupará de la temática que hemos comenzado a plantear en el ítem previo. Obsérvese, que en cuanto al título del mismo eso no parece cumplirse, por cuanto prosigue con la idea de los fundamentos, de los problemas cruciales en el psicoanálisis. A pesar de ello, llegados a la clase del 3 de marzo de 1965, hemos detectado que vuelve sobre el tema señalado, de una manera que amerita rescatarse, ahora, hablando de : “ una tripartición que tiene el mérito de anticipar lo que alguien ha podido, en el curso de una reunión reciente, recordarles, como título, lo que habría querido introducir en el seminario de este año...”⁵ Indicando que las posiciones subjetivas se involucran en una tripartición. Presentado así, ¿cual es la tripartición aludida, de las varias planteadas por Lacan?

Nos aclara allí que: “No se trata de otra cosa en lo que hace unos cinco años y más he introducido, recordando cuán esenciales son. Nuestra experiencia nos obliga a

⁴ --, *ibíd.* p.255 (traducción levemente modificada según versión francesa de AFI)

⁵ -- , *Seminario 12, Problemas Cruciales para el Psicoanálisis*, clase del 3/3/1965, p. 88

confrontar para distinguir de ello, los pisos de estructuras, los términos de la privación, de la frustración, y de la castración.”⁶ O, pudiéndose decir así también, como modalidades de la falta. Esto es, que las posiciones subjetivas de la existencia, en primer lugar, se van a especificar en función de las modalidades de la falta; de las cuales, es consabido que el denominado psicoanálisis “postfreudiano” ha derrapado en función de enfatizar de manera constante, la frustración – en su nivel es imaginaria – que supone que habría una armonía tal que si se le diese al sujeto aquello que no tiene, no hubiera habido esta ideología imaginaria llamada frustración.

Además, cabe recordar la ya clásica y no menos fatigada diada o tríada: *la frustración provoca regresión y la regresión fomenta la agresión*. De acuerdo con ello, resulta obvio que de allí se siga: ‘sujeto frustrado – sujeto agresivo’. Más aun –en continuo dislate- si alguien no frustra, no genera agresores y si hay un agresor, seguramente fue frustrado; o si fue frustrado, será agresor. En fin, se lo ve: ello desemboca en una clara psicoprofilaxis que alecciona: “no frustréis para no hacer agresores” (¿?).

Es claro que se podría decir, exactamente, que es una lectura muy apropiada si se la lee al revés: *fomenten lo imaginario, que el reverso de lo imaginario es la agresividad*. Digámoslo de otro modo: muchas psicoterapias, de estas que procuran el reforzamiento yoico – sea por el método que fuere- tal que su anverso y su reverso, es la agresividad. Así, la enseñanza fundamental de Lacan al respecto, es que la insuflación yoica narcísica trae, por supuesto, como consecuencia, el incentivo agresivizante. Este es uno de los escollos cruciales, respecto del carácter real de la privación. No es nuestro objetivo demorarnos en ello, aunque sí, detenernos en lo que nos interesa desde Freud como crucial: la castración.

De tal forma, se puede decir, entonces, que son posiciones subjetivas de la existencia centradas en las maneras diferenciales de articularse a la castración; como una manera de presentar la problemática que Lacan introduce - a partir de una crítica de la cuestión de la frustración* - en el *Seminario 12*, diciendo: “...esta limitación del horizonte conceptual tiene por efecto del modo más manifiesto y más claro, hacer cada vez más impensable lo que Freud nos ha designado en su experiencia como siendo el tope de detención, el punto de detención de su experiencia, a saber: la castración”⁷

Referido a ello, si nos encontramos con este centramiento en la castración, se podría partir de aquí y entrar a reverberar las notas consabidas. Por ejemplo, en Freud: “la castración viene a ser aquello que –visto desde la perspectiva del varón – sucede al Edipo. Entonces, problemática edípica - incesto, parricidio – que es superada por la castración; instalándose después – funciona en esto la problemática con el padre – el superyó.” Dicho así, aparentemente, viene a ser una especie de piedra de toque angular para todo psicoanalista; diríamos; casi como un punto indiscutido al intentar centrarse en la cuestión de la castración, iría de suyo - al mentar la posición subjetiva de la existencia - desembocar, sin más, en el Complejo de Edipo.

Ahora bien, lo previo parece obvio, en tanto un punto en común que todo psicoanalista *pareciera* compartir. Y el énfasis puesto en *pareciera* es pertinente,

⁶ --, ibíd

* Cf. R.Harari, “La significación del falo”, de *Lacan: claves introductorias*, Lumen, Colección Tercer Milenio, Buenos Aires, 2007, pp. 86/7

⁷ --, ibíd

puesto que constituye un ítem presto a hacer resaltar la discordancia de Lacan con Freud. Dicho de otra manera: hace su aparición un punto original distinto, de Lacan con respecto a Freud.

Vayamos, entonces, a un texto bastante conocido del maestro francés, de 1958, que permitirá aislar lo que no es una referencia aislada – tendremos ocasión de seguirla en otros lugares de su obra – sino una postura insistente del impar lector de Freud - a su respecto – que radica en un corte acerca de esta canónica temática del psicoanálisis del Edipo-castración. Desde luego, al ser tematizada a su turno, nos va a permitir – según un objetivo crucial que reza el título de este acápite- procurar definir ¿una? estructuración de lo inconsciente. Nos estamos refiriendo a *El Mito Individual del Neurótico*, enunciado como un lugar de ruptura Lacan – Freud, que habremos de tomar en consideración en lo que sigue.

IV.- Prevalencia absoluta del cuarto en Lacan

En primer término, en el punto IV del citado artículo lacaniano, es dable marcar a partir del enunciado inicial, dónde está la puntuación decisiva del quiebre en cuestión. Empieza el apartado de esta manera: “El sistema cuaternario...” Hete aquí ^{**} la indicación de la prevalencia absoluta del cuarto en Lacan –como tuve ocasión de subrayar. En tal sentido diremos que hay razones de estructura que van a indicar por qué la incidencia fundamental para Lacan del cuatro y cómo resulta insuficiente la problemática triangular, que es la freudiana. Dicho lo cual, vayamos al decir de Lacan en la ocasión que estamos considerando: “El sistema cuaternario tan fundamental en los impasses, en las insolubilidades de la situación vital de los neuróticos, es de una estructura bastante diferente de la que se da tradicionalmente...”⁸ Sí, mas, ¿cuál es la tradicional?: “el deseo incestuoso por la madre, la interdicción del padre...”

Valga aquí esta breve digresión. En congruencia con tal designio, haremos referencia a lo largo de nuestro trayecto, a la Metáfora Paterna, en relación con los Esquemas R y L – sin entrar enseguida, aunque queda anunciado- las fórmulas de la sexuación, y de la introducción del nudo de cuatro a partir de R.S.I ; para volver a su culminación en lo que llama el Nudo de Joyce. Hasta ahí, ni siquiera el nudo borromeo es de tres – del cual Lacan manifiesta su insatisfacción - sino que se ve llevado a introducir, por lo menos, el de cuatro. Digo así, porque el maestro francés hablaba de la posibilidad de llamar a un *Seminario*: “cuatro, cinco, seis...”; lo cual es en función de los nudos a partir del cuatro.

Ahora bien, retomando nuestra dilucidación en marcha, es dable decir respecto del cuatro - vale nuestra insistencia – que ello no responde a una cuestión lúdrica; sino que lo lleva ahí una razón de estructura, tratándose de la crítica estricta al esquema edípico. Obsérvese que hemos dicho “esquema” a propósito, puesto que cambiará su denominación más adelante. Mientas tanto, prosigamos con la cita en el punto donde ha sido interrumpida: “Creo que esta diferencia debería conducirnos a discutir la antropología general...” Cabe advertir en estas líneas cómo capta Lacan que se

^{**} Cf. R.Harari, “Metáfora: ¿Tema y Fora?” en *¿De qué trata la clínica lacaniana?*, Catálogos, Buenos Aires, 1993, pp. 29-47

⁸ --, “El Mito Individual del Neurótico” en *Intervenciones y Textos I*, Manantial, Buenos Aires, 1977, p.55

desprende una antropología general a partir de la teoría analítica. Continúa, entonces: “...tal como ella ha sido enseñada hasta el presente. En una palabra, todo el esquema del Edipo debe ser criticado. No puedo dedicarme a ello esta noche, pero no puedo empero dejar de intentar introducir aquí el cuarto elemento que está en juego.”⁹

Subrayemos en cambio que no se trata sólo de la rivalidad con el padre, ni del deseo incestuoso por la madre, ni del efecto de barramiento que tiene esta interdicción del padre – vale atender que mentamos adrede ‘interdicción’ y no, ‘castración’ – ni de todo ese cortejo sintomal que rodea a esta introducción a la problemática así llamada, edípica. En el texto de referencia, Lacan da en resaltar, enseguida: “ Planteamos que la situación más normativizante de lo vivido original del sujeto moderno, bajo la forma reducida que es la familia conyugal, está [ligada] con el hecho de que el padre resulta ser el representante, la encarnación, de una función simbólica que concentra en ella lo que hay de más esencial en otras estructuras culturales, a saber, los goces pacíficos, o más bien simbólicos, culturalmente determinados y fundados, del amor de la madre, es decir, del polo con el cual el sujeto está [ligado] por un lazo, para él incuestionablemente natural.”¹⁰

Cabe indicar que el rasgo más ostensible en lo que ha dicho, nos va a conducir a establecer una decisiva discriminación respecto de la función del padre y sus consecuencias.

V.- Discriminar PS, P R y PS: incremento perversión

No precipitemos, sin embargo, la conclusión, ya que hay algo llamativo en el planteo antedicho, cual es, que el padre no está ahí para hacer sino una especie de complicidad respecto de un lazo natural que ya estaba, y que este lazo natural sea efectivamente, preservado; que sea, en todo caso, un goce tranquilo, domesticado, calmo. Pareciera que hay otro que no es tan tranquilo y calmo. En una palabra, ¿por qué tanto embrollo con el incesto? Porque en lo tocante al padre, entonces, se trata del guardián del lazo incestuoso. En vez, afinará Lacan: “Sería necesario que el padre no sea solamente el Nombre-del-Padre...”

De acuerdo con esta concepción, otra vez aparece una inversión de la perspectiva. ¿Por qué? Porque como se suele decir: ‘si bien tuvo padre, parece que ese padre no encarnó bien o que no sustentó bien el lugar del significante del Nombre-del-Padre.’ En cambio de ello, aquí Lacan, destaca exactamente otra cosa. El Nombre-del-Padre, en efecto, es un lugar de sustentación crucial; sin embargo, el padre es algo más que el Nombre-del-Padre. Claro está que no basta con sustentar allí el *non plus ultra* y que lo crucial de que acaece al sujeto radica en lo que le pasa con respecto al Nombre-del-Padre. Por ejemplo, en la problemática de la psicosis con la acrítica huída hacia la remanida forclusión, como respuesta para todo. Entonces, hay un padre que no se agota en la noción del Nombre-del-Padre. (Volveremos sobre esta cuestión hacia el final del capítulo.

Entonces, acotará el maestro francés a su respecto, al proseguir la cita interrumpida: “...sino que represente en toda su plenitud el valor simbólico cristalizado en su función. Ahora bien, está claro que este recubrimiento de lo Simbólico y de lo

⁹ --, ibíd, p. 56

¹⁰ --, ibid, ([...] traducción levemente modificada)

Real es absolutamente inaprensible. ¹¹ Es decir, no cabe superponer el Padre Simbólico, con el Padre Real.

De otra manera: en principio pareciera que aquel –el Simbólico – lo que ocasiona es –en última instancia - el cuidado de goce tranquilo. Empero, aparte de este padre que porta el significante del Nombre-del-Padre, cabe destacar que no es de ninguna manera condición suficiente; si bien es condición necesaria. He aquí el hincapié crucial que apunta a una de las tesis más duras de Lacan respecto de lo que sucede con el aparente incremento de la perversión; no sólo en el sentido de la estructura perversa, sino de la perversión en sentido manifiesto. Vayamos a calibrar cómo lo dice nuestro autor en el texto que venimos acompañando: “Al menos en una estructura social como la nuestra, el padre es siempre, en algún aspecto, un padre discordante en relación a su función, un padre carente, un padre *humillado*, como diría Claudel.”¹² Aquí se refiere a la trilogía de Claudel trabajada en el *Seminario 8: El Rehén, El Pan Duro y El Padre Humillado*.

Ahora bien, cabe considerar que lo mentado así, descubre una de las características del padre humillado: aquel que pese a portar el significante del Nombre-del-Padre y a garantizar el funcionamiento del significante; no está, sin embargo, a la altura de la función efectiva de lo que el analista francés va a llamar, entonces, el Padre Real. De este modo, prosigue la cita: “Hay siempre una discordancia marcadamente neta entre lo que es percibido por el sujeto en el plano de lo real y la función simbólica.”¹³ Conviene reiterar esa marca incidental: “discordancia marcadamente neta” y atender a la notoria adjetivación: « Es en esta división, en este descarte, [*cet écart*] lo que hace que el complejo de Edipo tome su valor, para nada normativizante, sino más a menudo, patógeno. ”¹⁴ Para decirlo de una vez: esa discordancia extrema entre el Nombre-del-Padre y el padre en su desempeño efectivo o real. Esto da pie al complejo de Edipo, le da el sentido patógeno. O sea, engendrador de síntomas. Entonces Lacan delinea la idea en cuestión: “Todo esto culmina en el [*au quatuor mythique*] quator mítico...”¹⁵ Huelga recordar que mítico, no es decir falso o no existente.

Destaquemos, a modo de resumen, lo hasta aquí expuesto. Así dábamos en hablar de posiciones subjetivas de la ex -sistencia, en función de modalidades de la falta. Entramos así en la cuestión de la castración, lo cual nos llevó al Edipo. De esta manera, tratamos de dilucidar si las mencionadas, podrían ser estructuras responsables de la castración, o no. Lo cual nos lleva otra vez, por retroacción, al Edipo en tanto patógeno. Retornaremos una y otra vez sobre esta cuestión.

Es cierto, empero volvemos a la estructura ternaria, en tanto que Lacan nos invita a ir al cuatro, ya que con el tres no podemos avanzar, arribando así a que el quator mítico: “...Se reencuentra efectivamente encarnado y reintegrable en la historia del sujeto y desconocerlo” – aquí desconocimiento no es sólo sentido de ignorancia, sino un desconocimiento activo, [*en méconnaître*] un rechazo activo - es desconocer el elemento dinámico más importante en la cura misma. No hacemos aquí más que

¹¹ --, ibid

¹² --, ibid

¹³ --, ibid.

¹⁴ --, ibid ([...] traducción levemente modificada.cf. p.14 *Pas tout Lacan ELP*)

¹⁵ --, ibid, p. 58 ([...] traducción levemente modificada cf. idem.)

destacar su valor. ¿Cual es el cuarto elemento? Pues bien, lo designaré esta noche diciéndoles que es la muerte »¹⁶

Henos aquí, entonces, ante lo recién expuesto, lo cual parecería estar en la antípoda de la idea freudiana de lo inconsciente, puesto que para éste no hay representación de la muerte, ni de la vagina. Digámoslo sin tapujos: esto es lo mínimo a entender en tal tesitura, para llamarse psicoanalista.

Ahora bien ¿cómo entender esta cuestión de la muerte que aquí introduce? ¿Se trata de la muerte puntual, de la liquidación de la vida? Preguntas renovadas en su reiteración y cuya pertinencia específica, sin embargo, hace que conserven su valor inicial. Desde el vamos, entonces, retrabajaremos esta idea acerca de si ese quator refiere una concepción de muerte ingenua - que lleva esa condición cadavérica - o si es una muerte que, en todo caso, da sentido a la vida; esto es, que sin la presencia de aquella no hay, por ende, vida plenamente vivida.

En lo que sigue Lacan acota: “La muerte es perfectamente concebible como elemento mediador. Antes que la teoría freudiana haya puesto el acento con la existencia del padre, sobre una función que es a la vez función de la palabra y función del amor...”¹⁷ Sin lugar a dudas, alude a la introducción de esta idea – por supuesto - a partir, no sólo de la pulsión de muerte, sino sobre todo, del padre muerto de *Tótem y Tabú*. Es decir, el padre bestial, el padre glotón de goce, que acaparara para sí - además de todas las mujeres - todos los goces y que por lo tanto, era pasible del destino que después sufrió, la muerte. Muerte, entonces, introducida a partir del padre. (Cabe volver sobre tal materia, en el último parágrafo capitular.)

Claro está, se trata de situarse, no sólo en el centramiento en el padre, sino en el modo en que este elemento hace de mediador, para no dejar de advertir cómo está presente en ese ternario, actuando de cuarto. Otra vez ese cuarto, el cual, en otro momento de Lacan – dejaremos por el momento *El mito individual del neurótico*, en el que hemos hecho hincapié hasta aquí- es llamado por él, el falo. Digámoslo una vez más: el falo, en tanto es limitación, marcación zonal, parcialización; en fin, en ese sentido cabe señalar que es el significante prototípico de la muerte. En las líneas que siguen, recalaremos en otro texto de 1960, donde se insiste en ello, pero de modo más contundente.

VI.- Teoría neurótica de la neurosis

En el despliegue del presente ítem, tomaremos apoyo en *Subversión del Sujeto y Dialéctica del Deseo*, en *Escritos 2*, a los fines de continuar explanando la idea arriba aludida, ahora en palabras de Lacan: “Ya es mucho que tengamos que colocar aquí, en el mito freudiano, al Padre muerto. Pero un mito no se basta por no sostener ningún rito, y el psicoanálisis no es el rito del Edipo, observación que habrá de desarrollarse más tarde.”¹⁸

¹⁶ --, *ibid.*, ([...] traducción... cf. *idem*)

¹⁷ --, *ibid.*, ([...] traducción... cf. *idem* p. 15)

¹⁸ --, “Subversión del Sujeto y Dialéctica del Deseo” en *Escritos 2*, Siglo XXI editores, Buenos Aires, 1987, p.798

Y dos páginas después, en tal orden, indicará el maestro francés: "...quedaría el hecho de que el mito, el último que ha nacido en la historia, que debemos a su pluma, no puede servir a nada más que el de la manzana maldita, con la salvedad, que no se inscribe en su activo de mito"¹⁹

Desde ya, es por todos consabido que Freud ha gestado mitos: uno es el del padre bestial de *Tótem y Tabú* y otro, el canónico de Edipo. ¿Por qué decimos gestó y no demostró o propuso, por ejemplo? Respondamos con Lacan: "Pero lo que no es un mito, y lo que Freud formuló tan pronto como el Edipo, es el complejo de castración. Encontramos en este complejo el resorte mayor de la subversión misma que intentamos articular aquí con su dialéctica. Pues, propiamente desconocido hasta Freud, que lo introdujo en la formación del deseo, el complejo de castración no puede ya ser ignorado por ningún pensamiento sobre el sujeto."²⁰

Y vale entonces, ahora, en este recorrido, anotar algo del orden de una jerarquización, que va a conducir el planteo del así llamado complejo de Edipo a denominarlo, mito edípico. Claro está que no, como un motor inicial, ni puesto en un lugar articulador y decisivo con respecto a la problemática de las posiciones subjetivas. En su defecto, Lacan, siguiendo un legítimo designio resalta aquello que hay que destacar de Freud, que no es entonces, el mito edípico; sino el complejo de castración. ¿Por qué? Porque el así denominado mito – va a decir el maestro francés – es el sueño de Freud. Y sobre todo, el sueño que el creador del psicoanálisis sueña con sus históricas. Referido a ello, he ahí dónde su impar lector, va a procesar esta referencialidad llamada edípica.

Digámoslo en forma un poco más concluyente: hay un mito freudiano en la histórica que es el edípico y un mito freudiano en lo obsesivo que es el padre bestial. Ambos sueños de Freud – al estar de Lacan – comportan lo que podría llamarse, una teoría neurótica de las neurosis –como reza nuestro título- Es decir, que se extrapoló a la teoría aquello que la clínica indica, de un modo acrítico. Todavía más, no hay duda alguna del valor que conlleva el mito edípico, ni se intenta argüir con lo desplegado que no hay deseo incestuoso, ni padre interdictor, ni efecto de barramiento, en suma. A pesar de lo despuntado, resulta que a través del quator se llega al complejo de castración y – lo más llamativo en la propuesta lacaniana- es que el mito edípico se gesta para recusar el complejo de castración.*

De tal forma, subrayemos la incidencia de Lacan en la habitual secuencia vertida por la vulgata psicoanalítica, complejo de Edipo-complejo de castración; cual es: complejo de castración-mito edípico. Entonces - de nuevo - es claro, que en el mito de marras se trata de una defensa ante el complejo de castración; el cual, ante la propuesta de la falta que remite a la muerte, hace de tapón, de pantalla, de punta de avanzada; en fin, al resultar más grato para los analizantes encarar la cuestión en estos términos, que en la confrontación con el quator – en términos de Lacan –

¹⁹ --, ibíd. , p. 800

²⁰ --, ibíd.

* A este respecto, puede acudir para su mayor despliegue a cf. R.Harari, *¿De qué trata la Clínica Lacaniana*, Catálogos, Buenos Aires, 1993, p. 171 y "La significación del falo..." op.cit. pp.29-34

VII.- *El no sabía: dolor de la existencia e ignorancia*

Vayamos ahora a un ejemplo clínico clásico, en pos de plasmar dicho planteo: “El estaba muerto y no lo sabía” –un sueño que Freud relata en *Formulaciones sobre los dos principios del suceder psíquico*. He allí que lo crucial en esa formación de lo inconsciente, es que el padre muerto de este hombre retorna en el sueño, aparentemente vivo, pero el sujeto siente un gran dolor al comprobar que estaba muerto, “sólo que él no lo sabía”; frase en la que puede apreciarse la ambigüedad de “él”.

¿A quién hace alusión la misma? ¿Quién no lo sabía? Si caemos en la ingenuidad del sueño como cumplimiento de deseos, quiere decir que el soñante procura darle vida al padre. Por último, este padre era un individuo que había soportado una larga enfermedad, una penosa dolencia y sin duda en este ínterin, el soñante deseó la muerte del padre: “- Mejor que se muera, para qué vivir así...” Por ende, la mencionada expresión: “él no sabía” ¿no refiere, acaso, a que el sujeto no sabía que deseaba la muerte del padre? Hasta aquí, por el lado del parricidio. Ahora bien, cabe la duda, ¿se trata, en efecto, de ello? Resultaría hartamente pregnante tomarlo en esta vertiente psicológica y es seguro que el analizante podría aprobar, sellando imaginariamente esta actitud defensiva que hace de pantalla: ‘- Es eso, es la rivalidad con el padre, la cuestión edípica.’

Referido a ello, huelga recordar que Lacan lo analiza en *el Seminario 6, El deseo y su interpretación* (resumido por Pontalis)²¹; análisis detallado de ese sueño que Freud incluye en dos textos - uno de ellos *Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico*²² y después lo incorpora en las ediciones ulteriores de *La interpretación de los sueños*, parte G, “Sueños absurdos”²³ - que va “ más allá” de la lectura ofrecida por Freud, tematizándolo de otro modo en diversas ocasiones.

Lacan lo plantea así: “De esta manera la ignorancia es colocada sobre el otro, mientras que lo que está en juego como lo hemos mostrado no es una ignorancia del sujeto mismo, ignorancia con respecto a la significación de su sueño, y sobre todo con respecto a la naturaleza del dolor del que participa, ese dolor de la existencia como tal, que aparece cuando todo deseo desaparece.”²⁴ Esto es verificable una y otra vez, como el mayor dolor de la existencia: que pueda aparecer la desaparición del deseo, que el maestro francés articula a lo referido por Jones – con nítidas salvedades críticas- al postular con el término afánisis a la desaparición de todo deseo. Entonces continúa: “Si el sujeto asume ese dolor, si bien motivándolo absurdamente en la ignorancia del otro –él no sabía- es porque se niega a comprender que él mismo se halla apresado en esa ignorancia, y porque en la agonía de su padre ha vivido algo amenazante que se volvía contra él mismo. Entre él y ese abismo que se abre cada vez que se ve confrontado con el término último de su existencia, interpone entonces una imagen que sirve de soporte a su deseo: la rivalidad con el padre.”²⁵

²¹ --, *Las formaciones de lo inconsciente*, Nueva Visión, Bs. As., 1970, *El deseo y su interpretación*, transcripción de J.B: Pontalis, p.127ss.

²² S.Freud, *Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico*, Obras Completas, Amorrortu, Bs. As.,1976, t.XII, p.217

²³ --, *La interpretación de los sueños*, Obras Completas (cit.), t.V, p.426

²⁴ J.Lacan, *El deseo y su interpretación...*, op.cit, p. 151

²⁵ --, *ibid.* p. 153

Es claro que esta creencialidad nos instala en el suelo del mito edípico y como sucede en tantos análisis, con largas elaboraciones sobre la culpa de haber deseado la muerte del padre, etc. Es ese otro orden que queda bien graficado por Lacan cuando introduce das Ding, en esa idea de una muerte que no es la cadavérica, sino que es el ser-para-la-muerte, es el franquearse estos límites de la existencia más o menos imbécil, estúpida –cómo él suele decir- cotidiana; en fin, es sentir ese más allá de lo que queda absolutamente taponado por la cuestión de marras: el mito edípico y la rivalidad del padre : “Haciéndola revivir imaginariamente puede andar sobre ese puente frágil, gracias al cual se salva de ser directamente engullido.”²⁶

VIII.- Demanda del Otro y complejo de castración

Ahora bien, en primer término cabe reconducir a partir de lo dicho en lo previo, que si de tal forma se es convocado a ese lugar donde ningún tipo de deseo sea posible, ninguna rivalidad imaginaria alcanza a salvar de ese abismo que traga. El cual, finalmente, es una demanda del Otro que plantea al sujeto – en tanto integridad, como un todo – a que se hunda en eso que lo llama. Dicha manera de diluirse comporta como respuesta al: - ‘¿Qué quiere de mí?’, un: -‘Me quiere, me quiere plenamente, para reencontrarse’ y / o: – ‘Quiere mi vida para de esa manera, vivir’. Por ende, se trata de aquello que podemos denominar desde esta perspectiva: complejo de castración.

Sí, mas esta modalidad de la falta - que no comporta emasculación ninguna – tiene su efecto donde el montaje edípico mítico hace su lugar - según Lacan concluye aquí- : “Su triunfo consiste entonces en saber que otro no sabe. Pero de hecho la muerte del padre es sentida como la pérdida del escudo cuando uno tiene que vérselas con el amo absoluto, la muerte”.²⁷

Subrayemos en cambio, que éste es el punto que retorna, por más intentos de combatirlo que se presten a través de la suposición de que la rivalidad ha sido tan decisiva, que ha llevado al padre a la muerte debido a la omnipotencia de los pensamientos, etc. Por último, este quator es lo que – en principio – no nos deja otra alternativa – como hemos puntualizado al seguir rigurosamente a Lacan * - que plantear la cuestión más allá del mito edípico; es decir más allá del ternario. Digámoslo así: de alguna manera, al proponer los esquemas L y R – por ejemplo – ellos dan en hablar de algo que trasciende cualquier idea de lo ternario. Más aún: inclusive Lacan lo da en llamar ternario simbólico.

Referido a ello, cabe argüir que el rasgo más ostensible en función de lo que acabamos de desplegar es que la condición del fantasma,..... * es ya una elaboración neurótica que tiene que ver con el mito edípico. Se trata, es claro - de una forma u otra – de que los cinco fantemas son maneras de decirse el Edipo, de escribirse diferencialmente. Pruebas al canto: Véase lo siguiente en relación con esta secuencia de interrogantes: ¿Qué dice Freud cuándo habla de lo pre-edípico, al respecto de la sexualidad femenina, por ejemplo? Aparentemente, se invierte la cuestión castración-edipo. ¿Por qué a partir de Lacan se pone tanto sobre el tapete la cuestión de la

²⁶ --, ibid.

²⁷ --, ibid

* Cf. R.Harari, op.cit

* Cf. R.Harari, *Fantasma: ¿Fin del análisis?*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1990, pp. 21, 325ss, 336, 345ss

sexualidad femenina? ¿Por qué se introdujo allí el significante pre-edípico?*** A nuestro entender, a la cuestión fantasmática habría que ubicarla como tapón – definición clásica de Lacan – el tapón de la botella; sea el axioma fantasmal de cada sujeto, sea de estos cinco fantasmas que establecen una especie de gramática general.

IX.- ¿Hay fantasma en la psicosis? Y qué, de la neurosis

No precipitemos, sin embargo la conclusión; sino que en este caso, intentaremos mostrar que hay cierto equívoco en alguna corriente lacaniana que afirma que en la psicosis no hay fantasma; lo cual sólo sería propio en la neurosis. Para mejor precisar, en este acápite espigaremos algunos puntos decisivos para lo que consideramos de orden básico en la discusión de la temática en cuestión.

Así, adelantemos simplemente un punto por el momento: Si se trata de una operación propia de la neurosis, obviamente habría que remarcar que ésta no se da en la psicosis. ¿A qué nos estamos refiriendo? Lacan lo contesta muy claramente en *La subversión del sujeto y...* aludiendo a que lo que hace función de objeto – o sea, de a en la fórmula del fantasma - es la demanda. Lo escribe de esta manera: en vez de la a, la D. He aquí lo que sucede en la neurosis. Es cierto que si se cree que es lo que debería ocurrir en la psicosis; de más está decir, que eso no se da. Para formularlo de otro modo, lo que hace que la función de objeto sea la demanda - o sea, lo prevalerte que es la demanda del neurótico - no está dado en esa constelación. Más aún, no está ni siquiera en el sentido más elemental, al no haber demanda de análisis, ni presencia sintomal declarada.

Ahora bien, de ahí a suponer que únicamente hay que ver el fantasma en función de la demanda, a mi juicio, estamos frente a un grave error. Para decirlo de una vez: no hay más que ir aun hospicio para poder apreciar la puesta en acto de lo que se trata y cómo el sujeto, en efecto, suele ser el objeto de su fantasma – al decir de Lacan – en el sentido acentuado del término. Es decir, en sentido masoquista. Algo así como una cosa ahí tirada. Ese es el lugar que él ocupa en su fantasma, dónde no da lugar a la demanda. No hay este pasaje. Más aún, tampoco en el sentido de intentar que el otro le demande, que el a se corra del lugar del analista; en fin, cuestiones que hacen a lo neurótico que no pasa en el psicótico. Empero, de ahí al temerario paso de afirmar con displicencia que no hay fantasma en esa constelación clínica, ya habla de un craso error, como decíamos líneas arriba. Más adelante desplegaremos con más detenimiento y en detalle, en la medida de una discriminación de las constelaciones en juego, respecto del lugar del fantasma***

X.- das Ding y a-Cosa

Bien, como paso previo a puntuar algunos aspectos de esa conjunción expresada en el título de este último apartado, habremos de considerar otra vertiente en la cuestión del mito, del cual cabe decir que Lacan lejos de situarlo como imaginario, le

*** Cf.R.Harari, “*La significación...* op.cit. pp. 35-45

*** Cf. R.Harari, *Fantasma...* op.cit. 71ss, 93, 292

otorga el estatuto de *irreal* –según lo precisa el *Seminario 11** - contestando así con la introducción de un nuevo mito en el psicoanálisis, cual es el de la laminilla de la libido: - ‘yo invento mi propio mito’. Es decir que hace función de teoría, no lo degrada. Sin embargo, no alcanza el carácter definitorio portado por aquella idea de complejo.

Vamos a ponerlo de esta manera para intentar dar cuenta de la insuficiencia en la aprehensión de la temática edípica – dicha genéricamente, con todo propósito- que nos ocupa. Resulta, por ejemplo, que los ‘tiempos del Edipo’ – como se ha dado en divulgar la así mentada declinación lacaniana – está planteada en términos del Nombre-del-Padre, perdiéndose así, de algún modo, la discriminación entre Padre Real, Padre Simbólico y Padre Imaginario – tal lo ya hilvanado líneas arriba - He aquí el punto decisivo y donde lo que se muestra a todas luces más llamativo es que al comenzar a establecer la coalescencia, va indicando que aquel - al parecer - capaz de portar el lugar del ideal, sin embargo es el que queda más descalificado. Tal como lo escribe el autor de *Escritos en Una Cuestión Preliminar...*- en un párrafo poético y de pertinencia psicoanalítica – que todo aquel que tenga que ver con la ley, precisamente, por ocupar el lugar como su portador, queda siempre en retraso, desfasado respecto de aquella. Más aún, su efectividad se ve minada por la manera en que ejecuta eso que él dispone como ley.

Ahora bien, dicho lo cual, no tarda en resaltar, entonces, la siguiente discordancia. En el *Seminario 7, La ética del psicoanálisis* – también perteneciente al primer período de su enseñanza - al dar en hablar del Padre Imaginario, llama la atención aquella afirmación de que éste da lugar al Superyó. Primera ocasión de despejar en esta “instancia” que Lacan vincula con la voz: ¿por qué habría de ser situada en el registro de lo Imaginario? En orden a lo apuntado, porque este Padre Imaginario es aquél al que el sujeto, inevitablemente, acusa por haberlo hecho tan mal. De ahí al Superyó como introyección del Padre; ahora, evidentemente, sádico para el sujeto. Entonces, si este padre introyectado se torna sádico, quiere decir que a él le hemos dirigido inúmeros reproches, retornando ahora desde esta posición de padre descalificado. ¿Y por qué los reproches? Por haber sido mal-hecho por él.

En el texto de referencia, el dictante del *Seminario*, llamará Padre Real, a aquel castrado, y por tanto deseante, que está en relación erótica con la madre. En tanto ubicará en la categoría de Simbólico al ya mentado de ‘los tiempos del Edipo’. Es decir, este es el Nombre-del-Padre en un sentido puro, si se puede decir así. Se trata estrictamente de aquél que porta la ley y que –como decíamos - queda en demérito a su respecto.

Vale nuestra insistencia en lo que sigue, en aras de este despeje inicial: el Padre Real es el castrador, no porque diga que ‘lo’ va a cortar; sino porque está en una dimensión erótica jugada, siendo deseable y deseante y sin dejar de tener en cuenta que es la castración la que introduce el deseo. Se trata, es claro, que el complejo de castración es numen introductor del deseo. Por ende, como se deja captar, si el Real introduce la castración, es el Imaginario el que da lugar al Superyó. Puntuaciones que brotan de las líneas planteadas en Freud, que han precisado ser ubicadas –de inicio por Lacan – en los registros de la experiencia, a los efectos de dilucidar esas funciones diferenciales.

* J.Lacan, *Seminario 11, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Paidós, Buenos Aires,

A ese respecto, en mi libro *La repetición del fracaso*^{*}, hacía referencia al episodio de las “insolencias” textuales propinadas por Jung a su maestro y ante las cuales, Freud contesta escribiendo *Tótem y tabú*. En aquella obra de mi autoría, aludía a que de esta manera, operaba la inversión de la secuencia del mito de la histérica, para demostrar en esa invención mítica la constelación del padre terrible, que el padre del psicoanálisis encarnaría para su ex-discípulo. Empero, en definitiva, otro factor operante allí – en la génesis del mito freudiano - se emplaza sobre la vertiente del padre arruinado, que fue el padre de Freud. Señala que a los tres años, cuando la familia hubo de abandonar Frieberg, el niño se habría dado cuenta de la importancia de lo acaecido para provocar semejante migración. Hete aquí el surgimiento de un padre en descrédito. Por ello quizás – a juicio de Lacan – el creador del psicoanálisis ha tenido que inventar el mito del padre bestial, a los efectos de compensar este lugar, no tanto de manera agresiva o egoísta, sino porque amaba al padre. Por eso fue esa versión del padre de Freiberg, aquel de antes de fundirse, y luego la de Jacob fundido.

De modo muy estrecho con lo espigado hasta aquí, cabe decir que conocemos sobradamente la pregnancia aportada por la recurrencia fatigante a los “tiempos del Edipo” lacanianos ya que apelan a la evolución; la cual obviamente, conlleva la entrada directa en la comprensión general, por nuestro sujetamiento de lo imaginario, ante todo. En lo tocante, entonces, al Nombre-del-Padre- que en esa operatoria se encuentra al final de la misma, tuvo que estar presente para dar lugar al Deseo de la Madre. Cuestión que revela como falaz a esa evolución.

Así, lo puesto de relieve de modo diferencial – como puntos de partida para poder proseguir las cuestiones aquí apenas esbozadas – no deja de hacer aparecer que, inclusive, la cuestión de das Ding - puntuación de estricta raigambre freudiana – delinea su alcance más allá del seno. Pues éste ya implica un objeto y además, puesto en el lugar de das Ding. Referencia que remite al *Seminario 18* –durante 1972 – por aquello de la introducción allí, de *a-Cosa*, que en un sentido hace decir: el objeto a – la Cosa.

Es cierto que dicho así, parece haber una unificación. Lo cual lleva a pensar que está usado allí como partícula privativa, o sea, que el a viene a procurar barrar la Cosa, donde se deja ilustrar su trasfondo amenazante. Y como se capta de esta manera, el objeto a, objeto de la pulsión, objeto causa del deseo; es, finalmente, un semblante de la Cosa, pero que permite no confrontarse con ella.

Ahora bien, ¿cuándo se puede presentificar esta Cosa? En lo siniestro, por ejemplo, cuando parece que cae toda planificación o estrategia del sujeto; en fin, toda manera de plantarse frente a una realidad que conoce, en el punto en el que se ve de golpe, como absolutamente en falta: he ahí la aparición de la dimensión de Cosa.

Claro está que habrá que atender al deslinde laciano entre la angustia de la que, a posteriori, se puede dar a entender de qué se trata, ya que no es sin objeto y el famoso *hilflosigkeit* freudiano, que es el estado de desamparo, de indefensión absoluta del sujeto. Tal es la particular experiencia, que precisa haber sido vivenciada en un análisis, ya que de lo contrario puede decirse que ahí ha habido una falla en la función del mismo. De nuevo, se capta que allí debe haber confrontación con este estado, aunque por supuesto, reversible, momentáneo, puntual y así, rizar el rizo. A mi juicio, este es el valor del mencionado designio laciano, que hace posible

* Cf. R.Harari, *La Repetición del Fracaso*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1988, pp176-177

involucrar esta experiencia. Todas ellas, aunque a veces pueden parecer deficitarias, son por el contrario, caídas de estas localizaciones más o menos precisas.

Esta mínima puntuación tiene la pretensión de instalar la problemática que se intentará desplegar en el capítulo siguiente.

Capítulo II

Una ética del psicoanálisis: culpable de ceder ante su deseo

I.- Tragedia y comedia: deseo interdicto y transgresión / síntoma, transgresión, castigo

Lo que comenzaremos por espigar en las líneas que aquí se inician -tal como se dejaba anticipar hacia el final del capítulo precedente - partirá de algunas puntuaciones acerca de lo que se ha dado en llamar dimensión tragicómica. Ello comprende lo trágico, porque atañe a la tragedia griega, en la cual hay un triunfo de el ser-para-la-muerte, la inevitabilidad, que se acompaña del escarnecimiento de la realidad que propone la comedia; es decir de una cierta burla, una cierta ligereza respecto de poder ir más allá de lo que las constricciones interdictoras indican. De ahí, entonces, que haya un parentesco de sangre entre lo trágico y lo cómico.

En ese sentido es dable leer, de nuevo, las páginas memorables de Freud en *El chiste y su relación con lo inconsciente*, dónde efectúa la discriminación entre lo que atañe a la dimensión del chiste y a la de lo cómico. Cuestión a poner sobre el tapete respecto de sus alcances e implicaciones tanto como sus relaciones entre comedia y tragedia –sobre todo de las que perduran a través de los siglos – puesto que plantea un valioso interrogante: ¿en qué radica lo que hace que más allá de las coordenadas espaciales, temporales e históricas, todavía prosigan diciéndonos algo más y no dejen de conmovernos - lejos de su agotamiento - las tragedias griegas y en cambio, esto no ocurre hoy con muchas obras que nos fastidian y aburren?

Sin embargo, en orden a lo apuntado, si se hace hincapié en la clásica tragedia en Grecia y se atiende a los valores que allí – efectivamente- están transmitidos, encarnados, difundidos, nos percatamos que de lo que da pie a este capítulo: cual es un particular deseo, que no es de la muerte en un sentido empírico, sino de un deseo que sumergido en la muerte - al estar de un primer Lacan - sitúa la pregunta por ¿qué es lo que procura, qué quiere este deseo?

Claro está que esta interrogación será puesta en relación con aquel apotegma lacaniano que se dice en el título de esta parte, el ya clásico: “no ceder ante su deseo”, solidario de la difundida postulación de Lacan de la *ética del deseo*. Quizá sea la que le

ha otorgado más nombradía a su autor; pero no es su única postura al respecto, como tendremos ocasión de reconducir.

Mucho antes de concluir con un gráfico - hacia el término de la temática a ser desplegada en esta sección - tendiente a tratar de tornar más asimilables las nociones a ir despejando, cabe precipitar que el mencionado esquema habrá de confrontar lo que damos en llamar: “la dimensión tragicómica de la vida” y “la dimensión neurótica de la vida” ubicadas ambas en dos columnas contrapuestas.²⁸ Ahora bien, lo que sostiene la consecución de la segunda hilera –como decíamos - es el deseo interdicto, deseo incestuoso que busca realizarse, cumplirse y por tanto transgredido. Una vez ubicada la transgresión, principiemos por colocar las siguientes preguntas a su respecto: ¿Cómo se realiza? ¿Cuál es el modo en que se concretiza? ¿Cómo habremos de reconocer en nuestra clínica cotidiana a la mentada transgresión? La circunstancia de marras se consume a través de lo que constituye uno de los tres pilares propios que hacen a nuestra clínica usual: la neurosis, por el trípode que Freud definió en uno de sus textos cumbre: *Inhibición, Síntoma y Angustia*.

De esta manera, la mencionada base triádica es la que nos permite cercar nuestro campo operacional, que es el de la neurosis, en la cual se trata de la inhibición, del síntoma y la angustia. Lo que hace que el neurótico se reclame como tal - básicamente – es que él se diga neurótico, ya que no es el caso de ser traído por otro que solicita en su lugar: ‘- Fulano está mal, analícelo...’ Claro está que este es un punto no negociable para nosotros en tanto analistas. Digámoslo de otra manera: de no mediar la aparición del discurso del Otro que procura decir una verdad transgrediéndola, tal transgresión termina siendo un síntoma.

Como quedará evidenciado en el diagrama que estamos construyendo – el cual, como es obvio, ofrece la trampa de la linealidad, de la secuencialidad - hemos omitido incorporar en ese encolumnamiento - por la dificultad de ubicación en esa figuración - lo que constituye el operador propio de lo que comporta aquello que denominamos ‘la dimensión neurótica de la vida’. Sin duda, estamos aludiendo a la represión y a lo que el síntoma conlleva en tanto el retorno de lo reprimido.²⁹ Ahora bien ¿Dónde ubicar a uno y otro?

Cabe considerar que se puede colocar en la interdicción que genera la represión propiamente dicha y que –en definitiva- pasando por esta mediación significativa, nos encontramos como efecto clínico inmediato, con el síntoma. Lacan nos va a insistir en que Freud dice que represión y retorno de lo reprimido son lo mismo: no hay retorno de lo reprimido que no sea patente, notorio, a través del síntoma.

Se sabe que usualmente hay otra mediación que a veces se ve satisfecha – dicho en el sentido de los lógicos: satisface tal condición - ¿Cuál es? Vale decir entonces, que el síntoma satisface la condición de proveer a lo que la transgresión conduce. O sea, que dicha transgresión merece un castigo. De nuevo: que ella se ve satisfecha a través del castigo logrado a través del síntoma. ¡Cuántas veces lo dice Freud y la experiencia lo ratifica! Se lo ve: se trata de que el sujeto, en su no querer mejorar, logra por una vía distorsionada, el cumplimiento parcial, sintomal, de su deseo y el síntoma –a su vez-

²⁸ Cf. un esquema relacional al final de este capítulo

²⁹ Más adelante se habrán de puntuar las notas diferenciales de la clásica temática inaugurada por Freud entre neurosis y psicosis, a partir de ítems tales como mecanismo específico, condición desiderativa en cada una y sus efectos específicos.

también le permite castigarse. Claro está que el síntoma comporta sostener en acto la necesidad de castigo.

Ahora bien, diríamos que de este modo aparece, no como sentimiento inconsciente, sino como dato clínico a través del efecto sintomal: la culpa. Esto es: la transgresión se paga. Valga nuestra insistencia en resaltar que en tanto origina la culpa, esta no lleva a la depresión y a la reparación - como quería Grinberg - sino que aquella hace que el sujeto 'aprenda' a convivir con su síntoma ya que, como suele decirse: '- hay otras desgracias peores'. En fin, hasta que esto estalla y llega el momento de la consulta.

De tal forma, se conoce que lo predicho vuelca su vertiente hacia lo encolumnado del lado de lo neurótico -en el cuadro aludido - y en su homología llega a obturar la posibilidad de acceder a otra dimensión en la que nos introduce un psicoanálisis. Habría que decir que ella no es sino *la teoría neurótica de las neurosis*. ¿Por qué? Porque si la neurosis aparece como una barrera frente a esta experiencia más allá - no se trata de nada teológico en ello - esta teoría no hace sino un doble de la neurosis. Entonces: teoría neurótica de la neurosis porque la posibilidad de una experiencia - más allá de ello - queda obturada y confundida con la otra.

Referido a ello, nos acerca a una pequeña referencia al *Seminario 7, La Ética del Psicoanálisis*, hacia el final del mismo. Cabe decir que sus últimas clases son realmente notables, para mi gusto, pero especialmente vamos a recalcar en la penúltima -que le han puesto de título: "Los fines morales del psicoanálisis" - Lacan acota, como al pasar: "...es que en el fondo es más cómodo de exponerse o incurrir (*d'encourir*), de sufrir la interdicción que de incurrir o exponerse (*d'encourir*) la castración"³⁰ (En d'autres termes, ce que l'analyse articule, c'est que, dans le fond, il est plus commode **d'encourir**, de subir l'interdit, que **d'encourir** la castration)

Continuemos con la secuencia que estamos intentando situar en nuestro cuadro. Se trata, entonces de la Ley del Deseo radical -alegóricamente - lo que implica esta condición de la muerte que viene al lugar de esta experiencia del psicoanálisis, que comporta, en lo posible, una ética - no propiamente neurótica- O sea, una ética del psicoanálisis y también, obviamente, del psicoanalista, a la que Lacan no deja de ilustrar, al modo de consigna: '¿Ha obrado usted, conforme al deseo que lo habita?'. Por ende, lo que llama polo del deseo alude a esta Ley del Deseo, que si se sostiene es por no ceder ante su deseo.

Cabe decir - digresión mediante - respecto del cuadro de dos columnas que estamos intentando vislumbrar en la ubicación de estas categorías que venimos desplegando, que al obligarlas a encolumnarse, suelen producirse las trampas habituales a este modo de graficar las cuestiones, a las que no son ajenas la mezclas, transgresiones mutuas, la circunstancia que se manipulen caracteres ideales; en fin, que lo que se gana en lo pedagógico, se pierda en la sutileza de la operación.

Retomemos la afirmación ética que habíamos apenas esbozado, respecto del psicoanalista, de sostener la Ley del Deseo, por el hecho de *no ceder ante su deseo*. Colocamos una interrogación, en la ocasión: ¿qué quiere decir sostenerlo? Predica en términos de de lo que el maestro francés rescata de la definición de Aristóteles en lo atinente a la tragedia. Circunstancia que ha dado pie a tantas reflexiones por hacer su aparición la catarsis, en la medida en que este término ponía en escena dos

³⁰ J.Lacan, *Seminario 7, La Ética del Psicoanálisis*, "Las metas morales del psicoanálisis", clase 23 (26) del 29/6/60, traducción levemente corregida (AFI p. 497-29/6/60)

cuestiones, dos sentimientos; en suma, dos experiencias vitales. De alguna manera la tragedia mimetizaba estas dos cuestiones fundamentales: el temor y la piedad. Entonces, llevando agua para nuestro molino psicoanalítico, diríamos: *ni por temor, ni por piedad*.

Principiemos por resaltar respecto de la piedad, que toma la forma obsesiva tradicional de la así llamada ética cristiana del amor al prójimo. Se sabe: cuando se esgrime esta modalidad del amor, se invita a sentar el comienzo de alguna devastación a ser procesada sobre ese 'pobre' cristiano, con tan buenos ideales como intenciones. Así es como las cruzadas terminan siempre siendo sangrientas.

Entonces, en nuestra vía psicoanalítica, se trata de no ceder ante su deseo ni por temor ni por piedad, porque de lo contrario –al estar de Lacan – sólo puede sentirse culpable.

Ahora bien, resulta inteligible “de inmediato”, que la culpabilidad respecto de lo que implica ceder ante su deseo no es asimilable a la culpa nacida de la transgresión por la interdicción. Se contraponen, puesto que como insistíamos en subrayar, esta última, no tiene como indicadores sentimientos inconscientes; sino que se ve, se patentiza –no en el sentido de un fondo de culpa que habría que hallar socavando con la pala – decíamos, en un fenómeno clínico determinado: produce el síntoma.

Tal cual, ¿cómo aparece la culpa en relación con aquel que sostendría ese lugar, cuando cede ante su deseo? Es traicionado. El analista francés toma esta referencia de *Edipo en Colona* - la otra obra de Sófocles - en la cual es dable leer esa circunstancia recién mentada. De esta forma, consigue sentirse sensiblemente mal, puesto que traicionó su deseo o logra que otro lo traicione. Hete aquí, entonces, la condición de la caída en el sostén de su deseo. Sin duda, no deja de ilustrar este fenómeno, una consecuencia en el sentido más clásico –lo a la vista, lo que ahí se puede ver – y no en tanto culpabilidad inconsciente o algo por el estilo.

Además, al marcar el relieve de esta diferencia, nos confrontamos –justamente- con que el mentado deseo no se propone lo posible; antes bien, lo imposible. Empero extrememos con fecundidad lo discriminado, puesto que no hacemos alusión a la insatisfacción crónica; sino que al proponerse lo imposible logra algo crucial en todo análisis: hacer la experiencia de la falta del Bien Absoluto. Lo cual, en última instancia, no es sino lo que está contenido en un enunciado lacónico, como complejo de castración y en cambio, si se lo abre como un abanico trasunta lo que la castración comporta, según se proseguirá su despliegue en el siguiente ítem.

II.- Lo Real de la pulsión: confrontarse con el sinsentido

De acuerdo con esta concepción, en lo tocante a la castración, si bien es cierto que implica limitación, no comprende una limitación cualquiera, sino la falta específica del Bien Absoluto. En primer término, esta experiencia de la falta, cabalmente, vino a recubrirse, a través del post-freudismo, por la idea de frustración o de privación. Sin embargo, Lacan reivindica la diferencialidad de la castración – no en relación de continuidad con aquellas otras modalidades – antes, bien, como decisiva en el proyecto freudiano, en tanto falta de un objeto pleno. Conocemos sobradamente la creencia en que este objeto pleno en lo interdicto –podría graficarse de esta manera -:

‘- en última instancia, sería aquello que el que no tiene complejo de Edipo, logra: ahí consiguió el Bien Absoluto’

Subrayemos en cambio lo que resulta hartamente conocido. No se trata – como ocurre en algunos análisis kleinianos y que mi experiencia personal habilita a decirlo, por haber pasado por allí – entonces, de aprender a resignarse por lo que allí está, pero que no es para uno y por ende, hay que saber renunciar a ello. Es decir, que ocurra como con la madre: un bien que pese a ser posible, en su lugar, hay que buscar otra mujer.

Insistamos en aras del despeje respecto de esta experiencia de la falta que es dable plantearla en la vía de lo Real de la pulsión, en un sentido de confrontarse con el sin-sentido del Significante 1, o la caedura en la así llamada despersonalización. De tal forma, es todo lo contrario de la pomposidad yoica, de la infatuación, por tomarlo por el lado narcísico.³¹

Referido a ello, la mentada falta del Bien Absoluto, comporta la no plenitud del objeto, por imposible. Digámoslo de una vez: Lo imposible no es lo interdicto, lo interdicto no es lo imposible. Al respecto, determinar que lo Real es lo imposible – aforismo de Lacan, que al ponerlo a trabajar da resultados – quiere decir que no es lo mismo la imaginización del deseo a que éste sea un Real. Es dable imaginarizar todos los objetos que se quiera, pero entonces no será igual el objeto de este deseo, que el puesto en juego en tanto que Real.

Retengamos entonces, este último término, del que nos ocuparemos más en detalle en el próximo capítulo; empero algo diremos ahora de la condición del deseo como interdicto. Es claro que si lo escribimos inter-dicto, el guión que separa la palabra hace ver su etimología: “entre dicho”. O sea que se trata de un fenómeno que se da entre dos decires, como una lucha fraseológica.

Ahora bien, si lo referido a ello culmina en el síntoma neurótico –una de las columnas comparativas – por otro lado, se hará terminar en lo Lacan ha llamado: *Héroe*.

III.- Lo que lo sostiene : Antígona

Previamente a entrar decididamente en lo sugerido por el título del acápite que estamos comenzando, se argumentará que lo señalado por el último término del ítem anterior daría en hablar de una especie de casta especial: los héroes vs. los comunes. La aclaración vale ya que también ello hizo que Lacan tuviese que excusarse de alguna manera en la clase siguiente, porque no lo dijo bien o no fue bien entendido y se creyó que hablaba de esa dicotomía que venimos de subrayar. El maestro francés acotaba a su respecto que de lo que se trata es que en tanto ser común, uno puede llegar a ser héroe. Es decir, que no comporta hacer lo que nadie sería capaz de hacer, sino que ello es dable alcanzarlo *desde*, o *en*, la más absoluta banalidad cotidiana.

Ahora bien ¿a dónde vamos con esto? A subrayar que, por ejemplo, un pobre infeliz, como Filoctetes quien no tiene nada de heroico; antes bien – llamativamente - lo que lo sostiene es la contundencia y la estabilidad de su odio. Y en esto, él no cedía.

³¹ Cf. un cuadro relacional que da cuenta de algunos de estos ítems. R.Harari, “Ser (El) Analista: ¿Fin del Análisis?” en *Discurrir el psicoanálisis*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1985, p.115

Aquí conviene como lectura obligatoria en este caso, *Antígona*. La clásica *Antígona*, sobre cuya lectura procesada, Lacan ha hecho hincapié para su canónico “no ceder ante su deseo”, erigido en paradigma para el psicoanalista (y, por qué no para el analizante)³² Empero después de él apareció el libro de George Steiner, en el cual es dable apreciar las numerosas reflexiones que ha suscitado y la cuantía de nuevos enfoques y aportes. Sin dejar de recordar, por supuesto, que tanto Shelling como Goëthe y Hegel han vuelto sobre *Antígona*, tomando en cuenta que había allí un mensaje particular. A ese respecto, Lacan contesta que el relevo lo propone el psicoanálisis, de aquello que se transmite en la tragedia griega y de esta singular tipología, que él llama en vez de síntoma neurótico, simplemente, el Héroe; marcando así una discriminación crucial en los siguientes términos: a qué se articula, o qué articula uno y otro.

Previamente a la consecución en este cometido que tendrá su lugar en el próximo acápite, se requiere que retomemos algunos puntos de nuestra contestación a la cuestión esbozada en nuestro artículo *Lo social y lo singular: de Antígona a Sócrates* – ya citado.

Consideremos el primer asunto que traíamos a colación, haciendo mención a las críticas formuladas por P.Guyomard a Lacan por su asimilación o identificación del analista con Antígona. Cabe decir que no concordamos con lo términos de las mismas, aunque cabe reconocerla como antecedente; mas no un determinante de nuestro despliegue de la temática aquí desplegada.³³

Bien, mas en aquella ocasión, situábamos tres puntuaciones, que podrán ser apreciadas a continuación; las que tematizan de modo apretado nuestra posición al respecto:

“1- Antígona no obra en función de ninguna singularidad, sino que su *élan* parte de que ella, cual profeta, predica en acto las leyes escritas de los dioses. 2- su reivindicación es la propia de una heroína sacrificial; Lacan incluso, no deja de apuntar como Antígona interrumpe, con su muerte el ciclo de las generaciones, el hecho de la reproducción (*Seminario 7*) Ofrendarse, entonces, para sofrenar el imperativo divino feroz y obsceno; 3-Antígona, cual cabal histérica, le gana –al estar de M. Serres- desde hace mucho más que veinte siglos al amo destituido y en demérito: Creonte.” ¿Será tal vez por la tensión que rigidiza al tema, entorpeciendo toda posible crítica hacia la supuesta ¿víctima? - lobo o cordero- que, por ejemplo, “G.Steiner sitúa a Antígona como un prototipo alrededor del cual ha girado y sigue girando la reflexión de occidente? ¿Será por esto que habría también fascinado, si cabe, al Lacan de fines de los años '50?”³⁴ Retengamos entonces estos interrogantes y las posibles tomas críticas de distancia, en pos de continuar en el siguiente item, conforme con el cual se abre a una discriminación decisiva.

³² Cf. R. Harari, “Lo social y lo singular: de Antígona a Sócrates” en *El fetichismo de la torpeza y otros ensayos psicoanalíticos*, Homo Sapiens, Rosario, 2003, p.77

³³ op.cit, p.80

³⁴ op.cit. p. 81

IV.- Psicoterapia neurótica de la neurosis

Podemos articular de inicio –como decíamos líneas arriba – lo referido por los analizantes inundados por su síntoma como reclamo de un bien, ¿Qué es lo que quieren? Sacarse el síntoma de encima. Es decir, en vez de culpa y de soportar el síntoma, el bienestar que corresponde – al estar de Lacan en *Kant con Sade* – al *wohl* : “El principio del placer es la ley del bien que es el *wohl*, digamos, el bienestar.” Más adelante, agrega: “La búsqueda del bien sería pues un callejón sin salida, si no renaciase, *das Gute*, el bien, que es el objeto de la ley moral.”³⁵

He aquí un punto de inflexión: al faltar el Bien absoluto, ello abre las puertas al Bien. El Bien no es el bienestar. Y viceversa: el bienestar no es el Bien. Esta mínima puntuación hace resaltar que no se trata del bienestar al servicio de los bienes, sino de la articulación a un bien en general; ya que lo predicho no comporta afirmar que eso es el sentido práctico de la vida y que en el caso que nos ocupa daríamos en hablar de un misterioso sumergirse en las profundidades, pero ¿para qué?

Para decirlo de otra manera: Las urgencias, los apremios, las apreturas de la vida, hacen que nadie propugne – de manera estúpida, sin duda- renunciar al servicio de los bienes; antes bien, implica que cuando el analizante se articula al Bien, siguiendo esta tesitura - de manera misteriosa - esto abre el sendero de los bienes. ¿Qué es lo misterioso? Que el analizante no puede dar cuenta de aquello que lo ha llevado por el sendero del Bien a obtener los bienes.

A ello alude este nuevo interrogante que figuramos de esta guisa, en lo que dice el analizante supuesto: “-Vengo a analizarme por esto, esto y esto... Quiero obtener ‘esto’ del análisis” Si la respuesta tiende a focalizar su psicoterapia en ‘esto’ dicho y – según señalábamos- si allí se trata de una teoría neurótica de las neurosis, entonces vale decir que es una *psicoterapia neurótica de las neurosis* – como reza el título del acápite – cuando se confunde el bienestar con el Bien.

Y como se capta, pues, en lo ilustrado, se intenta la solución por esta pendiente: ‘demanda lo que demanda y nada más’; ubicados en esta línea de procurar un hipotético bienestar. Bien, más intentemos plasmar otra vez el planteo: Se sabe que con manejos transferenciales es posible que pueda alcanzarse ese meneado “logro”; empero no podrá garantizarse que ahí se termine el sufrimiento neurótico y a la par - hay que decirlo sin tapujos – menos aún, si el mencionado bienestar va a lograr un sustento de perdurabilidad tal, que una vez concluida la psicoterapia, se pueda sostener.

Para mejor subrayar lo antedicho, si el enganche que propone el psicoanálisis, aparentemente parece más ascético, valga nuestra insistencia, en aseverar que no sólo no es así, sino que la referencia a lo ‘misterioso’ de la ocurrencia es que el analizante no puede dar cuenta de cómo se ha modificado su posición subjetiva y ahí –precisamente- puede verificarse que hay análisis. Es claro que no se trata de una mudanza orientada para cualquier lado. Además de ello, es consabido que un analista no sabe lo que dice, por efecto de su división subjetiva; empero, en todo caso, sabe lo que hace en lo que atañe a la dirección de las curas a su cargo. En esta línea, cabe apartarse de llevar a su analizante por las ideas banalmente atractivas de la armonía, tanto como a la perfecta coalescencia de uno con el otro. Como es harto conocido, esos ideales de bienestar, de una forma u otra, fracasan.

³⁵ J.Lacan, “Kant con Sade” en *Escritos 2*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1986

Como quedará evidenciado en el esquema graficado hacia el final del capítulo en curso - de modo contrapositivo – a partir de estas consideraciones preliminares, se apunta a sentar las bases, en la elucidación de la cuestión crucial del deseo: ¿Qué lo lleva? ¿Qué lo motiva? ¿Alrededor de qué se mueve este deseo, si decimos que no se trata de la muerte en un sentido empírico? Adelantando brevemente la respuesta, diremos que se trata de lo que va a resultar crucial ser ubicado en relación con el juego de las diversas constelaciones clínicas y que hemos nombrado en el capítulo previo como *das Ding*.

Ahora bien, acordamos entonces que lo que se puede ceder es algo a los efectos de poder sostener su deseo; entonces, ahí se está sosteniéndolo. Dicho así, ese algo es, en general, el objeto *a*. De lo contrario, se cede por temor o por piedad. Lo cual marcaría el lugar de la tragedia que parece –de alguna manera – atravesar, llegar a ese más allá, venciendo temor o piedad.

Desde tal perspectiva, la apreciación aludida nos trae a colación lo que cabe ser ilustrado al modo de las ansiedades kleinianas: aquí la paranoide, allá la depresiva. De ahí se desprende glosarlo de esta manera: ‘- el temor es de que me haga daño; por lo tanto, me guardo el deseo’. Por su parte, piedad es; ‘pobre, voy a tratar de contenerme porque si no, le voy a hacer daño’. Lo sabemos, cuando la cuestión se plantea así, evidentemente, nos encontramos con lo mínimo de la neurosis, a saber: la manera en la cual va a tratar de preservar a ese otro del daño que le acarrearía: de esa manera lo va a dañar. Por eso es que no se trata de hacer apología del sadismo: ‘el otro, qué importa’, sino que ese subterfugio va a resultar a la postre, la mejor manera de hallar aquello de lo cual pretende fugar.

V.- M en el lugar de objeto: ¿significante del objeto primordial o la esposa del padre?

Digamos de entrada –retomando el *das Ding*- que la remisión del título se posiciona en *De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis*, en el punto en el que Lacan se vuelve a valer del esquema *Lambda* para escribir algo- diríamos- de la organización subjetiva.

Vayamos sin más a la lectura del mismo: Allí se ve duplicado el sujeto y el otro.

Ahora bien, ¿por qué se trataría del cuarto, de un cuaternario? Porque no se trata del yo y el otro, antes bien, de un sujeto que no es solamente el yo y de otro que no es tan sólo un prójimo. El S (aún sin barrar) tiene relación con “a” (el otro”) apareciendo aquí el famoso Gran Otro (A) y ‘a’, que es el yo.

Entonces, la línea trazada entre S-----Yo, el otro como semejante, el lugar del Gran Otro, como lugar virtual del tesoro del significante. ¿Cómo se articulan aquí? Haciendo un recorrido en esta especie de z. De tal modo, Lacan lo va a trabajar, complejizándolo, desde el *Seminario 2* y *El seminario sobre “La carta robada”* hasta *De una cuestión preliminar...* dónde parece que el trazado se va cerrando y luego será llamado *Esquema R*.

Arribamos entonces, merced al concurso de nuestro trabajo de lectura a efectuar la siguiente discriminación: Véase que arriba aparece una *M*, objeto primordial madre. Esta *M* que aparece en el lugar del objeto ¿hace referencia a la esposa del padre? O,

quiere decir que se trata de otro nivel de la experiencia- distinto - cuando dice objeto primordial; que no se trata de aquel del deseo incestuoso que tiene que ver con la mujer del padre, y que no es estrictamente el nivel de *M*. ya que *M* indica otra cosa.

A nuestro entender, cabe hacer esta distinción: Una cosa sería plantear la dimensión incestuosa, en tanto la mujer del padre. Y otra, es la referencia a *M* como significante del objeto primordial. Entonces es lícito preguntarse a su respecto ¿*M* marca un lugar significante o *M* es un significante? Significante, el objeto primordial y el modo en que entra en este juego de escrituras como *M*.

En ese sentido Lacan afirma que no es aleatorio que Freud ubique la problemática edípica en un cierto momento en que hay una captación de la caída del padre y consiguiente instauración del superyó; esto es, proyección del Padre Imaginario. Claro está que el Padre Imaginario es el fundamento de la imagen providencial de Dios, porque vendría a salvar lo mal que este padre nos ha hecho: - “Habrá otro”- incompletud del padre imaginario – tiñendo lo que se dice en general: “no puede ser que no haya otro”. Vale decir, promoción de la cuestión del reproche en la formación del superyó, que en ocasión de los reproches que se le formulan, es aquel que los rebota sobre el sujeto, haciéndolo víctima de esta función porque ‘me ha hecho mal’: de ahí el ‘padre que me has hecho mal’, mal constituido.

Adónde vamos con esta puntuación tan transitada? A que ahí entendemos que está apuntando a otra cosa. Así como cuando de alguna manera dice que (ver el esquema) en ‘a’ acude la P del Nombre del Padre –que no es el padre -; del mismo modo, esta *M* no es meramente la madre en tanto mujer de carne y hueso. Volveremos sobre esta cuestión.

VI.- Si se escribe a-Cosa y contrapsicoanálisis

Digámoslo de una vez –retomando la cuestión desde lo esbozado en el capítulo anterior, tanto como de lo previo en éste- si se escribe a-Cosa, puede decir que esto es una continuidad, o: en vez de la Cosa, experiencia realmente angustiante y que tiene que ver con el ser-para-la-muerte, el a viene a ser un tapón y el Padre real efectivo, deseado y deseante, es aquel que cumple la función de antídoto frente a la pansimbolización y su peligro.

Conteste con lo predicho, Lacan trabaja al inicio del *Seminario 24, L’insu...*,³⁶ aquello que nos proporciona otro punto a tomar en consideración:³⁷ el contrapsicoanálisis - del que más de una vez he procurado una renovada tarea en su cernimiento – con los tres toros enlazados, como un toro al que se da vuelta –el de lo Simbólico – y engloba a los otros dos, con lo cual se efectiviza una especie de pansimbolismo.

Cabe recordar brevemente, que allí –para alguno quizá de modo sorprendente – Lacan aboga por el proceder – especialmente para el analista, aclara- necesario de practicar dos recorridos en su análisis: dos ramas - si se quiere- que implican dos momentos del hecho de analizarse.

³⁶ J.Lacan, *Séminaire 24, L’insu que sait de l’une-bévue s’aile à mourre*

³⁷ R.Harari, *¿Cómo se llama James Joyce? Acerca del Seminario “El Sinthoma”, de Lacan*, Amorrortu, Buenos Aires, 1995, p. 229

Ahora bien, la función del psicoanalista, en un caso como el mencionado –de imaginización completa en analizantes en re-análisis- decíamos líneas arriba, se alista para agujerear el toro que recubre todo, a los efectos de volver a poner las cosas en su lugar. Pruebas al canto: el analizante que procura un re-análisis – en mi experiencia cotidiana - habitualmente viene pertrechado de teorías racionalizadoras que intentan dar cuenta de lo que pasó en el análisis anterior, haciendo especial hincapié en la presunción de los poderes –exclusivamente- de lo Simbólico. Esta situación puede dar ocasión a la creencia de que el análisis sería proclive y afín a un tipo de operatoria por el estilo. Huelga recordar en ese respecto, que el psicoanálisis anglosajón insistió con el *insight*, por ejemplo, el cual trasunta cierta creencia en el suceder de una inscripción súbitamente, ‘de golpe’.

VII.- Un Nombre- del- Padre: puro valor referencial (I)

Volviendo al asunto del Padre – dicho así, de manera amplia – el haber enfatizado la dimensión de lo Real tiende a que se privilegie ese orden - para empezar su discernimiento en cuestión - y no sostener solamente como decisivo lo Simbólico, minimizando la importancia de otra ocurrencia. Esta afirmación nos convida – lejos de alguna recomendación de cómo ser buen padre induciéndose como instrumento- decíamos, a captar allí que se juega en la dimensión desiderativa. Dicho de otro modo: a la instancia que un primer Lacan llama Nombre-del-Padre, le corresponde la condición de ser aquella según la cual hay un desempeño efectivo. Se trata del puro valor referencial, el puro valor simbólico, un Nombre-del-Padre, no importando quien lo porta. Empero, tal ha sido la insistencia en ‘que no importa el portador de’ - aunque de todas formas, alguien tiene que portarlo y no todas son virtualidades estratosferas - el maestro francés siempre ha pretendido equilibrar los registros, como manera saludable de un antídoto al pansimbolismo. En todo caso, deseable y deseante; importando menos la presencia en el sentido del ‘monigote’ y en efecto, decisivamente, que el hijo esté incurso en una constelación desiderativa. (Véase el cuadro comparativo al final del capítulo)

VIII.- Héroe en la tragedia: valor nodular de la acción

Antes de concluir con el mencionado gráfico tendiente a situar las categorías y sus relaciones - despejadas hasta aquí - no dejaremos de ubicar del lado de lo que hemos dado en llamar “dimensión tragicómica de la vida” al *Héroe*. Del cual la tragedia diría, sin duda, que en su respecto, el papel de la acción es nodular. Pareciera que en esa condición no habría la mediación que llevara al síntoma. ¿Héroe sin síntoma? Referido a ello, hace ya bastante tiempo y en ocasión de mis conferencias destinadas a un público no especializado ³⁸ se me formuló una interesante pregunta que puede

³⁸ Aludo a los diversos ciclos de conferencias llevados a cabo en el *Centro Cultural San Martín*, organizados por el *Centro de Extensión Psicoanalítica*, Cf, R.Harari, *Polifonías. Del arte en psicoanálisis*, del Serbal, Barcelona, 1998 pp.21-22

situarse en *pendant* con aquella, decía: ‘-Entonces son psicóticos los héroes, ya que no dudan?’ En cambio, es dable aseverar que la duda es lo patognomónico de la neurosis.

A mi modo de ver, Lacan ex profeso, no habla ni de psicosis, ni de perversión, etc; sino que acota que el héroe está articulado a una dimensión desiderativa, otra, de aquella que se puede llamar, del hombre común; o sea, de la neurosis nuestra de cada día. Bien, mas valga mi insistencia en que lo de común, vale para las dos dimensiones en juego. A la par, tal como lo indicase en el artículo referido líneas arriba, “el empuje a la escenográfica acción (es) propio de una *histérica decidida*”³⁹ ¿coincidiendo con lo nodular del héroe?

IX.- Moisés, Gran Hombre, ¿por qué se destaca?

Ahora bien, tal como lo indicase la predicha puntuación respecto de lo caracterizado por los trazos recién definidos, puede ponerse en relación – a nuestro juicio – con lo que Freud resaltaba en el Moisés, como el “gran hombre”. Cabe aclarar que en ello, no mienta al héroe en sentido sanmartiniano, sino que se hace destacar por la perdurabilidad y la fuerza de su deseo, que no cede. A mi parecer, el padre del psicoanálisis los aprehende con las categorías propias de la tragedia griega y no, con las psicopatológicas.

Ahora sí, como podrá apreciarse y para concluir el recorrido iniciado en este capítulo, nos encontramos con los puntos medulares de lo elucidado hasta aquí, volcados en este sencillo esquema:

³⁹ R.Harari, “Lo social y...”, op.cit., p. 81

CUADRO

Dimensión tragicómica de la vida

Complejo de castración
/

Ley de Deseo radical
(muerte)
/

No ceder ante su deseo
(ni por temor, ni por piedad;
sino, culpa)
/

Falta del Bien absoluto
(no plenitud del objeto,
por imposible) Bien
/ (das Gute)

Héroe

Dimensión neurótica de la vida

P.I. ----→ Interdicción
/

P.R.----→ Deseo (interdicto)
incestuoso
(parricida)
/

Transgresión
(de la interdicción)

/

Culpa
y vs. Bienestar
Síntoma (Wohl)

Capítulo III

La Cosa, única y múltiple a la vez

A.- Deseo por la Cosa

Previamente al retome de uno de los temas *princeps* esbozados en los capítulos precedentes que iremos exponiendo de manera gradual - en este que aquí se inicia- es dable consignar una apreciación respecto de la instrumentación de los cuadros referenciales del tipo de aquel con el que concluíamos en lo anterior. Tales graficaciones, cuyas bases se afirman en un encolumnamiento opositivo y comparativo, a veces, han recibido críticas por poner de relieve un afán didáctico excesivo. Sin duda, no he ahorrado en esa dirección mis tomas de distancia críticas a su respecto. Pese a que en variadas ocasiones me he servido de ellos y hasta pueden sindicarse como una característica no desdeñable -desde mis inicios hasta hoy - en mi modo expositivo. Es decir, 'me sirvo porque me sirven' -al estar de Lacan- en su condición de andamios; esto es, que en el punto en que la construcción se encuentra más o menos encarrilada, se los retira. Por ende, cabe decir que dan cuenta así de su insuficiencia, antes que de su incorrección.

Dicho lo cual, vale nuestra insistencia en aras del despeje a efectuar, la consideración de experiencia singular, la de procurar el destaque de este concepto introducido y formalizado como tal, por Lacan en el *Seminario 7*, tal el de *das Ding*; cual es la manera del maestro francés de llamar a la Cosa. Esta incidencia especial llamada la Cosa, versa usualmente de aquello que pareciera entrañar un nivel *más allá* que el que plantea el mero deseo edípico, incestuoso, interdicto. Y como se capta este *más allá*, entonces, indica que el deseo se mueve en la dimensión de la búsqueda del encuentro posible con la Cosa A ello alude este nuevo interrogante: ¿Por qué este privilegio de la Cosa que incluso no parece apuntar en la obra de Lacan algo tan destacado y remarcado?

Para mejor precisar lo antedicho es que intentaremos plasmar el despliegue de lo que sigue al articular la cuestión referida en dos partes, como se podrá apreciar.

Vamos a comenzar por ponerlo en estos términos, destacando de esta puntuación de estricta raigambre freudiana que -como es por todos consabido- los sustantivos, en alemán, siempre se escriben con mayúscula; independientemente de que estén o no al comienzo de la frase, verbigracia, *das Ding*. Es así que en castellano podemos ubicar la Cosa -en mayúscula- para diferenciarla en el texto de las *Obras Completas*, de lo que

Etcheverry –en un yerro importante de la traducción de Freud - llama al mencionado término - *das Ding*- “cosa-del-mundo”. Cabe decir en ese respecto que es exactamente lo que no es, ya que no se trata de las cosas, sino de lo señalable por su impar lector: la Cosa es única –es claro que no en el sentido de una piedra filosfal, de un objeto privilegiado, irrepitable - es única y al mismo tiempo múltiple. Esto es, que puede aparecer en muchas experiencias, circunstancias, situaciones, traumas; empero no implica que eso comporte una especie de reproducción ilimitada de las cosas del mundo.

Ahora bien, digámoslo de una vez, parece inevitable caer en un cierto tono filosófico en lo que decimos, porque precisamente es Freud el que introduce lo que da en llamar la función judicial – del juicio- lo cual entraña un capítulo de la filosofía y en particular, de la lógica. Ahí es donde aparece puntuada –específicamente en los capítulos XVI, XVII y XVIII del *Proyecto de una psicología para neurólogos* –esta referencia a la Cosa. Por su parte, Lacan hace una lectura completamente otra del mencionado concepto, haciendo un uso singular, pero marcado sobre todo por la siguiente recurrencia: la toma del *Proyecto...* pero vuelve a leerla en *La Denegación* - en ese arco que va de 1895 a 1925 - en un contexto bastante singular que tiene que ver decisivamente con este mecanismo ínsito en la sublimación, llamado denegación.

Otra vez, para mejor precisar lo antedicho, al tomar apoyo en la puntuación de Lacan en lo que atañe a su lectura singular de *das Ding*, aparece el punto de inflexión de este deseo otro, más allá del mito edípico. Vale decir que es dable ponerlo en estos términos: el deseo por la Cosa. Entonces, si por un lado aparecía en la dimensión neurótica –como señalábamos en el capítulo precedente, graficado en el cuadro de referencia – el deseo incestuoso; así, en la dimensión tragicómica de la vida ese –ser-para-la-muerte, lo hace bajo la forma de un deseo por la Cosa.⁴⁰

Bien, mas intentemos plasmar este planteo y formulemos el interrogante ¿Cuál es el lazo privilegiado de eso con la experiencia psicoanalítica, con la clínica cotidiana y dónde localizar esta circunstancia? A las respuestas del mismo, intentaremos articular lo que sigue.

I.- Lo éxtimo

Se trata aquí, es claro, de lo que intentaremos definir del modo más riguroso posible. Entonces, para comenzar diremos – valga nuestra insistencia – que si bien Freud parte de la función judicial, al retomarla en *La Denegación*, Lacan integra y supera esa formulación, uniéndolas. Empero yendo más allá de ese planteo freudiano, a su juicio - de manera bastante sorprendente en principio- lo llama aquello de lo interior del sujeto, que sin embargo, le es más exterior y escribe un término: es lo éxtimo que tiene el sujeto. En orden de lo apuntado, *éxtimo* surge como contraposición de íntimo, rompiendo el mito de interioridad. Lo más interno, más íntimo, hete aquí que el maestro francés dice: lo más *éxtimo*.⁴¹

⁴⁰ Ver el cuadro del capítulo 2

⁴¹ Puede acudir de manera ampliatoria a una puntuación del término *éxtimo*, en su relación con el enunciado y la enunciación Cf. R.Harari, *¿Qué sucede en el acto analítico? La experiencia del*

Esta noción lacaniana de la “exterioridad íntima” como puntuábamos, hace alusión en esta ocasión, a que de ninguna manera uno se confronta con lo más íntimo de manera inmediata, sino que por el contrario, comporta un largo rodeo a partir del cual -usualmente - eso aparece de modo singular por la vía de lo siniestro, según lo muestra el tramo siguiente.

II.- Lo siniestro y das Ding (I)

No resulta desatinado aquí retomar en lo que sigue - en lo atinente a la temática apuntada por el título de este apartado – aquello que Lacan dice apenas al pasar, respecto de la utilización de los pronombres personales; que a pesar de que no quieren decir nada - dicho genéricamente con todo propósito- sin embargo suscitan la pregunta: ¿En qué momento Yo y en cual otro, Tú?

Ahora bien, tomando por ejemplo el caso de los citados - y en orden a la cuestión subrayada en el ítem previo, acerca de lo externo y lo interno – en el caso de decirle a alguien algo por lo cual resulta recusado, denostado, criticado, rebajado o que se le imputare una intención en la que de ninguna manera quiera reconocerse en ella. Así: “-Me dijeron que dijiste tal cosa”

Entonces: “- ¿Quién? ¿Yo?”

Mentado así, a ese Yo se refiere y no al de la gramática, para el que luego exige el verbo conjugado como corresponde a sus reglas. Ahí el maestro francés, de manera sagaz, asevera que el Yo ni siquiera resulta lo más central, sino que aparece claramente en su función de defensa, apareciendo rechazado, al estilo de: “- Yo no, ni lo dije, ni lo soy; no se te ocurra pensar tal cosa, etc.” Es decir, se muestra como lo más recusado. De la misma manera en: “- ¿Qué decís? ¿Él? O sea: “-Tú? Imposible”

En esa línea, otro ejemplo que Lacan no menciona, pero que me parece adecuado y refiere al momento del asesinato de Julio César, cuando le dice: “-Tú también hijo mío, Bruto” Lo cual permitiría situar la aparición de lo siniestro, aquello que estando destinado a permanecer oculto; sin embargo se ha manifestado y de manera insólita, intempestiva, imprevisible; adonde el analista francés aprovecha a puntuar esta dimensión de *das Ding*.

A mi juicio, a la mentada definición, algunos autores han tendido a asimilarla a la madre. Como tuvimos ocasión apenas de esbozar – para ser desarrollado más adelante – se podrá apreciar en los esquemas L y R, en el punto de aparición del significante M; que no es la esposa del padre, sino que es M –tal nuestra distinción entre la madre y la esposa del padre – la madre como ese objeto mítico que aparece en los fantasmas que M.Klein ha detectado con tanta precisión – al estar de Lacan. O sea, ese cuerpo mítico de la madre es el que ocupa el lugar de *das Ding*.

Conviene reiterarlo: *no es que la madre sea das Ding; sino que ocupa el lugar*. Esto comporta de modo tal, ser un lugar pasible de ser ocupado por muchas y diversas circunstancias de la vida y de las experiencias psíquicas. Presentada así, si se sigue la línea, es dable leer en otra ceñida y rigurosa apreciación, el lugar de la pulsión, en cierta puntuación del *Seminario 7*, en el cual va desplegando la cuestión de marras.

psicoanálisis, Lugar editorial, Buenos Aires, 2000, p.110 y en cuanto a *extimidad* a ciertas articulaciones en la extensión en psicoanálisis, Cf. R.Harari, *Palabra, Violencia, Segregación y otros impromptus psicoanalíticos*, Catálogos, Buenos Aires, 2007, pp.210-211

Más aún, permite situar también el lugar de la demanda - de lo incesante y de su retorno - vinculado a esta particular coyuntura, en tanto área de la experiencia que el maestro francés precisa destacar, por encima de aquello que – finalmente - nos resulta tan grato y tolerable a todos nosotros.

Como es harto conocida este acontecer respecto de la cuestión de la Cosa y si el deseo es por ella- tal nuestra temática rectora- cabe decir que no se trata de una experiencia al alcance de la mano, ni que constituya lo peor de nuestra historia de seres hablantes y ni siquiera es que por este deseo procure alcanzar esa experiencia connotada por la Cosa, porque al mismo tiempo se trata de mantenerse a distancia de ella. Y así arribamos al punto del problema: no se trata de aprehenderla ni de fugarse de ella.

Entonces, para tratar de decirlo más claramente, este deseo por la Cosa que mentamos, comporta ir más allá del terror o temor y de la piedad; emociones tales sobre las que trabajaba la tragedia griega. Es decir, el héroe tiene que poder ir, si sostiene efectivamente su deseo –que no debería caer a fin de no sentirse culpable- más allá del terror y de la piedad. Cabe tener en cuenta lo predicho, pues condice con el movimiento de la Cosa.

Ahora bien, perdura el interrogante. ¿Cuál es la conducta frente al terror? La huída, la puesta de distancia. ¿Qué hace la piedad? Busca la cercanía. Entonces, esta huída y esta aproximación no dejan de indicar el doble movimiento respecto de das Ding, que ni siquiera aparece entonces como algo efectivamente buscado – aquí no huelga recordar que si es buscado es porque connota una falta.

Retengamos entonces, que huída y aproximación pueden ser integrado: más allá del terror y la piedad; quiere decir que la huída es máxima y hay momentos en que la aproximación por la piedad es máxima también. Este es el temple que permite reconocer al así llamado por lacan, a partir de la tragedia griega, el héroe. Cabe tratar de posicionar algunas cuestiones en relación con las constelaciones clínicas respecto de esta manera de posicionarse hacia o respecto de la aproximación o la huída. Acerca de esta cuestión abundaremos en la parte **B**; empero, nos detenemos aquí por el momento para considerar - a continuación - una puntuación desatendida en el trayecto del capítulo anterior:

III.- La cuestión del *Quator*: en *Kant con Sade*

Como vimos este punto fue enunciado, quedando por el camino de nuestro decurso y por lo tanto pide ser considerado de nuevo: en la problemática del *quator* - el cuarto - en esta ocasión da en hablar de la necesidad de su aparición en esta estructura. Vayamos enseguida a una cita en *Kant con Sade*, en la cual puede leerse: “Una estructura cuatripartita es desde lo inconsciente siempre exigible en la construcción de una ordenación subjetiva”⁴²

En orden a lo apuntado pudimos articular mediante el mencionado término, la duplicación de la parte del sujeto y la duplicación de la parte del objeto. Entonces, Sujeto y Yo, por un lado y Otro y otro, por otro. La misma experiencia clínica lo va

⁴² J.Lacan, “Kant con Sade” en *Escritos*, op.cit. p. 346

conduciendo a Lacan a proponer esta cuaternalidad y a aseverar que tal ordenación cuaternaria es requisito *sine qua non* para cualquier tipo de planteos. Es claro que tal apreciación tiene su antecedente- su honestidad intelectual hace que lo subraye en el mismo *Seminario 7, La ética del psicoanálisis* – del que nos valemos en el resalte de variadas problemáticas en curso - es eso que Heidegger denomina el *cuadriparti*.

A mi modo de ver, Lacan nunca ocultó el respeto con que ha tomado usualmente la palabra del filósofo alemán recién mencionado, sin que ello implique ser heideggeriano como se lo ha pretendido verter en alguna necrológica, de esta guisa: ‘con él muere el psicoanálisis heideggeriano’. Dicho así por un crítico literario que se autorizó a rotularlo de esa manera, en el año 1982. Empero, vale decir, que tal marbete resulta bastante lejos del propósito del analista francés quien no se ha ‘tragado el sapo’ –como suele decirse- de la filosofía, ni se ha creído que ésta es algo semejante al psicoanálisis y/o, tampoco, que el psicoanálisis sea una filosofía. En cambio, para mejor precisar lo antedicho, Lacan escribe en *Función y campo del habla y del lenguaje en psicoanálisis*: “...incluso en los últimos problemas de la filosofía, donde a menudo el psicoanálisis no tiene sino que recobrar lo que es suyo” Aforismo en el cual leo: es suyo, aunque nunca le perteneció.

Retomando nuestro hilo, si bien cabe decir que el texto de Heidegger *La Cosa*, es denso pero grato a la lectura y del cual lo más interesante es el por qué de esta condición del cuatro; recalaremos especialmente en el previo al citado, cual es: *Batir habiter penser* - donde introduce la cuestión que nos importa desplegar del *cuadriparti* – porque nos va a servir de apoyo.

Previamente a dedicarnos a ese cometido, como enseguida habrá de poder apreciarse, si uno emprende el recorrido efectuado por Lacan a través de las lecturas, no deja de captar el modo tan particular en que ha leído y de qué manera ha sabido aprovechar esas lecturas sin convertirse meramente en un repetidor; antes bien se muestra la sapiencia de un lector, como por ejemplo es dable advertir en la construcción del *Seminario 11*, a partir de su experiencia clínica, pero basada en determinadas lecturas primordiales. De la misma manera, a nuestro entender, para el dictado del *Seminario 7*, ha sido crucial esta lectura de Heidegger – que a renglón seguido intentaremos – tanto como la de *Antígona* de Sófocles o *La filosofía del tocador* de Sade.

IV.- Los cuatro de Heidegger

Consideremos sin más la primera cuestión para comenzar este breve recorrido, mencionando la manera en que nuestro autor piensa lo cuaternario. ¿Cuáles son para él los cuatro?: “la tierra y el cielo, los divinos y los mortales, forman un todo a partir de una Unidad *original*”⁴³ Como se aprecia, aquí nos encontramos con el siguiente problema: ¿Qué es dable entender por esta Unidad original? Para responder a este interrogante, en cambio, vale articular desde la perspectiva del psicoanálisis lo que allí está indicando una falta, una modalidad de la falta - sin caracterizarla - y evidentemente hiancia, corte, abertura y no una unidad original. Lo caracterizado por

⁴³ M.Heidegger, « Batir habiter Penser » en *Essais et Conférences*, Gallimard, 1958, p.176, en cursiva en el original. La traducción es mía.

los trazos recién definidos se distancia de esta idea heideggeriana de los cuatro que se reúnen, que han sido una unidad que se partió en cuatro y vuelve a reconstruirse; pero ese pensamiento no concuerda con Freud ni con Lacan; sino con M.Klein, para quien, sin duda, ha habido una unidad originaria que se ha dividido y después - si todo va bien - se reconstituye: división esquizoparanoide a partir de una unidad previa y luego, la posición depresiva (síntesis). En el mencionado decurso hay: unidad-disociación-unidad.

Tal como lo indicase, lo de Heidegger parece decir: los cuatro, la tierra y el cielo, los divinos y los mortales. Otra categoría que puede llegar a incomodarnos es esta de lo divino puesta a este nivel de homogeneización con tierra y cielo y con los mortales.

Sigue diciendo: “La tierra es la que porta y que sirve, ella florece y fructifica, extendida como roca y como agua, abriéndose como planta y como animal.”⁴⁴ Se puede pensar si la manera de aprehender a la tierra no anda cerca de esta M, que vamos a ubicar en nuestro particular cuadriparti.

Continúa el filósofo de referencia, a renglón seguido: “Aunque digamos ‘la tierra’, pensamos ya los tres otros con ella, sin embargo no consideramos la simplicidad de los cuatro”. Ahora bien, ¿qué quiere decir la simplicidad? Desde luego, si se alude a uno independientemente de los otros; diríamos que no, ya que si se piensa en uno, “de inmediato” es dable pensar los otros también. En ese caso, la remisión se posiciona - según mi parecer- en la manera usual en que el último Lacan, da en hablar del nudo borromeo. En efecto, aludo a la ínsita condición de los tres registros -no de uno solamente- ; inclusive, diríamos que son cuatro: Real, Simbólico, Imaginario y Sinthome. Este último es el que viene a intentar unir en Joyce lo que se hubiere destrabado. Para decirlo de otra manera: ese cuarto permite efectivamente la atadura. Entonces, el nudo ata.

V.- “simplicidad” es lo que llama *cuadriparti*

Ahora bien, a mi modo de ver, lo que Heidegger hace jugar en estas categorías que estamos haciendo resaltar, facilita a Lacan su aprehensión del nudo al localizar, su lectura, coincidencias notorias. Dicho así, con “le facilita”, no aludimos a situarlo como su determinación ni a que sea su antecesor puntual en la materia de consideración; antes bien su andadura lo posiciona como aquel que “le abre la cabeza” a los fines de trazar rutas de pensamiento; esto es, vías de pensamiento facilitadas, al estar de la expresión freudiana.

Veamos ahora como en el texto que estamos acompañando se despliegan sus términos: “[...] es el curso arqueado del sol, el encaminamiento de la luna bajo sus diversos aspectos, la traslación brillante de las estrellas, las estaciones del año y sus giros, la luz y la declinación del día, la oscuridad y la claridad de la noche, la amenidad y la rudeza de la atmósfera, la fuga de las nubes y la profundidad azulada del éter.”⁴⁵ Tal como lo indicase en este párrafo, a lo así enumerado, le llama *el cielo*. Cabe decir, es como ubicar la experiencia de cualquier ser hablante tomado en estas coordenadas.

⁴⁴ *Ibíd*

⁴⁵ *Ibid*, p.176-7

A continuación, se desprende que *los divinos*, son los que nos hacen signo, es decir, los mensajeros de la Divinidad. Vale insistir en que no son los dioses, sino los mensajeros; de los cuales aparecen sus mensajes sobre la tierra y a través del cielo. No se nos escapa que dicha concepción puede ser calificada de semiológica y hasta de psicótica; empero está indicando – por lo pronto – que los divinos hacen signos y que los hombres, los mortales, están en una relación de consecuencia respecto de aquellos que los envían. Esto último, “en consecuencia” quiere decir que ellos anteceden; esto es, el que hace signo, por lo tanto, tiene en sus manos el destino del mortal.

Heidegger sostiene esta tesitura, a renglón seguido: “Los mortales son los hombres. Se les llama mortales porque ellos pueden morir. Morir quiere decir: ser capaz de la muerte *en tanto que* muerte. Sólo el hombre muere, el muere continuamente tanto tiempo como él resida [séjourne] sobre tierra, bajo el cielo, delante de los divinos. Si nosotros nombramos [nommons] los mortales, pensamos ya los otros tres con ellos, sin embargo no consideramos la simplicidad de los Cuatro.”⁴⁶ Lo cual conlleva que basta hablar de uno para convocar a los cuatro. Vale nuestra insistencia en considerar similar estructura del nudo borromeo en Lacan, sobre todo el nudo de cuatro. Para arribar a lo que se deja situar en el título de este apartado: “Esta simplicidad que es la suya, la llamamos el *Cuadriparti*”⁴⁷

VI.- La Cosa une: no es a la mano

Ahora bien, de manera confluyente con lo que venimos exponiendo, cabe precisar una notable puntuación desprendible a partir de un primer concepto: “La cosa une (o reúne) [rassemble]. Uniendo (o reuniendo), ella retiene la tierra y el cielo, los divinos y los mortales”⁴⁸ Hete aquí la función de la Cosa y por lo tanto cabe decir a nuestro turno que ese deseo por la Cosa – tal cual reza el título de la primera parte de nuestro decurso- decíamos, es en principio el deseo por la plenitud. Apreciación ésta de notable fineza clínica que advierte que si hubiere tal posibilidad de acceder a *das Ding*, se hubiese alcanzado la plenitud. Más aún, si eso fuera posible, sin duda no hubiera habido la experiencia de lo Real en tanto lo imposible. Digámoslo de una vez, en la medida en que no hay tal plenitud; o sea, en que hay cierta distancia entre la experiencia subjetiva y *das Ding*, lo que allí aparece intermediando es ciertamente lo que tanto Freud como su impar lector, llaman las *Vorstellung*, las representaciones.

Entonces de tal conclusión se desprende que el campo de las representaciones alrededor de *das Ding*, no permite su acceso y mantiene la distancia respecto de esta particular experiencia; que si bien es única, no es localizada, en el sentido de indicable con el dedo; o sea, no es – para seguir con Heidegger en *Ser y Tiempo*- “a la mano”

De acuerdo con ello, prosigue Heidegger de este modo en referencia a la cosa: “Reteniendo, ella vuelve (torna) [rend] a los Cuatro próximos los unos de los otros en sus lejanías” Como habíamos tomado nota, puede entenderse aquí la tematizada – líneas arriba - extimidad.

⁴⁶ Ibid, p.177

⁴⁷ Ibid, en cursiva en el original

⁴⁸ Op.cit, “La chose”, p. 211

Es claro que lo allí espigado del texto, no debe confundirse con la barrabasada connotada con que ‘uno se hace otro’, o con la vulgata que esgrime, por ejemplo, respecto de la psicosis que ‘lo que era simbólico se hace imaginario’, o que ‘en la regresión se pasa de lo anal a lo oral, etc’; y otras sandeces por el estilo, haciéndose – literalmente- una cosa, otra. Esta creencialidad obtura la manera en que es dable entender el cuarto nudo en el *Seminario, El sinthoma*, de Lacan, donde no hay la desaparición de nudo alguno, por ejemplo. No es ésta la manera de escribir la psicosis: (falta dibujo)

Conviene reiterarlo, si se escribe de esta forma, no se entendió, ya que creer que se cortó, no nos permitiría entender el fenómeno de estabilidad como el delirio. Nos centraremos en los capítulos sobre las psicosis, aprehenderemos de esas constelaciones varias propuestas –una la de Juranville – acerca de los nudos, podrá captarse, sin duda, que en todo caso no es más que un juego equivocado. La manera en que a partir de *Les Noms du Père* en adelante, Lacan empieza con la cuestión de trabajar los nudos y sus torpezas, que se enlazan con la manera en que cada uno maneja su cuerpo; ello poco y nada tiene que ver con roturas. No se trata entonces de ningún tipo de confusión entre un registro y otro.

Dicho lo cual, seguimos aceptando el convite de *La Chose* de Heidegger que mediante el mencionado término agrega: “Volver así cerca [proche], es acercar [rapprocher]. Acercar es el ser de la proximidad [proximité]. La proximidad acerca lo que está lejos, a saber en tanto que lejos.”⁴⁹ Y como se capta, la condición de la lejanía no queda perdida de ninguna manera.

Vamos a ponerlo en términos del filósofo alemán: “La proximidad conserva el alejamiento. Conservando el alejamiento, la proximidad cumple su ser acercando lo que está lejos”⁵⁰ Es claro a su respecto que existe otra tendencia que pone sus miras en la resolución vía las identidades - en el sentido de que una cosa se trague la otra - al dar por supuesto que el acercamiento llega a liquidar lo que Lacan procura mostrar, precisamente, con la cuestión de los nudos. Quiero decir con ello, mostrar la importancia de los bordes y los límites, con los que ya se han venido manipulando desde el trabajo con las superficies, a partir de maniobrar con la Banda de Moebius. Vale resaltar, de este modo, como lo ha ‘vacunado’ de aquel contagio de la “identidad” el pasaje de Lacan por estas páginas heideggerianas, por ejemplo; tanto como de lo que nuestra experiencia clínica nos advierte todo el tiempo.

Para decirlo de una vez: “hagan un diagnóstico y después rómpanse la cabeza cuando éste se vea desmentido, por la emergencia de un fenómeno que no concuerde con él.” Vale decir, si no entra en la categoría diagnóstica acreditada, cabe el famoso chiste epistemológico: ‘ese fenómeno’ no existe. Mantener el diagnóstico puede ser una solución que no es recomendable.

VII.- *das Ding*: experiencia presente en las constelaciones clínicas

Volvamos al texto de referencia en nuestro decurso, a los efectos de hacer jugar sus categorías llevando las aguas hacia nuestro molino psicoanalítico. Heidegger

⁴⁹ ibid

⁵⁰ ibid

propone lo que sigue, en sus términos: “Si nombramos los divinos, nosotros pensamos los otros tres con ellos, a partir de la simplicidad de los Cuatro. [...] La reflexión que libera ligándolos es el juego que confía cada uno de los Cuatro a los otros, a partir de la transpropiación que los tiene en su pliegue. [...] Cada uno de los Cuatro, al contrario, en el interior de su transpropiación, es expropiado hacia alguna cosa que le es propia.”⁵¹

Ahora bien, respecto del expropiar, a nuestro juicio, lo que nos quiere dar a entender Lacan trata de hacerse propio lo otro y sin embargo, mantener esta condición de amenidad de lo otro. Por último, además de ello, hace su aparición el término que es “la cuadratura”; o sea, el efecto del momento de unión de los cuatro. Cabe advertir que cuando el maestro francés da en hablar de cuadrípodos - versando de los discursos - a mi parecer hace referencia a la ya mentada, cuadratura, precisamente.

Sí, más ¿qué hace la cosa? Según el filósofo alemán : “La cosa retiene el Cuadriparti. La cosa une el mundo. Cada cosa retiene al Cuadriparti, uniéndola...”⁵² Se lo ve: esta afirmación nada tiene que ver con la cosa-del-mundo; tal la desafortunada traducción de Etcheverry.

Como se capta, este es un punto de inflexión, por lo tanto ¿a dónde nos conduce Lacan -y nosotros a su vez- con esta problemática de das Ding? Es dable aseverar que se trata de esta experiencia, de este trasfondo de experiencia que - de una forma u otra - está presente en cada una de las constelaciones clínicas: neurosis, psicosis y perversión. Hete aquí que son las maneras de vérselas con la Cosa, la que sin embargo no aparece escrita en ninguna de las cuatro esquinas donde vamos a ubicar nuestra cuadratura.

VIII.- Topología del cuaternario: ¿dónde ubicar a la Cosa?

Arribados al último párrafo de la primera parte en que desplegaremos la temática de este capítulo, vayamos ahora a *De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis*, en el punto en el que Lacan escribe lo siguiente: “Aplicaremos para fijar las ideas -con el mismo propósito y benéficamente inspirado en el suyo, cuando me valgo de mis cuadritos- y las almas aquí en pena, aplicaremos, dicha relación en el esquema Lambda ya presentado y aquí simplificado.”⁵³

He aquí que llama a este esquema -que aquí reproducimos- la *lambda* del cuestionamiento del sujeto en su existencia. Artificio que permite examinar, también, las constelaciones clínicas; ya que a pesar de sus posibles limitaciones y si bien comporta una estructura combinatoria no hay que confundir con su aspecto espacial.

Bien, mas intentemos plasmar un posible planteo vía el esquema *lambda*, a continuación:

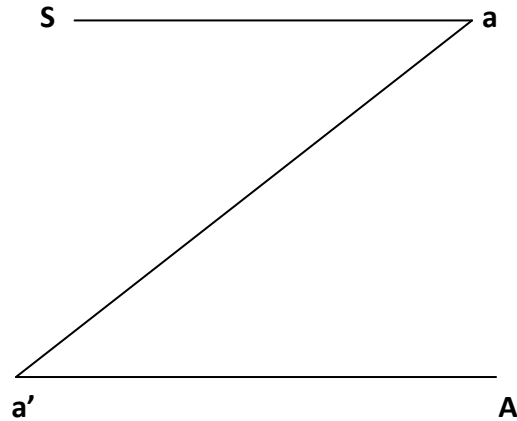
S:sujeto

⁵¹ Ibid, pp. 212-213-214

⁵² Ibid., p. 215

⁵³ J.Lacan, “De una cuestión preliminar de todo tratamiento posible de la psicosis”, en *Escritos I*, SigloXXI, Buenos Aires, 1985, p.530

a': yo-moi
a: objeto-otro
A: El gran Otro
Tesoro de lo Simbólico



Continúa el autor de *Escritos* en su texto: “Es una verdad de la experiencia para el análisis que se plantea para el sujeto la cuestión de la existencia. No bajo la especie de la angustia que suscita al nivel del soy que no es más que un elemento de su séquito, sino en cuanto pregunta articulada: Qué soy ahí.”⁵⁴

Se trata, es claro, que esta mínima puntuación hace jugar la cuestión por la que cada constelación clínica es un intento de respuesta al “¿qué soy ahí?” Mentada así, para mejor precisar lo antedicho, diríamos que se divide en dos cuestiones cruciales, que distingue así: referente a su sexo y a su contingencia de su ser.

-----→ sexo

Existencia qué soy ahí:

-----→ Contingencia en el ser (muerte)

En orden a lo apuntado, reencontramos aquí la otra categoría clásica de Freud en el ejemplar *Signorelli* – en el olvido de los nombres propios- que trata definitivamente del sexo y de la muerte. Por su parte, la mencionada, “contingencia en el ser”, quiere decir - siguiendo a Heidegger - que somos los únicos capaces de morir. Alude, en definitiva, a esa especificidad que nos hace dar cuenta de que hay muerte y muertos.

Para tratar de decirlo más claramente: La experiencia zoológica no deja de indicar que los animales pasan desaprensivamente delante de sus congéneres, sin la ocurrencia –como bien lo destaca George Bataille- de lo que, en cambio sucede en los seres hablantes: esto es, en el menor rastro de tumba, hay experiencia del ser hablante.

Como puede apreciarse, Lacan con mucha agudeza, da en hablar de ‘contingencia en el ser’ , lo cual comporta - si no la muerte - que algo puede dejar de ser, como

⁵⁴ ibid, p. 531

forma más elemental de definir esa categoría modal mencionada, que en tanto tal se opone a lo necesario, que es lo que es y no puede dejar de ser. En todo caso, la contingencia – a ello nos referimos - es lo que hace, incluso, que el sexo del que se trata sea no biológico; o sea se define retroactivamente la condición del mismo, en tanto libidinal. Como concluye Lacan “A saber, que es hombre o mujer por una parte. Por otra parte, que podría no ser. Ambas conjugando su misterio y anudándolo en los símbolos de la procreación y de la muerte.”⁵⁵

Esta minuciosa puntuación, nos advierte de que no es simplemente sexo-muerte, procreación-muerte; sino que resalta los símbolos. Los cuales, en última instancia, no son sino, de hecho, la madre y el padre. Cabe decir de inicio, que el padre que importa, es en tanto Padre muerto, ya que la cuestión de la muerte es introducida por el padre. En todo caso lo referente a la fecundidad, de la vida, y la procreación: la madre cierta y el padre incierto. Aunque hay pruebas científicas de verificación acerca del padre, alcanza con acercarse a la obra *Padre* de Strindberg; texto notable que permite entrever que por más que se le diga a quien quiera en su condición de padre, no hay manera de impedir la duda: va a dudar igual.

Claro está que la mentada cuestión de la existencia se va a enlazar por ello, enseguida, con lo que pasa a un niño con su madre y su padre. De ahí que este esquema, cuando Lacan lo completa y trata de ubicar los registros, pasa de ser *lambda* a ser el esquema *R*. (Ver al final)

Como decíamos, además de ello, Lacan va a intentar ubicar a los símbolos de la procreación y de la muerte, más allá de esta escritura inicial, elemental, donde encontrábamos el sujeto, el otro, el Yo y el gran Otro.

Ahora bien, ¿qué es lo que viene a ocupar cada uno de estos sitios? ¿A qué llama a comparecer cada uno de estos lugares? ¿Qué experiencia viene a convocar cada una de estas plazas que se entrama con esta pregunta decisiva que cada quien se hace y que comporta la confrontación con la Cosa ?

Previamente a intentar responder estos interrogantes, cabe decir con respecto del esquema, que no conviene concebirlo como una hoja abierta, sino dispuesto a plegarse de modo que la parte superior coincida con la inferior. Lo cual permitirá entender los puntos que van a seguir respecto de las ubicaciones de los símbolos de procreación y muerte y la escritura de lo que se da en llamar la metáfora paterna, que es una lectura posible de este esquema, pero que sólo se puede entender atendiendo este pliegue.

Dicho lo cual, nos detendremos en lo que Lacan llama la topología del cuaternario y en el modo en que en éste aparecen ternarios: de lo *S*, de lo *I*; dónde me interesa – de entrada y sobre todo - trabajar con el ternario de lo Simbólico, sosteniendo por otra parte al sujeto (*S*).

Se verá si estos esquemas –habida cuenta de las críticas efectuadas respecto de los límites de sus alcances- nos van a permitir ubicar los términos en las diferentes constelaciones clínicas, en función de cómo sostengamos la condición de esta forma de la cuadratura particular, en Lacan. Aludimos aquí a que al contar - en esa apoyatura de marras - con cuatro esquinas, es dable formular el interrogante que orienta este último ítem: ¿Dónde ubicar *das Ding*? Para responder “de inmediato”: en todas partes y en ninguna. Esto es así, puesto que pretender ubicarla en un sitio, sería coagularla en un único lugar de la experiencia y *das Ding*, podrá aparecer en *S*, *otro*, *Otro*, *Yo*. Y como

⁵⁵ ibid

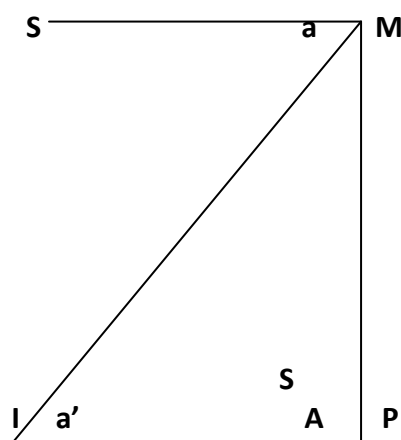
se capta, es claro que además tendremos ocasión de calibrar, qué es lo que viene a ocupar cada una de las esquinas –al estar de este primer Lacan que estamos acompañando - las funciones de estas cuatro letras propias de la respuesta del sujeto a esa pregunta.

A los fines de esclarecer estas cuestiones que hemos apenas esbozado, las retomaremos un poco más adelante.

Dando pie, de esta manera, a escribir otras letras:

M: objeto primordial (no se trata de la esposa del padre), ese Otro Real, extraño concepto que suena como un oxímoron ya que el otro es simbólico y es llamado real.

I: Ideal del yo. Lugar de trazo identificatorio del S



B.- Otra vuelta: *a-Cosa / Hachose*

En este tramo habremos de continuar el despliegue al modo de una complejidad creciente, al intentar definir del modo más riguroso posible, los alcances e implicaciones de la noción en curso, sin dejar de subrayar los alcances e insuficiencias en su aprehensión –si fuera el caso- en los diversos momentos de la enseñanza de este concepto, en la obra de Lacan. En orden a lo apuntado en el título de esta parte de nuestro desarrollo sobre la temática vertebral de este capítulo- para comenzar - cabe hacer notar la grafía que Lacan produce en su *Seminario 18, "De un discurso que no sería del semblante"*, y especialmente en *El saber del analista*, - prácticamente contemporáneos- cual es:

a- Cosa / Hachose

En la dilucidación de esta puntuación anota el maestro francés, que cuando escribe "a-Cosa", esto quiere decir el objeto 'a'. Empero el 'a' tiene una cierta localización, comporta una manera de ser ubicado, aunque no es por supuesto "una cosa del mundo" - como precisábamos líneas arriba en relación a la traducción de Echeverry. Por lo cual, entonces, a renglón seguido, resulta menester aseverar lo que

no es: **No es** el objeto encontrado empíricamente; **no es** el objeto de la filosofía, **ni** de la epistemología; **no es** el objeto de la relación de objeto kleiniano; **no es**, tampoco, el objeto del deseo; sino que es el objeto perdido; el cual, sin embargo no deja de tener sus empirizaciones. Así es que decíamos que, en la castración aparece un objeto fálico, perdido, en el momento de la detumescencia.

Digámoslo de esta guisa para tratar de indicarlo más claramente: referido a la castración, de la cual se insiste en afirmar que es simbólica y que su efectuación no comporta emasculación alguna del pene u otra parte del cuerpo, etc; sin embargo, cabe aclarar que la insistencia de Lacan en querer otorgarle un soporte empírico - sin confundirlo con él – hace que dé en hablar que la castración tiene su referente en la detumescencia, donde puede advertirse que falo y pene se distintivizan, porque el falo no admite esa detumescencia. Precisamente, en el caso de la histeria, lo que no se soporta es la detumescencia y no la erección, como suele afirmarse.⁵⁶ A continuación vamos a ponerlo en otros términos para su consideración:

I.- la Cosa como realidad muda

Pese a lo expuesto en lo previo, destaquemos que desde una tendencia ofertada por otra definición, podría aseverarse que también atañe al objeto 'a', hacer de tapón ante la eventual aparición de *das Ding*. Por lo cual y jugando con nuestro castellano, vale plantear por el sesgo de la "a" en su valor de partícula privativa; ahí donde escriba la "no-cosa", como aquello ubicado "en vez de". Más aún, otra manera de considerarlo sería el ya clásico modo del momento de aparición intempestiva del objeto 'a' y estamos en presencia del fenómeno de la angustia.

Como bien lo sabemos a partir del *Seminario 10*, la angustia no es sin objeto – como Lacan no deja de señalarlo – definición que anda justamente por ese perfil que destacábamos de la aparición intempestiva del objeto 'a' que anuncia la inminencia de la Cosa. Véase, en consecuencia que – tal el caso aquí - no admite una sola lectura; ya que no se trata de tomar una sola cita y hacerle decir al maestro lo que uno tiene interés en afirmar, Antes bien, cabe decir que es necesario la periodización⁵⁷ de las nociones en la enseñanza lacaniana, puesto que confrontadas con distintos momentos de su enseñanza y en el suelo de los conceptos que allí se impliquen, se evitan inútiles discusiones o liquidar el asunto por el recurso de afirmar que son lo mismo.

Insistamos entonces, en aras del despeje, que la variedad en la escritura no debe atribuirse a un mero capricho – porque sí – sino que puede aprehenderse la *hache* ubicada al comienzo como una connotación de lo aseverado en el *Seminario 7*, esto es: "la Cosa es una realidad muda." A tal fin, tal conclusión se desprende de enfatizar que la Cosa no habla - entre otras cuestiones- porque está fuera del significado y en consecuencia, fuera del significante. Arribamos de esta manera, a que es una realidad "a"; dónde el "a" es significante, en el sentido de partícula privativa de "a".

⁵⁶ R. Harari, *El Seminario "La Angustia" de Lacan, una introducción*, Amorrortu, Buenos Aires, 1993, p.56

⁵⁷ Puede acudir para una puesta en acto de la noción, entre otros, Cf. R. Harari, *Las disipaciones de lo inconsciente*, Amorrortu, Buenos Aires, 1996, pp 87-115

Volviendo a las cuestiones de las que habíamos tomado nota en la parte **A** de nuestro derrotero, conviene reiterar la no localización de la Cosa en el cuaternario, en el esquema cuatripartito configurado a partir del gráfico *lambda* modificado y el *R* modificado. Como venimos de afirmar, *das Ding* puede ser ubicada en cualquiera de las cuatro esquinas del gráfico, porque no está en ninguna, ya que se desliza o se desliza por cualquiera de ellas.

Ahora bien, nuestra propuesta –siguiendo a Juranville- soslaya estrictamente, para un despliegue de la cuestión, al esquema *lambda*, tanto como el *R*; ya que en puridad, nos valdremos para ese fin, de un híbrido, de una mezcla de los dos mencionados. Es decir que en lo que resulte estarán conservados los cuatro lugares por una necesidad de estructura cuatripartita propia de cierta ordenación subjetiva que implique a lo inconsciente. Empero ha sido omitido de su diseño - con todo propósito - una parte que es *R* y un segmento del mismo, que correspondería al llamado ternario imaginario. (Ver gráfico)

Para mejor precisar lo antedicho, marcaremos en el esquema (Ver) *S*, *a*, *a*, *A* y las respectivas ubicaciones a partir del *R*, respecto de los ternarios; pero sin tomar en cuenta estrictamente el *R* –como ya fue dicho. Tal como anticipáramos en nuestro título, *das Ding*, no siendo ubicable en ningún lado, puede aparecer en cualquiera de las cuatro esquinas: de ahí que es única y plural. Habiendo arribado a ello, merced al concurso de nuestro trabajo de lectura - a una discriminación que debemos a Heidegger y que está presente en Lacan - a partir de la misma definición de cosa, junta, compactificada y haciendo la salvedad, que tal compactificación – de inmediato - pasa a estar dividida.

II.- *das Ding* y lo siniestro en la angustia (II)

Retomando algunas de las cuestiones de la parte A –sobre la que cabe volver una y otra vez - de este capítulo, diremos, por supuesto, que cierta dimensión terrorífica desprendible de su aprehensión tiene que ver con lo Real, pero al mismo tiempo connota el objeto de la plenitud, lo cual, en cierto sentido y desde cierto registro parece algo a alcanzar: la plenitud. Claro está que de modo intersubjetivo, puede darse vuelta la cuestión ya que con la plenitud, se acabó el deseo. De ahí, el peligro que el obsesivo conoce tan bien y que teme tan hondamente: que caiga su deseo. Es por allí que puede verse eso terrorífico. Empero al mismo tiempo es lo buscado. No es aquello que se trata de huir, sino lo que siendo buscado se mantiene a cierta distancia y que tiene, efectivamente, una aparición repentina.⁵⁸

Vale decir que el objeto *a*, a veces es lo que angustia y en otras ocasiones, es lo que hace de tapón frente a la angustia - cerrando transitoriamente - habiendo una afánisis -objeto obturador como dice en el *Seminario 11*. Así como otras veces, abre. ¿De qué dependerá esto? Desde ya, es importante ubicar allí, la diacronía; es decir lo que un momento hace obturación, en otro momento hace de objeto causa.

Por ejemplo, vayamos a una apreciación clínica: ¿qué vendría a obturar la tentación masturbatoria del obsesivo? Lavarse las manos de modo compulsivo muchas

⁵⁸ R.Harari, *Ibíd.*, pp 70- 72, en segunda edición, aumentada y corregida pp.

veces por día. Ese lavarse compulsivamente es la masturbación. O sea, mantener a raya la tentación y andarse con cosas del cuerpo a través de las manos. En ese contexto, vale subrayar, la diacronía respecto del lugar del objeto 'a', lo propio. De esa manera, lo que pudo hacer de tapón va a ser de objeto causa, o al revés, lo que es objeto causa, es tapón. Hasta aquí, el rescate de este sesgo.

Por otro lado, nos conduce rectamente a tener en cuenta a los registros. De entrada, habremos de consignar que el objeto 'a' no es lo Real; antes bien, hay lo Real del objeto 'a' y este puede jugarse en lo Real, lo Simbólico y lo Imaginario. En esta tripartición registral, también tiene funciones diferentes. De ahí, entonces, que se pueda decir que es el objeto de la angustia - en el contexto del *Seminario 10* - pero por otra parte, es lo que hace causa de deseo. Cabe advertir a este respecto, que si fuera simplemente así, no es angustiante. Más aún: ¿No es al mismo tiempo el objeto de la pulsión? Entonces, por raro designio es un objeto comodín, tipo vale todo, o efectivamente hay que poder ubicarlo en sus funciones diferenciales en cada circunstancia, calibrando la diacronía y el registro - también como advertíamos, periodizar su emergencia y función - para no repetir slogans y perder mayúsculamente una gran parte del contenido que implica el objeto 'a'.

Ahora bien, retornando a la experiencia de lo siniestro, no huelga recordar que Freud lo define como aquello que estando destinado a permanecer oculto, sin embargo, se ha manifestado y cuando Lacan da en hablar de "falta la falta" -otro aforismo bastante frecuentado como moneda que pasa de mano en mano - ante todo da cuenta que ha aparecido lo que debió permanecer oculto. Ha hecho su aparición el objeto 'a' - y esa experiencia de lo siniestro, que es el núcleo de la angustia, un sentimiento que es su basamento - y a la par considerar a la a-cosa en el sentido de la congruencia de la 'a' con la Cosa.⁵⁹ Desde luego, en tal experiencia cabe detectar el 'a', objeto de la angustia, como *das Ding*; con vistas a poder dar cuenta de esta aprehensión en el contexto del *Seminario 10* - como no hemos dejado de enfatizar.

Mas, allí se nos plantea la siguiente cuestión - una vez desprendidos de lo terrorífico que trasunta esta experiencia - el mérito de Juranville es haber hincado el énfasis - en este período primero de la dilucidación lacaniana - de manera bastante insistente en *das Ding*. En ese sentido, su trabajo ha hecho hincapié en ello de manera central como para fundamentar una teoría del aparato psíquico, destacando aquello que constituye la dimensión tragicómica frente a la cual pretende erigirse la dimensión neurótica en tanto defensa. Como bien lo sabemos, ese subrayado permite, además, realizar la discriminación entre el deseo incestuoso interdicto y este otro deseo, que lo es por *das Ding*, en última instancia.

Digámoslo de otro modo, una vez más: lo siniestro dentro de lo angustioso, conforma por tanto ese núcleo de toda angustia. Y ello vale por lo que entraña la repetición, lo demoníaco de la repetición, en lo siniestro -conformándolo- y el hecho de que algo suceda -en el sentido conductista del término - algo pasa y estalla, detona, la angustia. Ello se verifica en un encuentro inesperado.

Como se aprecia, la experiencia de lo siniestro indica la improcedencia del cliché del miedo al cambio; más bien indica que cuando se busca el desvío diferencial del deseo, reaparece lo mismo y ahí detona la angustia. Claro está que ello vale para el apólogo freudiano, en el punto en que el inventor del psicoanálisis anda vagando por las callejuelas de un pueblito italiano y se encuentra - repentinamente - en un barrio

⁵⁹ Ibid,

de prostitutas. Intenta alejarse - yendo en una, luego en otra dirección - súbitamente se da cuenta cada vez, que vuelve a estar en el mismo lugar y ahí aparece lo siniestro. Quiriendo buscar lo diferencial aparece lo mismo en ese retorno diabólico. Desde luego, que es donde Freud nos llama la atención introduciendo el término de marras⁶⁰

Como dijimos, no ha de confundirse: se trata de buscar algo distinto, novedoso, precisamente cuando allí aparece lo mismo. Es claro que no es que el hablante clame porque permanezca todo igual; en todo caso, allí falta la falta – de la que habla un Lacan clásico – y se encuentra en lo siniestro. Vale decir otra vez, que Freud, por su lado, quiere que eso falte y vuelve a aparecer. Hete aquí, entonces, la puntuación de estricta raigambre freudiana: ‘Lo que está destinado a permanecer oculto, se ha manifestado’. Sin duda, se requiere tener en cuenta la referencia al número tres, ya que son esas las veces que vuelve. Diríamos: el número de oro, para la repetición: al menos tres, o más.

Huelga recordar que se trata de la angustia según la aprehende Lacan en su clásico *Seminario 10* – leyendo a Freud – que en todo caso si es señal, es de estar en proximidad del suceder de esa circunstancia. Se trata, es claro, de la señal que registra el yo –la angustia del yo - ; empero, si en efecto es registrada allí, es porque ocurre en otro lugar, en el sujeto. He aquí una discriminación a efectuar: sujeto-yo, en tanto fenómeno yoico como localización, pero no a quien se refiere.⁶¹

III.- ¿Qué es lo que hace la diferencia? : la escritura

Previamente a recalcar en la versión que veníamos dilucidando y que iremos exponiendo de modo gradual - al tomar apoyo en lo así pergeñado por Juranville - cabe subrayar lo que no deja de retornar de continuo, como es harto conocido –y queda evidenciado en el dibujo – a juicio de Lacan los registros son homogéneos, tienen consistencia. Cuando se trata del nudo de tres aplanado (Ver gráfico), puede decirse que los tres son iguales. Entonces, qué es lo que hace la diferencia: la escritura, nada más. En efecto, en principio son homogéneos y escribo que uno es Real (R), otro Simbólico (S) y otro es Imaginario (I), porque me conviene para decir que Imaginario es lo que une real y Simbólico, por ejemplo. Empero, no me obliga, ni obsta para escribir de otra manera, si se me ocurriera. ¿Por qué? Porque indica la equivalencia, la homogeneidad de los registros, puesto que ante todo, la discriminación va a pasar por la circunstancia de la nominación. Es decir que cuando digo: éste es I, ahí establezco la diferencia.⁶²

Cabe decir entonces, que la consistencia no es sólo de lo Imaginario, sino que cuando el maestro francés dice consistencia, está diciendo: cada uno en el mismo sentido y nivel. Quizás por eso, al introducir el cuarto, ya no es homogéneo. Debido a ello, la escritura de los nudos, no es metáfora ni modelo, sino que ¿implica la

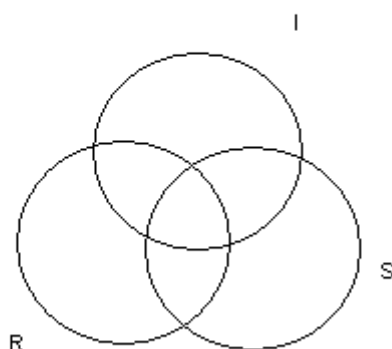
⁶⁰ R.Harari, *La repetición del fracaso*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1988, p.152 y *¿De qué trata la clínica lacaniana?*, Catálogos, Buenos Aires, 1999, pp. 101-110. Se encontrarán variaciones acerca del *Das Unheimliche* de Freud

⁶¹ R.Harari, *El Seminario...* op.cit.

⁶² R.Harari, *¿Cómo se llama James Joyce? A partir de “El Sinthoma” de Lacan*, Amorrortu, 1995, Buenos Aires p. 277 y ss

estructura? A mi modo de ver, para responder a este interrogante uno de los ítems a destacar es que no hay más allá del nudo y éste está indicando, desde luego, un cuarto que es de otra índole; que se abrocha y se ata, teniendo un trayecto otro que los tres nombrados.

La instrumentación del referido cuarto, es una exigencia por lo visto y que el analista francés ya había planteado, por ejemplo en Kant con Sade, en la cita que recortáramos en nuestra lectura.



Veamos, entonces, cómo Freud hace las triparticiones, tomado un asidero en la teoría del aparato psíquico, o sea: inconsciente, preconsciente, consciente o Eso, Yo, Superyó. En ese sentido, lo caracterizado de este modo, parece homogéneo y es dable decir que los tres se articulan como eje de pertinencia porque son instancias del aparato psíquico y no, otra cosa. En efecto, aludo a que el síntoma - por ejemplo- en Freud es neurótico. O sea, que desde nuestra perspectiva psicoanalítica, no hay síntoma psicótico. ¿De dónde partimos para sostener esta tesis? Sin duda, de la descripción muy precisa que hace Freud del estado fenomenológico en las *Lecciones Introdutorias*, de quien se reclama neurótico. Por cierto, tesis nada novedosa, aunque quizás sorprendente para la psiquiatría.

Ahora bien, a la pregunta por el deseo, respondemos que no parece una estructura autónoma, ya que finalmente se articularía a lo inconsciente, al deseo inconsciente, infantil y reprimido; que se haya allí subsumido. En lo que sigue, la remisión se posiciona en el insoslayable papel estructurador de un concepto canónico del psicoanálisis, que nos permitirá continuar nuestro avance en el despliegue de la temática que abre a las constelaciones clínicas.

IV.- Volviendo a la Metáfora Paterna

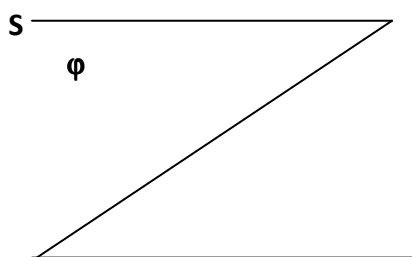
Volvamos, entonces, con diferencia a las cuestiones puntuadas en la versión tomada de Juranville –que estamos acompañando – respecto de los diagramas de referencia -que como marcábamos – no coinciden estrictamente ni con el R y tampoco con el L ; antes bien, localizábamos en ese híbrido los elementos que ubicábamos – homológamente – con Sujeto, Objeto, Yo, Gran Otro; sin duda, cuatro términos del álgebra lacaniana que vendrían a ocupar esos lugares de referencia.

Para mejor precisar lo antedicho, Lacan escribe en una esquina del diagrama, qué quiere decir que al llamado del lugar del Otro, acuda el Nombre-del-Padre. En un sentido, para responder a este interrogante, puede acudir a lo que el maestro francés ha pretendido –en un momento medio de su enseñanza- hacer con los matemas. Cual es, una lectura, no en el sentido althusseriano, sino literal. ¿Qué caracteriza a un modo tal de lectura? Diríamos, donde está A que venga P ; es decir: en el lugar del Gran Otro acude el Nombre-del-Padre.

Tal como lo acota con rigor, se entenderá por qué, cuando no acude el Nombre-del-Padre al llamado del Gran Otro, puede leerse uno de los modos de entender la forclusión de ese significante primordial. En tal orden acotará: “Para que la psicosis se desencadene es necesario que el Nombre- del- Padre forcluido, es decir sin haber llegado nunca al lugar del Otro, sea llamado allí en oposición simbólica al Sujeto”⁶³

Conforme queda indicado en la cita, ¿Qué entendemos por oposición simbólica al sujeto? Debemos apartarnos de la idea de que el sujeto esté en un punto, y el Nombre-del-Padre en otro opuesto o algo por el estilo. Más bien, se trata de la ubicación que él hace; lo cual tiene que ver, por supuesto, con la estructuración del psiquismo en esta esquematización donde puede advertirse cómo acude el Nombre-del-Padre al lugar del Otro; en tanto hace este lugar de confrontación respecto del sujeto.

Ahora bien, vamos a ponerlo en estos términos del primer Lacan, donde el sujeto está conformado decisivamente por esta relación. Ahora bien, el cuarto lugar, donde dice S y conforma un vértice del ternario imaginario.



Y como se capta, entonces, en este vértice del ternario imaginario, aparece escrito falo imaginario. ¿Por qué falo imaginario? Porque es de esta manera, en que el Sujeto, su realidad de ser vivo, puede ingresar en el universo de los hablantes, en esta condición de falo. ¿Para quién? Para M ; entonces, falo para la madre. Si es imagen fálica para la madre, adviene a su condición de ser vivo, y es dable agregar que no a condición de ningún sujeto de necesidades vitales.

⁶³ J.Lacan, *De una cuestión...Post-scriptum*, op.cit. p. 558

Según reza el título de este apartado, volveremos una vez más a la canónica Metáfora Paterna; o sea, al modo en que es reemplazado el Deseo de la Madre por el Nombre-del-Padre y de qué manera, ello constituye decisivamente, la posibilidad del Sujeto de articularse al N-del-P, poniendo en un lugar de caído de significado, al Deseo de la madre. Comporta, claro está, el destaque de este punto, ya que no vamos a entrar en la inteligibilidad entera de la Metáfora Paterna, sino estrictamente a ese punto que Lacan marca, en la segunda parte donde escribe: “Nombre-del-Padre (A/falo)”⁶⁴ Este último, por lo tanto, quiere decir que el N-del-P consigue ubicar al falo por debajo de la barra de A, del Gran Otro.⁶⁵

Entonces, cabe decir que en la medida en que se pliegue este esquema de manera tal que para ubicar el N-del-P, hace que A se encime, ubicándose al falo por debajo. Conforme con ello, comporta de nuevo, esta circunstancia de ver la ligazón que hay entre el esquema Lambda, el R y la Metáfora Paterna; así se consigue graficar que el N del P acuda a P y logra que S aparezca en este lugar ¿Por qué su aparición allí? Porque la primera parte dice:

N-del-P	Deseo de la Madre	--> Nombre-del-Padre (A
Deseo de la Madre	significado al S	Falo)

¿Qué aparece debajo de la barra? En un lado el Sujeto, en otro lado, el falo.

V.- El falo: **significante no verbal**

Tal como lo anticipásemos en el ítem anterior, respecto de esa referencia canónica del psicoanálisis – de Lacan leyendo a Freud – por la vía de esta fórmula, dónde se explica el carácter - al menos en este sistema capital, nodular - de este significante primordial, captándose cómo su movimiento logra ubicar al sujeto, ya en tanto significado. Claro está, que si es significado quiere decir que está en un universo significante, y por tanto, no es referencia de sí mismo. Quiere decir que ya estamos en la definición de un significante que representa a un sujeto para otro significante. Por tal motivo, permite entender la relación de este esquema con la Metáfora Paterna, cuestión que a veces no ha estado suficientemente destacado y que entraña dos capítulos divididos o disociados. En efecto, estamos aludiendo a que apunta a la consabida estructuración de la subjetividad.

Lo caracterizado por los trazos recién definidos, hace que tengamos en cuenta el ternario simbólico y el cuarto término que es el sujeto, insistiendo en que el falo es un significante no verbal, quedando ubicado, entonces, en el lugar del cuarto, no homogéneo, no consistente, respecto del ternario simbólico. Este último, por lo tanto, está indicando lo que es obvio para empezar a pensar en lo Simbólico. En efecto, hago referencia obviamente, al deslizamiento, a la intercambiabilidad de los lugares - tanto

⁶⁴ J.Lacan, *De una cuestión...* op.cit, p. 539

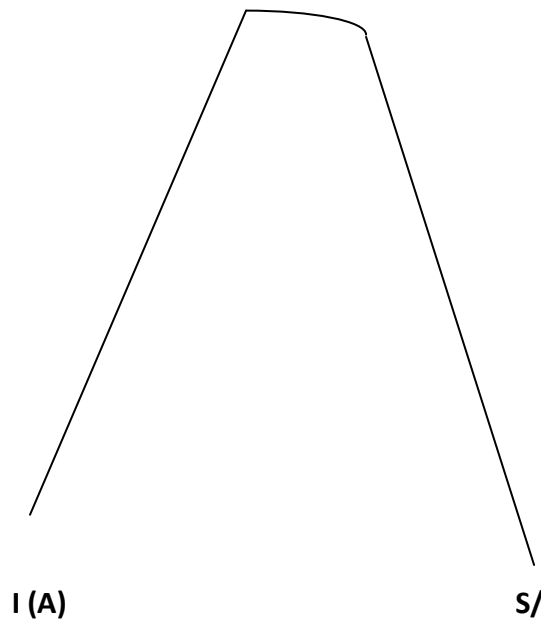
⁶⁵ R.Harari, *¿Cómo se llama...* op.cit., pp. 212-213

como la posibilidad de que éstos para que puedan rotar entre sí - cual es la definición básica de lo que puede implicar esta condición de la mutabilidad de la metonimia.

VI.- El Nombre-del-Padre, ¿cuál? (II)

Como queda evidenciado en el cuadro que intentamos construir - cabe retornar con diferencias, como es de rigor, sobre esta noción apenas esbozada en la parte A del presente capítulo - en lo cual .nos resta un último término donde ubicar en la I (Ideal del Yo) dos cuestiones: la primera, como lugar donde finalmente el Sujeto quiere llegar a ser y, al mismo tiempo –segunda- demarca donde estaba el yo, que acuda el lugar del Ideal del Yo.

Cabe preguntarse a su respecto: ¿Por qué este carácter privilegiado que le asigna un primer Lacan aquí? Hacemos alusión a que cuando construye el grafo del deseo, la cuestión termina siendo un recorrido retroactivo del sujeto a lo que escribe Ideal del Yo: véase



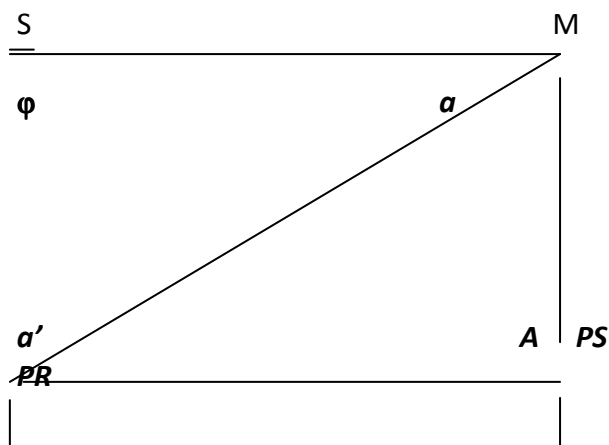
Sí, mas lo que interesa, en consecuencia, es que el recorrido es del sujeto hacia aquello a lo que llama el cumplimiento de su ideal. Es consabido, desde ya, que en el mentado ideal se trata de lo que el sujeto quiere llegar a ser, pero también –tal como Freud lo plantea en el comienzo del clásico Capítulo VII de *Psicología de las Masas y análisis del Yo* – del lugar de la identificación. ¿Por qué? Véase como el inventor del psicoanálisis lo articula de una manera inocentemente genial, ilustrándolo de esta guisa: ¿Qué quiere el niño? Mira a su padre, lo admira, quiere ser su ideal, quiere imitarlo. Quiere identificarse con su ideal.

Y ahí se ve la coalescencia tan íntima, que Lacan explota con tanta sagacidad e inteligencia, entre identificación e ideal. Lo cual nos conduce rectamente a que el núcleo del Ideal del Yo es un trazo unario, el cual quiere decir que esta identificación no tiene por qué ser masiva, mayúscula, imaginaria, no es una imitación; en suma: basta un trazo único, al que Lacan rebautiza: unario. Otra vez, basta con un trazo único, entonces, para que efectivamente pueda producirse la identificación.

O, mejor dicho, como bien lo sabemos desde Freud, ese es el lugar donde aparece el Ideal tanto como lugar del Padre, en consecuencia y al mismo tiempo. Ahora bien, se trata de responder a este interrogante: ¿Cuál Padre? Se responde que el Padre Real, paradójicamente en el lugar del Padre Ideal ¿Por qué? Porque es aquel que se coloca (Ver en el esquema) en relación con M, como deseado-deseante, deseante-deseable; aquél en función del cual se produce este lugar que llamativamente hemos llamado como Padre Real.

Hete aquí algo para destacar –así lo hace Juranville– Padre Real y el que finalmente se va a llamar Padre Simbólico, son o no son sino, dos maneras de la instancia que un primer Lacan llama Nombre-del-Padre. Obsérvese que esta última se ha trabajado siempre - casi exclusivamente – en tanto el lugar de pura referencia significante; como cuando se dice: - ‘Murió el padre, pero no importa, porque si la madre se atiene a una legalidad, entonces el bebito de alguna manera, está articulado al Nombre-del-Padre. ¿Por qué? Porque no interesa el padre efectivo; sí, en cambio el Nombre-del-Padre; siendo la carnalidad secundaria.’

Empero esto no es todo, ya que cabe contar con este otro Nombre que es el deseante-deseable y que es el Padre Real, el que pone el cuerpo. Digámoslo de otro modo: según lo así pergeñado, comportan dos lugares de Padre. Como se aprecia hasta aquí, cabe escribir Nombre-del-Padre como aquello que engloba esta doble circunstancia.

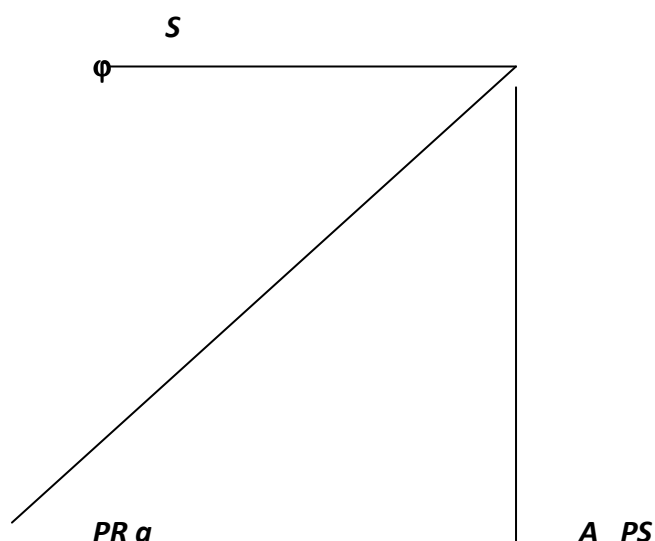


Nombre-del-Padre

Bien, más en esta ocasión, resulta interesante realizar el ejercicio de hacer la escritura entera de la Metáfora Paterna, estrictamente en juego con los demás elementos aquí presentes, viendo de qué manera va a actuar dos veces el Deseo de la Madre, Deseo de la madre-significado del sujeto y si eso no tiene que ver con lo que

intentamos discriminar: una cosa es el significante del objeto primordial (M) y otra cosa es la esposa del padre, como puntuábamos en la primera parte.

Voy a esto: una cosa es trazar este eje y otra cosa es trazar este otro (Ver esquema) M tiene tres relaciones, mostrando su carácter absolutamente articulador, hecho que nos va a permitir avanzar en esta dilucidación de los lugares.



VII.- ¿Cuál es la función de la pulsión de muerte?

Mas aquí se nos plantea otro punto a destacar y es que *el Falo es posible si das Ding, en tanto plenitud, no está*. Ahora bien, ¿A dónde vamos con esta afirmación? Para responder, comencemos a glosar las siguientes preguntas: ¿Qué hace obstáculo al goce absoluto? Como bien lo sabemos es por el goce fálico. ¿Por qué hace obstáculo? Porque está localizado en un lugar y es parcial, focal. Ello se verifica porque el goce de marras define, autoriza, permite; así desde él se imagina el goce absoluto, el del Otro. Al mismo tiempo, indica que es con el que se puede contar. En el mismo sentido, el falo, limitado, limitante, le pone coto a la Cosa.

Además, en ese orden, el cuarto que aparecía ya anunciado en este texto temprano que interrogábamos *El mito individual del Neurótico*, como pulsión de muerte. Tal como lo indica lo predicho, no deja de retornar de continuo la siguiente pregunta: ¿Cuál es la función de la pulsión de muerte? Para responder a este interrogante, diríamos: romper, limitar, reducir, restringir, quebrar síntesis. Por cuanto, también el reverso de esta localización del Falo es la pulsión de muerte, en tanto no es la plenitud, el goce ilimitado, Eros. Y esto último vale, ya que Eros quiere la unidad, la síntesis, la totalidad, el modismo.

Otra vez, la pulsión de muerte, en tanto limitativa es al mismo tiempo en su limitación lo que permite. Para ir concluyendo por ahora, casi se podría decir que

cuando uno define algo, se gana en virtud de la definición y se pierde todo lo que ella deja a un lado. Como dijimos, si uno elige algo renuncia a otra cosa: No es una desgracia renunciar, puesto que – al estar de Lacan -: lo que se gana por un lado, se pierde por el otro, y como en general no se sabe lo que se ha perdido, se cree que se ha ganado. A eso me refiero cuando digo que la *ganancia del falo es, en su reverso, la pulsión de muerte*. Por eso, el cuarto.

Retengamos entonces, algunas puntuaciones de mínima que iremos desplegando de modo gradual en los distintos capítulos que conforman la segunda parte de este volumen: cada constelación clínica a dilucidar implica algún tipo de esguince respecto de la castración. Y ello vale, porque cada una comporta – de inicio- una modalidad de identificación imaginaria, cuyo matiz ayudará –en principio- en un sentido integrativo, indicativo- a los modos de escribir las constelaciones. Tal graficación aparecerá al inicio de la dilucidación y el despliegue de cada constelación clínica, en los capítulos correspondientes

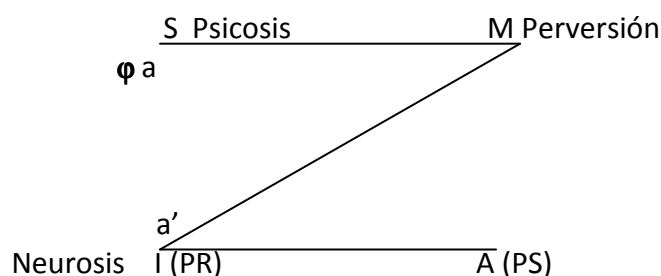
Capítulo IV

Las neurosis: La represión es una lengua...

I.- Modalidades de identificación imaginaria

Para comenzar a trabajar la temática de este capítulo en vías de iniciarse - previamente a este cometido - traemos a colación de modo indicativo, lo que hemos dado en llamar cuaternario, a partir de remover en el esquema *Lambda*, el *R*, haciendo hincapié en un tercero –el ternario simbólico y el falo – a los efectos de implicar la identificación imaginaria en cada uno de los cuatro vértices en consideración – según un esquema que presenta Juranville⁶⁶- al permitir ilustrar – de inicio- un esbozo en situación de nuestras constelaciones clínicas.

Véase, por ejemplo:



Así en el lugar del sujeto aparece convocada la dimensión fálica; tanto como en el del objeto M; en el del Otro, concurriría el N-del-P (Padre Simbólico), para tener su lugar en el otro vértice la I de Ideal del Yo; donde se ubica al Padre Real. De este modo, se trataría de indicar que un sujeto identificado imaginariamente a cualquiera de estos

⁶⁶ A. Juranville, *Lacan y la filosofía*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1992, p. 241

vértices, origina, por esta identificación imaginaria, alguna de las ya mentadas constelaciones clínicas: psicosis, perversión, y neurosis.

De esta manera confluyente con lo que venimos exponiendo, entendemos que corresponde por jerarquía y porque marca nuestro campo –el de nuestra praxis cotidiana- lo que Freud nominó: inhibición, síntoma y angustia, abrir el juego por la vía de la neurosis. Claro que como bien lo sabemos - desde el padre de nuestra disciplina psicoanalítica – se requiere efectuar distingos a los que en particular nos obliga la manera en que es dable inteligir hoy – no sin el concurso de los avances lacanianos – lo que define la especificidad de la neurosis, que es el síntoma. Entonces, manos a la obra con esta cuestión crucial, a renglón seguido.

Mas antes de entrar en ese derrotero propuesto, cabe hacer lugar a un pequeño truco siguiendo a Juranville; cual es el sitio de I (Ideal del Yo), el que porta los emblemas identificatorios, es el lugar donde el sujeto está convocado a constituirse en función de un ideal. Eso es lo que, en definitiva, el Ideal del Yo.⁶⁷

Ahora bien, en el capítulo anterior, habíamos hecho alusión al famoso *Grafo del Deseo*, solamente para recortar este punto: ¿A dónde va el sujeto (S/ barrado) en esta retroacción I(A)? (Ver gráfico). Habíamos tomado nota que se dirige al Ideal del Yo – como es consabido- para sostener y alcanzar este punto. A ese respecto, en *Duelo y Melancolía*, el genio de Freud advierte que si ello se alcanzara y el sujeto fuera su propio ideal, estaríamos en el terreno de la manía, perdiéndose todo desvío diferencial entre el sujeto y su ideal. Toda vez que esto aparece marcado hipertrofiadamente, comporta, claro está, la melancolía. Para decirlo de otra manera, entonces, al obstaculizarse este desvío diferencial, es el Yo Ideal, en tanto - al estar de Freud en su *Introducción del narcismo* – el Yo vuelve a ser, como en la infancia, su propio ideal. Hete aquí que se trata del Yo Ideal y ya no, el Ideal del Yo.

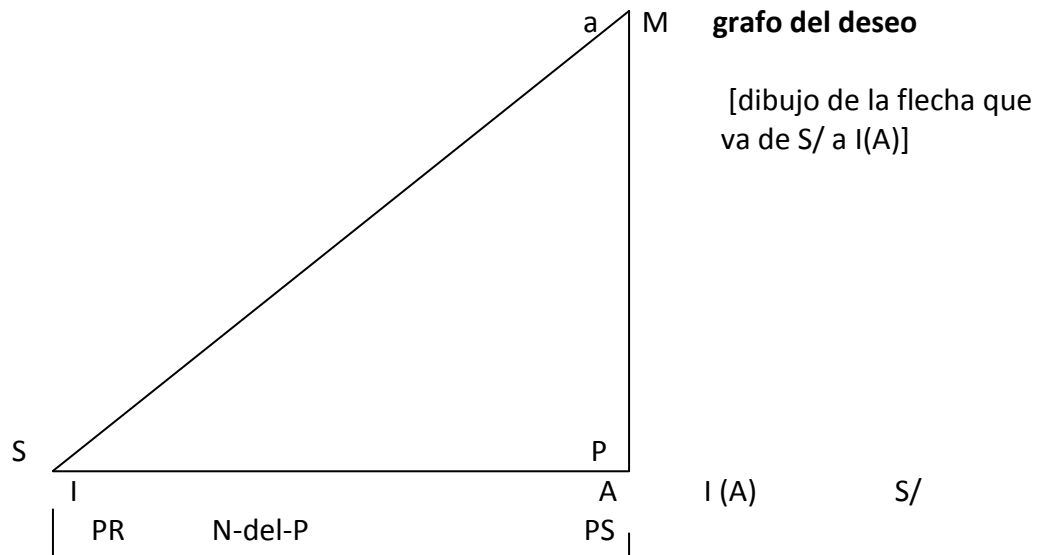
Y como se capta en esa puntuación de estricta raigambre freudiana, empero, es que un sujeto, sin llegar a confundirse con el Ideal del Yo, puede decirse que -en efecto- su procura se encuentra allí. Además de ello, cabe advertir en esta notación de Lacan – que en principio cabe tomarla como sinónima- : la I en el esquema R, o la I (A) en el *Grafo de marras*.⁶⁸ Como decíamos, es dable escribir de ambas maneras, pero en todo caso se hace notar que lo que más le importa destacar al maestro francés en la ocasión, es que esa (A) indica la instancia eminentemente simbólica comportada por tal Ideal del Yo.

Bien, mas intentemos mantener convencionalmente la I (ver gráfico abajo) - en el cuaternario que construimos la A se halla en el extremo opuesto manteniendo una distancia- pero haciendo la salvedad de lo que hemos afirmado - con Juranville- que tanto el Padre Simbólico como el Padre Real son desdoblamiento del Nombre-del-Padre. Esto es: que el N-del-P abarca la referencia significativa pura –según hemos subrayado en el capítulo anterior- o sea, la cuestión de un lugar virtual del tesoro de lo Simbólico; empero también involucra al Padre Real, efectivo, carnal, del deseo, deseable y deseante. Los dos constituyen el N-del-P, aunque suele suceder que sólo se considere allí al padre Simbólico. Conforme con esta tesitura - abierta por un Lacan inicial - conviene no omitir esta instancia de marras.

⁶⁷ Cf. R.Harari, *El fetichismo de la torpeza y otros ensayos psicoanalíticos*, Homo Sapiens, Rosario, para abrir a una puesta al idea de esta noción

⁶⁸ Si se quiere I(A) es un complemento de la escritura con minúscula: i (a). Esto es: imagen del otro, especular.

Volvamos entonces, al pequeño truco que proponíamos, el ternario simbólico, como enseguida habrá de poder apreciarse: Diagrama1⁶⁹



De esta guisa, el S queda ubicado según queda evidenciado en el esquema. Vale preguntarnos el por qué de escribir la S sin barrar, en tanto que en el grafo está barrada. En este punto habremos de consignar una respuesta tentativa, ya que esta escritura – S, a secas - trasuntaría un sujeto por venir y que a diferencia del grafo aparece, un sujeto del deseo, constituido: sujeto del deseo, dividido – se barra- de lo inconsciente.

En cambio, de modo contrapuesto, se trata aquí de un sujeto advenido, que se constituye y padece una operación llamada afánisis, que comporta que en su constitución está desvanecido en su presunta potencia ilimitada, por ser sujeto del significante. En este sentido, entonces, puede ser “venido a menos”

II.- A partir de la represión: un trípode para ubicar las tres psiconeurosis

Arribamos así, a la cuestión sugerida por el título de este apartado, con el designio de proponer el mentado trípode para su posterior despliegue. O sea, ubicando el Sujeto, el objeto y el Otro, se conforma el soporte de marras que nos habrá de permitir situar las tres sub-constelaciones que constituyen las neurosis.

Claro está que tal conclusión se desprende del recorrido freudiano que toma en cuenta, a partir del mecanismo decisivo de la represión, tres maneras de diferenciar la neurosis. Véase en consecuencia que su modo de proceder implica una lógica en juego – no por azar. Esta lógica a la que hacemos alusión –y a la cual arribamos merced al concurso de nuestro trabajo de lectura – la extraemos de lo que nos enseña, en su exposición, una insistencia metodológica determinada ; la cual indica que ahí hay un

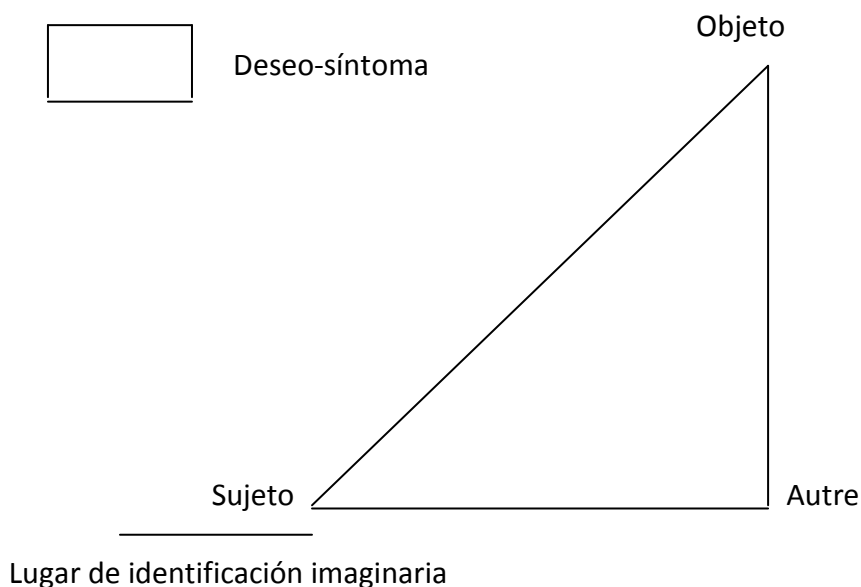
⁶⁹A. Juranville, op.cit, p. 203

conocimiento que se quiere transmitir. Por cierto, he aquí con beneficio de inventario, lo que resulta una manera “espontánea” de conducirse.

Cabe decir entonces, que esta remisión se posiciona en que - por ejemplo - si se empieza hablando de las neurosis –mucho más largamente de la primera que de las otras- y se repite ese procedimiento, la apuesta en juego – independiente de la voluntad consciente del postulante - es que se quiere transmitir algo allí. ¿A dónde vamos con esto? A lo siguiente: Freud, con recurrencia, al empezar su esclarecimiento de las neurosis, comienza su derrotero por la fobia, después sigue con la histeria de conversión y termina con la neurosis obsesiva. Tal detección da cuenta, no necesariamente, de una jerarquía puesta en acto en esa referencia a la mayor gravedad o importancia en juego de una forma sobre otra. Antes bien, resulta un procedimiento discursivo, dando a entender que algo se transmite mejor en su periplo si se empieza por la fobia, se sigue con la histeria de conversión, para luego concluir con la neurosis obsesiva. (Volveremos sobre la cuestión más adelante)

Ello se verifica, entonces, en que se plantean tres sub-constelaciones distintas, o si se quiere, tres derivadas de la constelación neurótica. ¿En qué sentido damos en hablar de sub-constelaciones. De esta manera: hemos dicho que la identificación imaginaria del neurótico es al lugar del Sujeto, y que allí hemos corrido a ese sujeto que se constituyó en tanto falo, al lugar de la procura del Ideal. Entonces, el Sujeto entre el falo y el Ideal, como queda evidenciado en el esquema 2⁷⁰ - con Juranville - en tanto lugares inmutables: S, O, A. Ahora bien, es dable ubicar en esos vértices, los términos: Padre Real, Padre Simbólico y Madre.

A juicio de Juranville, cabe subrayar el lugar de identificación imaginaria. Es decir que en el lugar subrayado vale escribir, según sea pertinente Padre Real, Padre Simbólico o Madre, en tanto plaza de la identificación imaginaria. O sea que cualquiera de los tres términos puede desplazarse a ese lugar. Véase en consecuencia:



⁷⁰ Idem

Claro está que al mismo tiempo y tal como se deja leer este diagrama, se va a diseñar otro espacio como sitio del deseo y por ende, del síntoma –que en el dibujo aparece encuadrado.

Previamente a este cometido encararemos un pequeño rastreo con vistas a dar cuenta de una notoria e importante puntuación freudiana respecto de la fobia. La misma conforma un pilar vertebrador clínico, puesto que descarta que la fobia no exista y sea una variante de la histeria, tal como pareciese indicar la nominación de histeria de angustia. De esta manera, no sólo se diluye el énfasis puesto en que hubiese solamente histeria y obsesión, sino que esta afirmación no se compadece definitivamente con la tesitura freudiana, que distingue las tres sub-constelaciones neuróticas.

Dicho lo cual, nos adentraremos en la cuestión resaltada en el título de este apartado. La primera de ellas se refiere a lo que implica la represión, sobre todo porque no cabe eludir, en lo más mínimo, la afirmación respecto de que la represión y el retorno de lo reprimido son lo mismo. Vale preguntarse, entonces: ¿cómo se da ese retorno de lo reprimido? Más aún: ¿Qué comporta el retorno de lo reprimido en cada una de las sub-constelaciones neuróticas? Puede verificarse cuánto de atendible y congruente vehicula esta propuesta a esclarecer esa clásica cuestión - que no es simple- cuyo tratamiento puede suscitar otra vuelta – a partir de la metapsicología freudiana- por la canónica noción de síntoma psicoanalítico. Retomaremos la problemática hacia el final de este capítulo.

Insistamos en aras del despeje propuesto en lo previo, en el texto de Juranville que venimos considerando, porque hallamos allí unos puntos discutibles acerca de la represión y el retorno de lo reprimido en Freud y en Lacan. El filósofo francés cuestiona la discriminación efectuada por el padre del psicoanálisis entre la *Urverdrängung*, represión primordial y la represión propiamente dicha, alegando la necesidad de una convención casi teórica en pos de afirmación de una represión primordial, además de la llamada propiamente dicha.

De esta guisa, Juranville cree encontrar una especie de discrepancia – específicamente- entre el inventor del psicoanálisis y su impar lector, respecto de la represión originaria. Bien, mas en esta ocasión cabe decir que no he encontrado tal divergencia, ya que en *RSI*, por ejemplo, el dictante de ese *Seminario* – ubicado en el último tiempo de su enseñanza- vuelve a decir con todas las letras, que hay una *Urverdrängung* y que ella hace - entre otras cuestiones- a lo Real como imposible. ¿En qué sentido? En el punto en que hay lo reprimido en forma terminante y que no se hace consciente de ninguna manera. Aludimos a un modo posible de hablar de lo Real, como imposible de tornar consciente y así también, una manera de hablar de la represión originaria.

III.- ¿Qué decir del síntoma psicoanalítico? El que lo dice... lo tiene.

Retomando nuestro hilo, prima por consecuencia lo predicho – para decirlo más claramente- puesto que es lo que aparece quebrando la armonía del mundo, para el

sujeto. A diferencia de lo que sucede en los enfoques psiquiátricos, para el analista, el síntoma lo tiene el que lo dice que lo tiene, el que lo denuncia teniéndolo y no sabe por qué. Tal el quiebre de armonía de los buenos mundos donde el ser hablante se puede mover, ahí podemos localizar la presencia de un síntoma.

Como bien lo sabemos desde Freud, conforme con su definición en las *Conferencias de Introducción al Psicoanálisis* – que dicho sea de paso, los que allí se reúnen, no son textos hechos al pasar, carentes de rigor, ni mucho menos. En fin; son todo lo contrario. En esa orientación, vayamos ahora a algunas puntuaciones de la *Conferencia 23, Los caminos de la formación de síntoma*, donde plantea: “Todo lo dicho aquí y lo que se diga en lo que sigue, se refiere exclusivamente a la formación de síntoma en el caso de la neurosis histérica”.⁷¹ Veamos, entonces desde estas líneas iniciales, que no da cuenta de por qué el privilegio otorgado a la neurosis histérica, precisamente en el punto en que introduce las series complementarias, la famosa discriminación entre lo innato, lo adquirido, etc.

Y así prosigue el maestro vienés su lúcida y precisa puntuación en la citada *Conferencia*: “ Crean un sustituto para la satisfacción *rehusada*[...] El síntoma repite de algún modo aquella modalidad de satisfacción de su temprana infancia”.⁷² Cabe subrayar esta característica: ‘el síntoma repite’, para afirmar que en un sentido es una formación novedosa, ya que con anterioridad no estaba e irrumpe; pero sin embargo, al mismo tiempo, es una repetición. Como es harto conocido, es una repetición con diferencia. A la par, esa forma de satisfacción aparece –como es obvio – desfigurada. Es claro que no aparece tal cual y eso torna paradójico el hecho de intentar aprehender su sentido.

Para decirlo con un ejemplo banal: “- ¡Cómo come ese hombre!” Al respecto, dícese de inmediato: - “...regresión a la oralidad; por lo tanto repite la satisfacción primitiva” Procuremos distanciarnos de estos despropósitos, para decir - de inicio – que en todo caso vale preguntarse a ese respecto: ¿qué fantasma estará puesto en juego cuando se afirma tal barrabasada?! Más todavía, he aquí otra ilustración del mismo tenor: “...un sujeto constipado, entonces pasa algo con la analidad...” ¡Vaya!, de un juicio tal no cabe sino hallar una banalidad casi rayana en la estupidez.

Por tal motivo y a partir de estas tomas críticas de distancia, retengamos entonces, que de trascender la conducta hacia el fantasma, entramos en el psicoanálisis. *A contrario imperio*, rotularemos en forma pseudotécnica lo que resulta una obviedad para cualquiera.

A mi modo de ver, en esa suerte de acto que es el síntoma, se encuentra la repetición, desfigurada y en esa desfiguración, es dable localizar la variabilidad de las sub-constelaciones clínicas neuróticas. Tal como ha sido indicado, resulta desfigurada por la censura que nace del conflicto. Es decir que la censura está puesta en acción por este último, entre una modalidad expresiva posible - aparentemente plena- y por la interdicción que cae sobre ella.

Es cierto, empero, a los efectos de comenzar a despejar el interrogante suscitado por cierta – a mi juicio, insuficiente - lectura del texto freudiano realizada por Juranville; cabe una vez más y éticamente, volver a lo escrito por el inventor de nuestra disciplina. En una primera aproximación, según lee el filósofo francés: “Para

⁷¹ S.Freud, *Conferencias de introducción al psicoanálisis*, 23, “Los caminos de formación del síntoma”, Obras Completas, Amorrortu, Buenos Aires, 1978, t.XVI, p.342

⁷² Idem, p.333. La traducción en bastardilla está levemente modificada

Freud el síntoma es producto de la represión. En realidad de Lacan entendemos que no es que el síntoma es producto de la presión, sino que el síntoma es la represión”⁷³.

En pro de querer dar cuenta de la idea en cuestión, afirma que el sostenimiento del síntoma indica el sostenimiento de la represión. Cabe aseverar que lo que se intenta delinear no es tan simple como se pretendía en los tiempos en que , por ejemplo, era estudiante de la Facultad de Psicología, mediante el siguiente esquema (falta dibujo)

Como puede apreciarse, de su efectuación se deja desprender que la resultante entre dos fuerzas, F1 y F2, la solución de compromiso, transaccional, es el síntoma (S). A esto Juranville – en este caso, leyendo bien a Lacan, pero no así a Freud- considera que el síntoma es justamente aquello que sostiene, que ejecuta en sí mismo, la represión. (Esta temática será retomada en el capítulo destinado a un ahondamiento del síntoma)

Para decirlo más claramente, en la medida en que el sujeto está alienado, capturado por el síntoma, no hay otra cosa que este último. Sin duda que tal aseveración, combate la idea de un inconsciente trascendente y profundo.⁷⁴ Vale la pena reiterar -una vez más - que hay lo inconsciente inmanente en el síntoma. Es viable advertir que con *inmanente*, se quiere decir que está allí y no en otro lugar – es claro que no ‘en el fondo de ...’- antes bien, tratándose de detectar allí - en eso mismo - la presencia de esta modalidad de satisfacción que repite algo aparentemente pretérito.

Entonces, sigue Freud, en la cita interrumpida: “...desfigurada por la censura que nace del conflicto. Por regla general, volcada a una sensación de sufrimiento...”⁷⁵. Arribamos así a este punto crucial subrayado por el genio del inventor del psicoanálisis, ya que sin esta emergencia, no habría síntoma. Lo sagazmente señalado allí, nos indica que de no haber tal sensación de sufrimiento, no tendría lugar la demanda que los analizantes nos dirigen, cada vez: “- Sáqueme tal síntoma”.

Lo cual da pie a entender en tal tesitura a la demanda del neurótico sancionándola como deseo. ¿A qué estamos haciendo referencia con esta afirmación? A lo siguiente, graficándolo de esta manera coloquial: “- Si usted me saca esto, con el resto me arreglo”. Tal cual lo que puede ser traducido por: psicoterapia focal. Llegamos de esta forma a lo que se localiza en la recta línea de lo insistentemente recordado de lo dicho por Freud, respecto de la imposible promesa dirigida a una mujer: “- Voy a embarazarte para gestar un brazo, una pierna, un ojo; en vez de un hijo”. ¿Qué nos dice el maestro vienés? Se trata de que uno inicia el proceso, pero haciendo la salvedad, de que no está en sus manos dilucidar cuales partes específicas. Ahora bien, de acuerdo con la tónica vigente en nuestros desarrollos, se abre en este punto de arribo, la cuestión crucial de la transferencia.

⁷³ A.Juranville, op.cit. p.199

⁷⁴ Cf. R.Harari, *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis, de Lacan. Una introducción*, Nueva Visión, Buenos Aires, reedición, para una revisión clásica y crítica de la cuestión.

⁷⁵ S.Freud, op.cit

IV.- La neurosis de transferencia: interludio entre neurosis y vida

En una primera aproximación y desde las líneas iniciales de este párrafo, cabe plantear que tratándose de la transferencia que se echa a rodar –según se espigaba de manera sutil en el ítem anterior- no huelga recordar lo enfatizado por el padre del psicoanálisis respecto del cuidado a dispensarle en su manipulación por el analista, ya que en esta dirección, trabaja con elementos explosivos. Para decirlo de una vez, la transferencia en cuestión no es fácil de ser vadeada, focalizada, esquivada o sectorizada. Más aún, como nada de ello es posible, aquello anotado acerca de que la sensación de sufrimiento esté localizada, no lo es sino de una manera anecdótica.

En todo caso, con pertinencia específica, hay lo que con un primer Lacan, podemos llamar a este goce del síntoma, que hace que alguien pueda decir: ‘sufro por esto’. Claro está que decíamos que esto es anecdótico porque no se trata de esto. Digámoslo sin tapujos, las terapias sintomáticas que apuntan a desbaratar el síntoma, quieren hacer creer que con ello está desbaratada la cuestión.

Para decirlo de otro modo, el sujeto sufre por ello y no sabe por qué le sucede lo que le sucede. Por lo tanto, el analista debe saber y así, da pie a esa figura virtual del Sujeto supuesto al Saber (S.s.S). Mentado de tal forma y al estar de Freud: “Pero no es tampoco una mera revivencia del pasado desfigurado”

No resulta desatinado aquí hacer la salvedad de lo que no deja de retornar de continuo. La frase freudiana citada distingue que el análisis no es una búsqueda de levantar amnesias, ni de reconstituir una historia, intentando de esa manera vadear los fuegos transferenciales. Por el contrario y a cambio de eso, hace su aparición lo que Lacan ha llamado *hainamoration*, que puede ser traducido con la palabra valija *odioenamoramiento*. Cabe decir en ese orden, que aparece en el artificio psicoanalítico, aquello que antes se jugaba con el síntoma.

Ahora bien, a los efectos de sostener esta tesitura, seguimos la acotación rigurosa freudiana que da en hablar de lo que sigue: hay una neurosis de transferencia. Más todavía, que se transforma la neurosis clínica en neurosis de transferencia. Algunos analistas acreditan que el analizante, en vez de tener síntomas en su vida cotidiana, tiene síntomas neuróticos en la cura. Dicho lo cual: “- Está mejor afuera y medio loco en la sesión”. Tal vez, haya una pizca de verdad en lo predicho; aunque no se trate ingenuamente de la ocurrencia de conversiones, de rituales, etc., en las sesiones psicoanalíticas. Antes bien, se trata de lo que sucede en la relación con el analista.

Presentado así, propone que concibamos sustituir la neurosis clínica por o a través de la neurosis de transferencia; donde empieza a ser tratado el analista como el síntoma. Tal lo que queda evidenciado- según lo escuchado- en los siguientes dichos, donde empieza a haber una cierta semejanza no azarosa: “Me gustaría no tenerlo más, pero no puedo vivir sin él”. Para decirlo todavía más claramente, si no se hace lugar a esta apreciación de notable fineza clínica, se corre el riesgo de creer reducido el alcance de un psicoanálisis a una práctica sadomasóquica apenas sublimada; esto es que analizante vaya a sufrir, a que le digan cosas duras, etc. Presentado así la opción y con todo rigor, permite que se vea que ése es el lugar del síntoma y no el de una tortura refinada.

Cabe decir, entonces, que hay un corrimiento de la neurosis –a la misma y a la otra ya consignadas en el párrafo anterior. De acuerdo con ello, diríamos que sigue siendo la misma, si bien – estamos contestes- que ha cambiado porque se ha extendido en

una escena, desde donde, ahora, lo reprimido retorna desde el lugar del analista. Véase aquí una fórmula clásica que responde a la pregunta por: ¿Desde dónde retorna? Desde aquello que parece - en un sentido - insoportable y sin embargo, sin lo cual no se puede vivir. Hete aquí que –como propone un Lacan leyendo a Freud- hasta que aparezca ese descenso, esa caída del analista que –cabalmente- puesto en semblante de objeto ‘a’ hace al sujeto como deseante, y que pese a todo, aparezcan quejas y protestas.

Digámoslo nuevamente; sin embargo, ahí en tanto sujeto deseante - por cuanto el análisis tiene la máxima implicación y trascendencia - en modo alguno se advierte allí un sujeto afanizado –caído en su capacidad desiderativa- sino todo lo contrario. Por ende, valga nuestra insistencia, se deja captar lo que sigue diciendo Freud: “... desfigurada por la censura que nace del conflicto, por regla general volcada hacia una sensación de sufrimiento y mezclada con elementos que provienen de la ocasión que llevó a contraer la enfermedad”⁷⁶

A mi juicio, en la mentada definición freudiana, también se mezcla con estos elementos que hacen que se contraiga una nueva enfermedad, tal lo que comporta la neurosis de transferencia. Cuestión que nos conduce rectamente a la tesitura del maestro vienés – según reza el título que nos guía en este apartado- que concibe a la neurosis de transferencia como lugar intermedio entre la neurosis y la vida. O mejor dicho, ese lugar intermedio que no deja de ser neurótico; en el cual el sujeto no ‘va a ver qué le pasa’, sino a revivir allí mismo, su propia condición neurótica.

V.- ¿Qué de la introducción de la *Übertragung*?

Tal como lo indicase la cita en lo previo al referir la ocasión más actual del desencadenamiento de la neurosis, amerita un breve comentario ya que da en hablar de la introducción –temprana - por Freud del término *Übertragung* en la *Interpretación de los sueños*, a pesar de lo considerado por el *Diccionario de Psicoanálisis* de Laplanche y Pontalis, que sostiene la posterior no utilización clínica por el padre del psicoanálisis del aludido concepto. Desde ya, no es esa la posición de Lacan, quien - enseñando en acto cómo leer – nos dice que si lo escribió así en tal texto y luego lo utiliza en otro, es porque hay entre ellos un parentesco de sangre; esto es, si los significantes insisten, es porque transmiten algo.

Por otro lado, cabe otro ejemplo que nos interesa en ese orden de razones: véase cómo el *das Ding* del *Proyecto de una psicología para neurólogos* es reencontrado en *La Denegación*, no siendo azarosa su aparición en esos contextos diferenciados para la intelección del concepto.

Ahora bien, para responder al interrogante que plantea este ítem, diríamos con Freud, que lo destacado en el texto dónde la *Übertragung* hace su entrada, es que alude a la transferencia del deseo inconsciente, infantil y reprimido, al resto diurno. Es lo que se diría –clásicamente- de lo que sucede en la sesión analítica. Claro está, que

⁷⁶ idem

como es consabido, lo caracterizado con los trazos recién definidos ha sido desplegado en más de un texto de mi autoría, hace varios años⁷⁷.

A mi modo de ver, ello da en hablar del analista en tanto resto diurno; lo cual hace que éste adquiera un leve matiz onírico, que no huelga subrayar, y por lo tanto, no es dable pretender- al estar de los así autodenominados ‘terapeutas breves’- que haya una especie de continuidad entre la vida cotidiana y la sesión analítica. De ninguna manera, esto es así. En efecto, aludo a que el corte es lo que indica que hay una experiencia distinta de la ‘ingenua’ realidad cotidiana; en tanto muestra – para empezar- que es posible una práctica de lo Real – dicho de manera rápida por ahora- y no una continuidad ‘realista’ - como aquellos terapeutas breves pretenden, al decir que no se armen ‘situaciones raras’, aludiendo a la del diván, por ejemplo. Por el contrario, la predicha puntuación pone sobre el tapete la canónica cuestión – *abc* del psicoanálisis- de que se trata allí, sin duda, de una situación anómala, tal como lo es la disparidad subjetiva de los dos -analista y analizante- en la sesión. Digámoslo una vez más –valga nuestra insistencia- no hay en ella dos iguales, ni subjetividad alguna: sólo disparidad, dónde el analizante es el que lleva la voz cantante.

Retomando nuestro hilo conductor, veamos, entonces, cómo la transferencia, así inaugurada por Freud en el 1900, comporta de inicio, que el deseo se traslapa, se corre de lugar y se pone en acción a partir del resto diurno.

Así, tal como lo indicase la predicha puntuación, el deseo viene a ser mantenido por ese objeto causa; en cambio se sostendrá por el fantasma. Dicho de otra manera, si no hay resto diurno, no hay transferencia del deseo en el sueño. Si no hay semblante de ‘a’, no hay sujeto deseante en la sesión analítica.

VI.- Del deseo en el parentesco del síntoma y del fantasma

Uno de los ítems más destacables en la cuestión que acabamos de subrayar es el punto del fantasma y su relación – a partir del deseo- con el síntoma. En esta circunstancia no huelga reiterar las objeciones interpuestas por Freud de inmediato, al dar en hablar de la conformación sintomal y haciendo referencia al fantasma. Desde ya advierte –según lo hemos especificado ha tiempo ya⁷⁸- lo que cabe descartar y es que éste último no origina, ni causa, ni determina y así siguiendo, el síntoma, sino que es un estadio psíquico previo más próximo – especialmente es sugerido en *Fantasmas histéricos y su relación con la bi-sexualidad*. Como bien lo sabemos por el inventor de nuestra disciplina, la predicha comporta una diferencia crucial y rotunda.

¿Por qué? Porque nos lo aclara al traer a colación la habitual crítica de Hume respecto de la causalidad.: es un engaño, producido por nuestro psiquismo⁷⁹, que consiste en afirmar que porque algo viene antes de otra cosa, entonces la produce en una relación de sucesividad, donde el antecesor determina el hecho posterior. Vale decir que el filósofo inglés refuta y liquida lapidariamente la noción de causalidad.

⁷⁷ R.Harari, *Fantasma: ¿Fin del análisis?*, Nueva Visión, 1990, pp. 145-276 y *Las disipaciones de lo inconsciente*, Amorrortu, Buenos Aires, 1996, p.76

⁷⁸ idem

⁷⁹ R.Harari, *Intraducción del Psicoanálisis. Acerca de L’Insu..., de Lacan*, Síntesis, Madrid, 2004, p. 65, para una ampliación de la temática acerca del aparato psíquico, la psiquis, etc

Cuando se pretende acreditar que el fantasma es causa del síntoma, a mi entender, se aventura caer en la misma trampa. En cambio, Freud la evade de esta forma: no diciendo que es causa del síntoma; sino que es un estadio previo más próximo al síntoma. Esto jerarquiza de manera definitiva y crucial, lo que Lacan escribe así: **d (deseo)**. Se trata del deseo y no del factótum del dichoso fantasma.

Sin duda este parentesco que los hace estadios tan cercanos, siempre y cuando concibamos a la noción de marras, como maneras de ser transpuesto el deseo. Y ello vale también en el caso del sueño. Claro que como es consabido, el deseo se transpone de esa manera, transferida al resto, siendo aquel el que logra su exutorio.

Por supuesto y como es harto conocido, lo propio se puede decir cuando planteamos la cuestión de esta forma respecto del fantasma. Empero aquí, este último está tomado como una especie de deformación retroactiva, puesto que Freud no tarda en aclarar que: “Lo sorprendente reside en que estas escenas infantiles no siempre son verdaderas. Más aún en la mayoría de los casos no lo son y en algunas está en oposición directa a la verdad histórica.” ¿Qué será esto de la verdad histórica? ¿Es la verdad clínica? Es una dilucidación que llega hasta el Moisés, pues dice: “Puede mostrarse que la situación es esta: las vivencias infantiles construidas en el análisis o recordadas, son, unas veces irrefutablemente falsas, y otras veces son con certeza verdaderas, y en la mayoría de los casos una mezcla de verdad y falsedad. Los síntomas son entonces, ora la figuración de vivencias que realmente se tuvieron y a las que puede atribuirse una influencia para la fijación de la libido, ora la figuración de fantasmas del enfermo, impropios desde luego, para cumplir un valor etiológico.”

Acá aparece enseñando en acto de qué se trata; esto es que el fantasma no cumple papel etiológico. Conforme con ello, digamos que no hay determinación por parte de la meneada noción, respecto de la determinación de la neurosis. Digámoslo de otro modo: no radica entonces en el fantasma, al suponer que si estos son removidos -supuestos condicionantes del síntoma - habrá curación. Lo cual quiere decir -de nuevo- que, con palabras del maestro vienés, la construcción en el análisis - del fantasma - no va a llevar a la desaparición del síntoma en sentido psicoanalítico. Para decirlo de una vez, que aquel despropósito del que procuramos distanciarnos - el fantasma en su valor etiológico- ya aparece en 1916 desacreditado por la propia investigación de Freud.

VII.- ¿Qué sucede con los destinos del retorno de lo reprimido?

Para comenzar a despejar el interrogante suscitado en el título, cabe avanzar hacia la metapsicología, en la cual se encuentran dos textos cruciales para la cuestión que intentamos dar cuenta: *La Represión y Lo Inconsciente*. En los dos hay órdenes de argumentación coincidentes. Entonces, la pregunta que surge de inmediato es el por qué de esta recurrencia de algo que en Freud aparece casi escrito al mismo tiempo.

Ahora bien, en una primera aproximación cabe partir de la represión, para inteligir luego, lo que sucede con el retorno de lo reprimido, cuyos destinos no son los mismos en cada una de las sub-constelaciones. A los fines de comenzar a trabajar la temática en cuestión, es dable recordar con Lacan, que no se trata de metapsicoanálisis, sino de

metapsicología. Como bien lo sabemos, esto quiere decir que Freud se da cuenta que lo que va avanzando en su investigación va más allá de la psicología – es claro que no, del psicoanálisis. Por el contrario, diríamos al modo de un slogan: *la metapsicología para el psicoanálisis*.

Para decirlo de otro modo, vayamos a un ejemplo de nuestro hacer cotidiano: Se suele dar en hablar de la dicha homologación: “come mucho → fijación oral”. Hete aquí que estamos en el reino pleno de la psicología, aunque su ropaje pretenda parecer psicoanalítico –mejor dicho pseudoanalítico. Empero ahí está liquidado el fantasma, de tal guisa de lo que se da a escuchar tan habitualmente en el ‘genitalismo’, tomado éste último, como portavoz de la Salud Mental.⁸⁰

Vale la pena insistir en las renovadas situaciones en es dable para el analista, audicionar en un contrapsicoanálisis a analizantes que recién en ese momento y seguramente por haberse propiciado aquella circunstancia - ya que si el terapeuta es genitalista sólo atiende la conducta y por tanto obtura la posibilidad de que un analizante hable - digan algo así como: “ A mi otro analista no le decía, pero cada vez que estaba con una mujer pensaba en otra y también incluso que había un tipo que nos miraba. Y así no había problema ya que yo podía tener erección, etc.”

En sus términos, entendidos en tal tesitura, ellos figuran psicológicamente: ‘- Ningún problema. Llegó a la genitalidad. El fantasma intocado.’ Ahora bien, en la procura de distanciarme de este despropósito, cabe decir que en lo predicho abunda la psicología con un criterio de normalidad apriorístico.

VIII.- El síntoma: ¿conclusión, un efecto de la represión o el que reprime?

Para comenzar a plantear la temática de este parágrafo y a la vez, ir concluyendo este breve recorrido por lo delineado desde el título del presente capítulo, cabe considerar una primera cuestión. Cual es la puntuación de una referencia de Lacan en la que enseguida hincaremos el énfasis, ya que a mi modo de ver, uno de los puntos de su lectura en los que Juranville no da cuenta con precisión, ni ha alcanzado correctamente, es la manera en que el mismo Freud entiende la relación entre el síntoma y lo reprimido. Vale en ese respecto, empezar a responder la pregunta formulada en este título, ya que sin duda es el propio síntoma el que va a permitir tomar en cuenta que es él, el que lleva a cabo en sí mismo, la acción represora.

Ahora bien, la cita mencionada corresponde al primer tiempo de la enseñanza lacaniana y se la puede hallar en el *Seminario 3 Las Psicosis*. Y ello vale porque lo considero un lugar princeps; es decir, aquel que da cuenta con rigor y precisión de lo que comporta esta relación verificada entre la represión y el síntoma - siguiendo desde ya la guía de nuestro tema: la constelación neurótica. Es claro que dejando –por ahora- pendiente la cuestión del ternario simbólico correspondiente al modo en que se ubican, en estos lugares, los personajes.

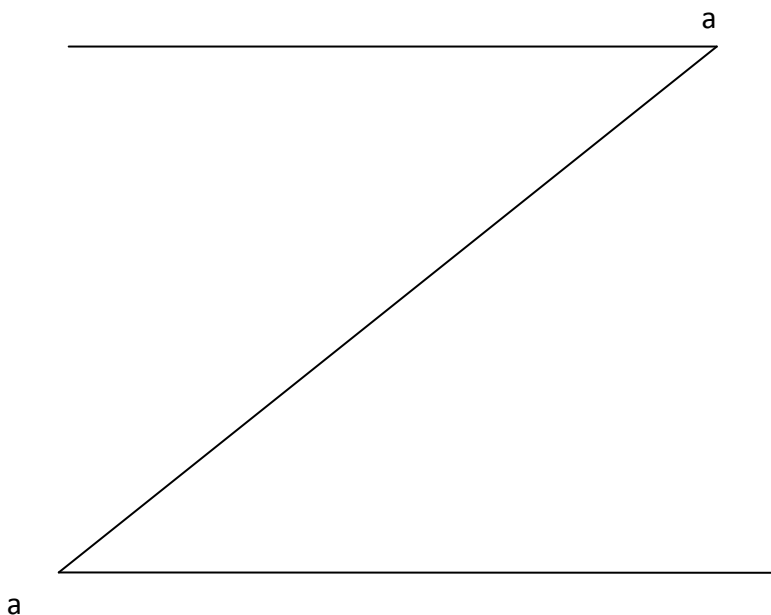
⁸⁰ Al respecto había escrito un artículo “Jacques Lacan: ¿La vuelta de Obligado o la vuelta de lo obligado?”, Cf. R.Harari, *Textura y abordaje de lo inconsciente*, Trieb, Buenos Aires, 1977, pp.220-221 en uno de cuyos apartados trataba del obstáculo epistemológico así llamado del “genitalismo” en tanto versus de mi experiencia psicoanalítica.

En sus términos, Lacan se pregunta en la aludida referencia, respondiéndose al cabo de la misma: “¿Qué es la represión para el neurótico? Es una lengua...”⁸¹

Claro está, mas para ello se requiere que desglosemos un primer punto: ‘es una lengua’. Cabe aseverar que allí encontramos una definición congruente con la enseñanza de Lacan, en pro de querer dar cuenta de que la represión no comporta de un empuje – al modo de una especie de afecto - o de enviar al fondo, para abajo. En la línea de lo sagazmente señalado por el maestro francés, hacemos la salvedad de que la noción de marras no conlleva una fuerza en bruto, ni es un afecto, ni tampoco, una manera de sostener, a la manera de lo que empuja el barril en el agua, por ejemplo – de acuerdo con las leyes de la hidráulica - y de lo que vuelve a la superficie con la misma fuerza. Como puede apreciarse, nada de lo dicho se emparenta con decir que estamos inmersos en una realidad de lenguaje y por tanto, en efecto, la represión es una lengua.

Vayamos, ahora al punto dos. Es cierto, empero que es -continúa la cita interrumpida, de esta manera-: “...otra lengua que él fabrica con sus síntomas...”⁸² De este modo limita el alcance de cierta lectura muy elemental y fatigada de Freud, puesto que sindicada – de forma tajante – al síntoma como otra lengua; esto es, aquello, entonces, que fabrica la represión.

Sin más, la cita opta por el vocablo ‘fabrica’, en tanto una manera bastante sagaz del analista francés, para abstenerse de tematizar todo aquello tributario de esa falacia que es la noción de causalidad y en esa dirección, no da en hablar de: ni causa, ni origina, ni determina, etc. Es así como en 1955, Lacan se muestra todavía en la vertiente de entender privilegiada, una cierta dialéctica imaginaria, en el sentido de querer destacar que no es eso lo único que fabrica el síntoma, sino que agrega, diciendo: “...si es un histérico o un obsesivo, con la dialéctica imaginaria de él y el otro.”⁸³ Lo ubicamos así:



⁸¹ J.Lacan, *Seminario 3, Las Psicosis*, Paidós, Buenos Aires, 1986, capítulo 5, “De un Dios que no engaña y de otro que engaña”, p.91

⁸² idem

⁸³ idem

Véase, sin embargo, que aquí no menciona al fóbico, por lo cual tendremos ocasión de ver si esto marca algún tipo de distancia entre la formulación freudiana y la lacaniana respecto de la tripartición clásica de la psiconeurosis.

IX.- La lingüisteria

En la ocasión, retengamos entonces, como continúa su tesitura el dictante del *Seminario 3*: “El síntoma neurótico [juega el rol] de la lengua que permite expresar la represión”⁸⁴

A mi modo de ver allí hace alusión a que no es la lengua en general; antes bien, es viable advertir la especificidad que da ‘la que permite...’ Lo cual habla de una mudanza respecto de la lengua en el sentido idiomático del término. Por ejemplo, no es la lengua castellana, sino que es otra lengua.

Ahora bien, ¿qué es esa otra lengua? Podemos ir avanzando, haciendo un salto que sin duda nos permite nuestra lectura de lo posterior en su enseñanza: esa lengua no es otra que la *lingüisteria*. O sea no hace lingüística y si el lenguaje es condición de lo inconsciente, se trata de pedazos de palabras, de la condensación, de los desplazamientos, de las figuras retóricas, que surgen del análisis del discurso de los analizantes en el artificio analítico. El cual histeriza el discurso de éste último, por lo tanto decimos *lingüisteria*, via condensación entre lingüística e histeria. Lengua hecha con pedazos, restos, trozos de la lengua –en el sentido lingüístico- que además es bífida (dividida, hendida, rasgada) por la que repta la lengua. Entonces, como queda evidenciado, esa otra lengua es la *lingüisteria* con la que se fabrica un síntoma, tal que permite dar cuenta de que existe la represión.

Entonces, tal como queda indicado, no hay represión si no es en función de ese síntoma. Para angostar un poco el argumento, decimos que entre represión y retorno de lo reprimido, no hay diferencias, son lo mismo. Una de las formas del retorno de lo reprimido es el síntoma. Esta es la manera de comenzar a decir: “Es bien esto lo que nos hace como tocar muy de cerca que la represión y el retorno de lo reprimido son una sola y misma cosa, el derecho y revés de un solo y mismo proceso”⁸⁵. Sin duda, la superficie de la banda de Moebius permite ubicar este hecho, siguiendo su decurso con un dedo al mostrar que no hay derecho ni revés; sino de acuerdo al lugar dónde se detenga aquél, en ese recorrido. Digámoslo de otro modo, ya que una paradoja envuelve este tipo de superficie geométrica y es que si se la recorre, la cara externa deviene cara interna: tiene dos caras; sin embargo –en efecto - hay una sola. Si bien en el recorrido es unilátera, si se la perfora, si se le hace un agujero, en ese punto donde se la atraviesa, es bilátera.

No se trata entonces de ningún tipo de esquema con el espacio intuitivo, como por ejemplo, el consabido:

⁸⁴ idem, traducción levemente modificada

⁸⁵ idem

S (síntoma)

R (reprimido)

X.- Fobia, histeria, obsesión: un orden de razones expositivo.

Bien, la predicha es la manera en la que Freud introduce en *Lo inconsciente*, la cuestión de la represión. Entonces hagamos lugar a estas preguntas: ¿se trataría de dos inscripciones de la misma representación en dos lugares distintos: una inconsciente y otra pre-consciente? O, en cambio ¿es una única representación que si es cargada por lo inconsciente sólo, queda en estado de represión y si se le adiciona otra carga – palabra de Ballesteros- entonces pasa al estado de levantamiento de la represión y al pre-consciente? Véase, en consecuencia, que esta última es la manera funcional, económica de plantear la represión; en tanto, la primera es la manera tópica. La misma conforma la de los espacios ingenuos que, a diferencia de la propuesta por Lacan, en ésta se puede apreciar que no es tan simple lo concerniente del derecho y del revés.

Ahora bien, se trata de la puntuación de la que me he valido – hay otras por supuesto – para enfatizar que ha sido el analista francés el que destacó tal propiedad y tal pertinencia. Más todavía, Freud no es ajeno a esta concepción, puesto que la metapsicología nos permite en dos textos –como decíamos líneas arriba- captar esta tesitura de Lacan de que no hay concepción del síntoma por fuera de la represión. Esto es en el sentido de que el primero de los aludidos, sostiene la segunda y que no trasunta un mero efecto a tomar en consideración

Vale decir que los dos textos a que hacíamos referencia son: *La Represión*, cuyo título nombra un concepto que es el eje, el operador teórico y clínico decisivo en la constelación neurótica y por otro lado, el capítulo IV de *Lo Inconsciente*, llamado “Tópica y Dinámica de la represión” De todos modos, Freud es un poco más preciso y exhaustivo en el segundo de los textos citados, sobre todo en lo que hace a las etapas en que se va constituyendo una fobia.

Habíamos tomado nota y además cabe tener en cuenta que si Freud arma el mismo esquema las dos veces –según lo recuerda nuestro título- fobia, histeria y obsesión, algo quiere transmitir, sin duda. Antes bien, es válido resaltar que esa serie no indica un sentido jerárquico, sino más bien, un orden de razones expositivas.

Vayamos, ahora, al texto freudiano *La Represión*. Al respecto, se recordará que presenta esa triple pertinencia de la misma: la primaria, la propiamente dicha y el retorno de lo reprimido. Con Lacan, nosotros también vamos a demostrar que la segunda y la tercera son la misma, sólo a los efectos de poner un orden ya que la única que tiene un aparente orden –pero falaz- es la así llamada represión primaria; ya que en todo caso, podemos hablar de :

- una represión originaria

**[- una represión propiamente dicha
- el retorno de lo reprimido]**

Arribamos de nuevo, a que con Lacan hemos dicho que las dos variantes, en último término, comportan una sola. También hemos afirmado que no mediando la acción de la llamada secundaria, la primaria no se puede sostener. Es decir que una y otra están en relación de coalescencia y de mutuo sostén. En todo caso, no cabe dar en hablar ni de primaria ni de secundaria – es inevitable la aparición del esquema evolutivo- sino que se trata de una eventualidad virtual, presente todo el tiempo.

A mi juicio la mentada definición permite subrayar la ceñida y rigurosa apreciación respecto del estadio del espejo, en dónde Lacan en el momento en que lo introduce tiene que tomar en cuenta el background vigente en el momento y propone: ‘entre los 6 y los 18 meses se comprueba tal fenómeno’. Bien, mas ello no comporta que si todo va bien se abandone este estadio y se pase –como suele escucharse- a lo simbólico o que ‘el psicótico vuelve al espejo’. Presentado así, resulta a todas luces, una tremenda barrabasada, ya que lo que acontece es que el derrumbe arrastra –con la caída del significante- a lo imaginario, habiendo, evidentemente, una lesión yoica decisiva que de ninguna manera permite afirmar que se hipertrofió lo imaginario y que está lesionado lo simbólico.

Debido a esto, entonces y retomando nuestra ilación, traducir como lo hace Etcheverry, ‘esfuerzo de dar caza’ por la represión propiamente dicha, hace lugar a la introducción de un equívoco, a lo que se aúna una apreciación yoica. Desde ya, tampoco me parece pertinente su propuesta de ‘esfuerzo de desalojo y suplantación’ en lugar de represión a secas; lo cual es completamente improcedente.⁸⁶ En efecto, cabe recordar entonces:

re-presión

Ya que el término alemán *Ver/dräng/ung*, dice allí la presión, el *drang* como uno de los *termini* de la pulsión. Por tanto eso dice volver a presionar. Manera de dar cuenta del circuito de la pulsión y de qué modo se inscribe la represión como un destino pulsional, tal como nos enseña Freud. De dónde se advierte la pertinencia conceptual, la cual no ha de confundirse con un mero prurito lexicalista. De otro modo es proponer sinonimias que pueden parecer pintorescas, empero no entran en la intimidad de lo que implica procesar los conceptos del psicoanálisis.

Incluso, como bien sabemos desde el *Seminario 1*, al estar del maestro francés: “La *Verdrängung* es siempre una *Natchdrängung*”, con lo cual la represión implica entonces la represión secundaria. Vale decir, que sin el segundo tiempo, no ha habido posibilidad de que se instale aquella. De otra manera: primero ha habido fijación y sólo así es pensable la represión. Una vez más: *a contrario imperio* de plantearla como una especie de basamento o momento inicial de represión primaria sobre el que se edifica luego todo lo que sigue, Lacan nos ofertará una definición *après- coup*: después de sucedida la fijación es que hay la posibilidad de que exista la represión, aunque se la llame primera.

⁸⁶ Cf. R.Harari, *Del corpus freudo-laciano*, Trieb, Buenos Aires, 1981, p.147-148, en donde hacía referencias a distintos ítems en la traducción de las *Obras Completas* de Freud por Etcheverry, especialmente las aquí referidas a la represión. Lamentablemente este libro está agotado.

La *Verdrängung* es siempre *Natchdrängung*, parodiando la definición: la primaria viene después de la secundaria. Podemos decir que se trata de una eventualidad virtual, presente todo el tiempo.

Así, llegados a este punto, al promediar la lectura de *La Represión* (1915) – cuya escritura es previa a la invención freudiana de la segunda tópica- su autor se dispone a introducir la tripartición, comenzando –dice el inventor del psicoanálisis- por las tres psiconeurosis mejor conocidas. Con lo cual no está cerrando el campo y dispuesto a abrir la dilucidación de las neurosis con la que mejor conoce - por lo visto - cual es la histeria de angustia. Hasta aquí nuestro recorrido por el presente capítulo, ya que en lo que sigue, en términos freudianos –de inicio-: “Vamos a mostrar con algunos ejemplos, cómo los conceptos que vengo a introducir encuentran aplicación al estudio de la represión”

Capítulo V

La fobia

I.- Darle cuerpo al falo: generar un objeto fobígeno

En las páginas que aquí se inician, puede verificarse cuánto de atendible y congruente vehicula la propuesta freudiana con la que habíamos dejado el capítulo precedente, cuando en su artículo *La Represión* –que retomaremos aquí – avanza una puntuación concerniente a la tripartición de las tres psiconeurosis “mejor conocidas”, comenzando por la histeria de angustia, que por lo visto, es la que más conoce. Volvemos nuevamente sobre citada referencia: “Quiero mostrar con algunos ejemplos, circunscribiéndome a las tres psiconeurosis más conocidas, el modo en que se aplican al estudio de la represión los conceptos que acabamos de introducir. De la *histeria de angustia* escogeré el ejemplo bien analizado, de una fobia a los animales”⁸⁷

En tal contexto, lo allí detectado implica el latente riesgo de hacernos afirmar ‘de inmediato’ que comporta un dato histórico, al modo de: ‘Juanito, fobia a los animales’.

Diríamos a ese respecto: ‘sí y no’. Véase en consecuencia que tal remisión puede refugiarse en la cronología –lo cual no me convence demasiado- porque es como ir de manera brutal a una especie de historia empírica, que no se compadece – por no tomarlos en cuenta- con la lógica de los conceptos. Para graficar un caso, podría tematizarse por lo que –supuestamente- habría de propio en lo animal que llamara a la predilección de la fobia por él, antes que a otra cosa. Empero, no cabe descartar en lo más mínimo, el dato bastante obvio como usual, que las fobias se manifiesten hacia los –así llamados- medios de transporte, a algo que se mueve y no acorde – estrictamente- a lo previsible, a la voluntad – no digo al deseo- de aquél que lo maneja. Pruebas al canto: Que se pare el ascensor y que el movimiento esperable no se produzca. En este punto cabe desandar la propia historia de Freud, respecto de su fobia a los trenes –bien conocida tanto como bien documentada- manifestada en un nerviosismo ante la creencia de que podría perder el tren. Aquí se transforma para nosotros, casi en un sintagma cristalizado: ‘perder el tren’.

Ahora bien, el eventual sometimiento de la fobia al animal - a algo de este orden- cabe ser tenido en cuenta en el sentido de que a éste no podría atribuírsele una

⁸⁷ S.Freud, *La Represión*, O.C, Amorrortu, Buenos Aires,1979, t.XIV, p. 149

predictibilidad tal como la que se le puede otorgar a un hablante. Más aún, de antemano, no puede saberse si un perro no nos va a morder; aunque quizás una serie de significantes lo hagan aparecer como doméstico y no peligroso, en tal caso, no esperamos que él haga un movimiento no previsto.

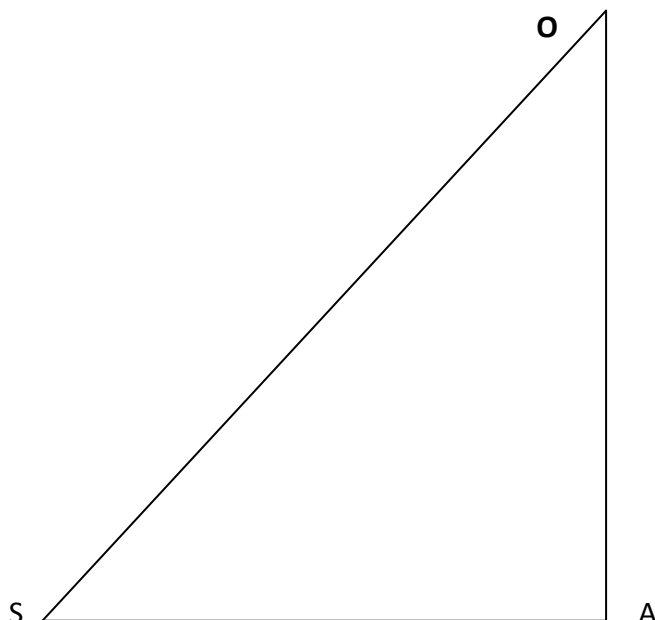
Entonces, a los fines de esclarecer lo hasta aquí caracterizado, diríamos que entre animales imprevisibles y medios de transporte que - como tales- se mueven y pueden fallar mecánicamente, parecen ser objetos de localización privilegiados para ubicar una fobia. Por un lado se trata, en primer término, de objetos 'aparecibles'; lo cual puede suscitar que un campesino no haga una fobia al ascensor o que los que viven en las ciudades, una a las víboras –aunque, es cierto que se pueden encontrar excepciones. Empero cabe decir a ese respecto, que en la fobia de Juanito, la cuestión era que el caballo estaba en frente de su casa. Lo cual contribuía decisivamente a que fuera algo tal como el movimiento pulsional tendiente a hacer un circuito, ya que no tanto comportaba la posible aparición del caballo; sino que, concretamente, el miedo era a que lo mordiese. Por esta razón es que hacíamos referencia al perro, puesto que es dable recordar que uno de los momentos críticos del caso del pequeño Hans, era el famoso piafar, ese caerse repentinamente, patalear, rebuznar, como el momento de máximo descontrol de acuerdo a la previsibilidad de la secuencia simbólica: presencia- ausencia.

Todo ello nos ayuda a entender por qué Lacan en su *Seminario 22, RSI*, insiste en que lo que hace a esa forma de generar este particular objeto fóbigeno, es darle cuerpo al falo. Empero la remisión al falo del que se trata - sea porque se tema un movimiento imprevisto, sea porque se tema una falta de movimiento previsto (en el primer caso, un animal que muerde y en el segundo, un ascensor) – decíamos, se trata de una relación con el movimiento, que tiene que ver, decisivamente, con la discriminación a realizar entre falo y pene. Esto es decir, con lo que implica la cuestión de la tumescencia–detumescencia; problemática histérica, que en este particular sentido, no deja de tocar desde la raíz, a la cuestión de la fobia.

A mi entender, esta ceñida apreciación vale para advertir que la elección de Freud –en la cita consignada- es oportuna, sagaz y se torna factible con la realidad clínica y no con el antecedente de Juanito.

II.- Lo a reprimir: una moción dirigida al padre

Ahora bien, a los fines de dilucidar, ante todo, la moción en juego en la fobia, volvamos a nuestro ternario, a los efectos de ubicar las cuestiones que interesan allí.



A juicio de Freud, lo primero a destacar aquí es que lo a reprimir es una moción dirigida al padre- como convida a desplegar nuestro título. Entonces, a esto alude este nuevo interrogante, pues se trata de ubicar en “O” algo del padre. Bien, mas ¿a cuál padre se está haciendo alusión? Como decíamos, por lo tanto y en esa dirección, intentaremos armar el ternario simbólico propio de la fobia, a partir de esta línea de referencia freudiana que vamos a poner en estos términos: “La moción pulsional sometida a la represión es una actitud libidinosa hacia el padre, apareada con la angustia frente a él. Después de la represión, esta moción se aparta de la consciencia y el padre no se presenta en ella como objeto de la libido.”⁸⁸

Y como se capta este es un punto, a marcar ahora, en Inhibición, Síntoma y Angustia, una mínima puntuación del maestro vienés en el capítulo IV, volviendo a la cuestión de la zoofobia: “Lo que la convierte en neurosis es, única y exclusivamente, otro rasgo: la sustitución del padre por el caballo.”⁸⁹

Es decir, que si se tratase de una moción dirigida al padre, con angustia de raíz libidinal y/ o agresiva, etc., todo ello no basta para calificar a esta moción como neurótica. Lo que la hace neurótica es este desplazamiento, que se hace acreedor al nombre de síntoma. De nuevo, sin ese desplazamiento, no hay síntoma. Para mejor precisar lo antedicho, digamos que lo otro serán mociones que eventualmente pueden ser consideradas como exageradas o atenuadas, desde una perspectiva “normalizadora”; empero no alcanzan la categoría de síntoma – por supuesto, en el sentido psicoanalítico del término.

⁸⁸ S.Freud, idem

⁸⁹ S.Freud, *Inhibición, síntoma y angustia*, op.cit, t XX , p.99

III.- ¿Un animal más o menos propio?⁹⁰

Volviendo, ahora, a *La Represión*, cabe decir que si el padre no aparece más como objeto de la libido, entonces - responde así el inventor del psicoanálisis- : “Como sustituto encontramos en un lugar análogo a un animal, más o menos propio para servir como objeto de angustia.”⁹¹

Para responder al interrogante formulado en este apartado, vale señalar de entrada, que inevitablemente está inmerso este sustituto en un sistema significativo que lo torna pasible de una buena racionalización. Se trata, es claro, que ninguno va a sostener una fobia de no mediar una serie extensa de razonamientos, cada cual más convincente para el yo de ese sujeto, que así va a rodear, a fortificar, el síntoma, como para que este no quede solo. Sin duda, podemos articular a lo referido, que de ningún modo aparece tan solo; no siendo solamente una tierra extranjera interior, ya que se incorpora al funcionamiento, y se racionaliza. Hete aquí un punto crucial que desplegaremos a continuación.

IV.- Tierra extranjera-interior: se racionaliza *ex -post-facto*

En efecto, el punto crucial donde hincar el énfasis en la cuestión del síntoma en la fobia, es que se racionaliza *ex-post-facto*, lo cual quiere decir: después de sucedido. Este es un punto de inflexión, puesto que no comporta una teleología intencional, sino que luego de sucedido, se racionaliza y entonces se sostiene con mayor vigor e intensidad.

Sin duda que eso inevitablemente indica una atención al sistema significativo ya que si el sujeto racionaliza lo hace con representaciones colectivas que están a su alcance. Además de ello, efectivamente, puede munirse –de modo inconsciente- de sintagmas cristalizados que ‘están en el aire’, como suele decirse, para que no parezca algo descabellado.

De esta manera sigue Freud: “La formación sustitutiva de la parte constituida por la representación [en el representante de la pulsión] se ha establecido por –y adviértase la congruencia de esta postura con la mencionada de *Inhibición, Síntoma y Angustia* – por la vía del *desplazamiento*.”⁹² En esta ceñida y precisa apreciación, se hace notar que es un desplazamiento, entonces, el que permite la formación de sustituto.

Bien, mas intentemos plasmar el planteo a partir de este concepto surgido que produce cierta sorpresa; cual es el de *formación de sustituto*; el cual parece muy

⁹⁰ La puntuación por un animal en las nominaciones de los protagonistas de los historiales freudianos, ¿también hablarían de lo más o menos propio? Cf. R.Harari, *Intensiones freudianas*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1991, pp. 43-44

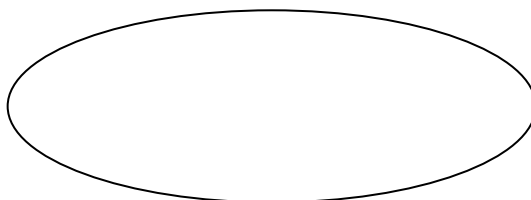
⁹¹ S.Freud, *La Represión*, idem

⁹² S. Freud, idem, pp. 149-150

descriptivo, muy obvio y aparentemente, también, una cosa antes de la otra. La misma conforma un punto en el ya clásico *La instancia de la letra y la razón desde Freud*, que le sirve a un primer Lacan para definir la metáfora, como *una palabra por otra*. Vale decir, sustitución. Sin embargo, huelga recordar, que ésta es por desplazamiento y al estar del inventor de nuestra disciplina: "...desplazamiento a lo largo de una trabazón regida por cierto determinismo."⁹³

Ello comporta, claro está, que no hay azar, que las conexiones se establecen de una forma que hay que perseguir y recorrer, permitiendo que aparezca en ese lugar, por conexión significativa –definición lacaniana en *La instancia de la letra...*: “palabra a palabra”⁹⁴– por metonimia, la posibilidad de sustitución. Tampoco es por una analogía; como si un padre bestial pudiera ser representado por un gran caballo. No se trata de eso; sino de una conexión.

En orden a lo apuntado, supóngase que el Padre real es el punto de partida y el punto de llegada, es el caballo. He aquí un modo de ilustrar lo dicho:



PR *-----*Caballo

Veamos, entonces, cómo a la lectura de la simbólica, cabe diferenciarla de lo Simbólico; puesto que aquella alude al simbolismo a la Jung; esto es, simbolismo de la analogía, del parecido, haciéndonos detener en – por ejemplo- las características comunes: la fuerza, el vigor, el poder, el caerse violentamente, las reacciones impredecibles, etc.

Para tratar de decirlo más claramente, digamos que la predicha es una manera psicológica y no, psicoanalítica, ni metapsicológica de articular las cuestiones. En cambio, por lo contrario, hay que hacer un recorrido determinado y de ninguna

⁹³ S.Freud, idem, p. 150

⁹⁴ *Un mot pour un outre*, tal lo destacado en “Metáfora :¿tema y fora?” Cf. R.Harari, *¿De qué trata la clínica lacaniana?*, Catálogos, Buenos Aires, 1993, p.41- donde hacía alusión a la traducción de ese sintagma propuesto por las ediciones castellanas (*Escritos I*, primera versión, p. 192; segunda versión, p.487) de manera unívoca como “una palabra por otra”.

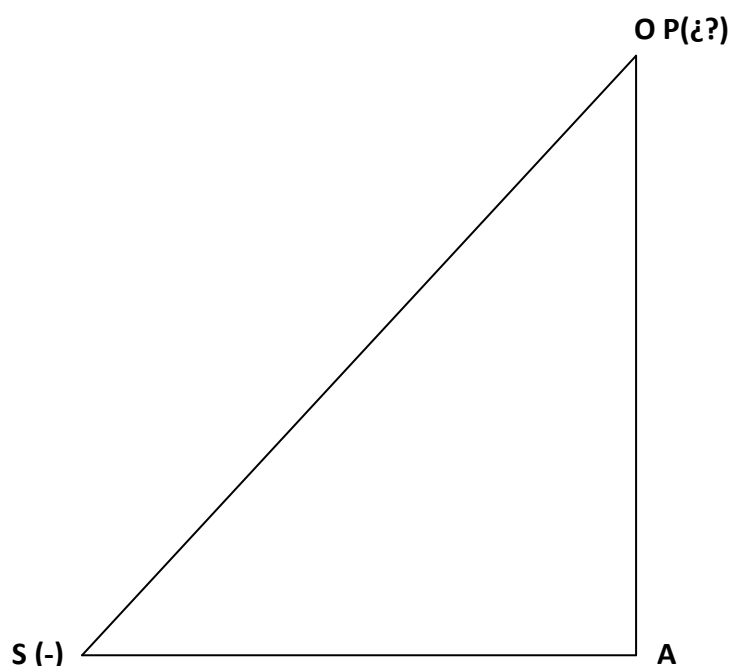
manera al final del mismo, habremos de encontrar una semejanza, una igualdad, una analogía. Entonces, para comenzar, lo ahora consignado es que hay allí una conexión dada que permite un deslizamiento; alejada de toda analogía imagénica.

Insistamos haciendo la salvedad que pese a lo propuesto por Etcheverry respecto de la *Verschiebung* freudiana: el *descentramiento*; a juicio de Lacan, precisamente, el descentrado resulta el sujeto –como es consabido- y no el desplazamiento. Por lo tanto, es impropio poner descentramiento por desplazamiento.

V.- Momentos lógicos:

Lo predicho permite situar, sin duda, un primer momento lógico en la constelación clínica de la fobia. ¿Por qué aludimos a ello? Porque en aras del despeje y para comenzar con lo propuesto por el título de este acápite, diremos que se trata de un primer momento lógico, porque es lo que reconstruye. Ahora bien, dicho genéricamente con todo propósito, cuando viene a la consulta del psicoanalista un *histérico de angustia* con su fobia instalada, ello sólo cabe ser reconstruido a posteriori, puesto que allí lo trae su fobia a algo, el sufrimiento y el goce del síntoma. Lo cierto es que así podemos articular a lo referido, que estamos tratando de reconstruir cómo es que se gestó la fobia. Claro está que esto tan sólo puede tener una pertinencia *après-coup* y uno nunca lo ve en gestación, paso a paso. Siendo así como procede el psicoanálisis: a partir del efecto, remonta las condiciones de producción. Esta es siempre la *episteme*, puesto que como es consabido, no se trata de previsión futuroológica.

En esta primera etapa entonces, esta mínima puntuación referida al momento lógico de una moción dirigida al padre y así, encontramos al sujeto identificado imaginariamente a este lugar (-), lugar del sujeto y nos resta por determinar de qué padre se trata.



1.- Sustituto y angustia

Consideremos de nuevo, entonces, esta *moción dirigida al padre*, en orden a lo apuntado, es lo que comienza a ser procesado. Resulta menester aseverar lo siguiente: Primer punto, como vimos, aparece un sustituto de acuerdo a una conexión determinada, y no a una analogía. Y por otro lado, lo típico: hay angustia, ni más ni menos. Y esto es –como es harto conociso- lo que llevará a Lacan a dar un año entero un *Seminario* acerca de este afecto tan decisivo en nuestros analizantes. Y no sé cómo puede decirse que al maestro francés no le interesan los afectos, que es intelectualista, etc.; si en 11956, se pasa hablando de la angustia.⁹⁵

Consideremos entonces la tenaz búsqueda investigativa de Freud que lo lleva a plantear que “la parte cuantitativa no ha desaparecido sino que se ha traspuesto en angustia. El resultado es una angustia” –y cabe destacar que no aludía a Juanito – “frente al lobo, en lugar de un requerimiento de amor al padre.”⁹⁶

Así en orden a lo apuntado, se da una doble transformación, ya que en el nivel representacional, hubo una mutación del padre en lobo, por lo tanto, ha habido una sustitución. Otra, porque la moción de amor se transforma en angustia. Hete aquí en funciones la primera teoría de la angustia: lo que retorna de lo reprimido, es sin duda una modificación representacional y como los afectos no se reprimen, no huelga recordar que pueden transformarse - sobre todo se transforman, porque es la moneda de cambio predilecta de los afectos- en angustia. Bien, este es el primer punto.

Conforme con ello, hay una primera cuestión a destacar ya que Freud da en hablar de “este género de represión” y esto es decir que no hay un único modo de represión. Sin duda que a este texto hay que leerlo en consonancia con *La Denegación* (1925), para ver cómo esa es otra forma, otra consecuencia, del proceso represivo.

Véase en consecuencia, como el padre del psicoanálisis permite desprender “otro género”. Para sostener esta tesis, es dable argumentar que si hay diversas psiconeurosis, hay diversas represiones. Enseñando en acto de qué se trata, plantea Freud: “Este *género* de represión como la del caso de la fobia a los animales puede definirse como radicalmente fracasada. La obra de la represión consistió solamente en eliminar y sustituir la representación, pero el ahorro de displacer no se consiguió en modo alguno. Por eso el trabajo de la neurosis no descansa sino que continúa en un segundo *tempo* para alcanzar su meta más inmediata, más importante.”⁹⁷

Lo caracterizado por los trazos recién definidos, hacen que resalte esa idea del trabajo de la neurosis. La predicha puntuación recae en –como bien lo sabemos- verificables variedades respecto de trabajo: el del sueño, y eso que queda traducido como elaboración. Claro, mas para ello se requiere no confundir con lo que Ballesteros traducía como ‘elaboración onírica’, error que dio pie a que alguno pensara que cuando uno sueña elabora. En las sesiones analíticas –como conocemos sobradamente- es claro que hay elaboración y en cambio en el sueño, lo que se elabora es la posibilidad de seguir durmiendo. Desde luego que no se compadece

⁹⁵ CF, R.Harari, *El Seminario “La angustia”, de Lacan: una introducción*, Amorrortu, Buenos Aires, 2007, segunda edición corregida y aumentada

⁹⁶ S.Freud, idem

⁹⁷ S.Freud, idem, *primer bastardilla es nuestra*, en traducción levemente modificada

exactamente con el ‘elaborar’ al modo de *Recuerdo, Repetición, Elaboración*. Esta última es considerada por Etcheverry como ‘reelaboración’ y por Lacan como ‘trabajo de transferencia’. Retengamos los términos en cuestión y obsérvese lo siguiente:

ARBEIT -----> TRABAJO
 TRAUMARBEIT-----> TRABAJO DEL SUEÑO

Véase que *arbeit* está presente en:

DURCHARBEITUNG -----> ELABORACIÓN
 /-----> LABOR=TRABAJO

Ahora bien, puede extremarse con fecundidad el relieve de esta diferencia, puesto que de ahí a decir que *Traumarbeit* es ‘elaboración onírica’ - y como procuro distanciarme de este despropósito – es menester aseverar que lo así tematizado es una licencia poética demasiado amplia a la que se autorizó Ballesteros.

En orden a lo apuntado, como aclara Freud en el texto de referencia, hay un trabajo de la neurosis. A su vez también permite que concibamos en *Fantasmas histéricos y su relación con la bisexualidad* justamente que el índice es el trabajo del sueño; pues en la transposición acaecida del fantasma a los síntomas sigue las leyes de éste último.⁹⁸ Vale nuestra insistencia, y para decirlo de una vez: no hay transposición en bruto. Cuya impertinencia específica, al modo de la tónica vigente en cierta banalidad “psi”, no hesita en aseverar que si alguien se excede en la ingesta de comida es porque “tiene fijación oral” y el fantasma correspondiente a esa conducta hace al orden del comer. Hete aquí que si se lo toma así, no se da pie a la disyunción, al modo en que se transpone el fantasma en síntoma. Con todo rigor, en la línea: deseo-fantasma-síntoma hay que ir atendiendo a las transformaciones, para no creer en la lectura conductista al modo de: ‘si pasó tal cosa es que su deseo era ese’. Si se acordara con ello, ahora sí que se ha optado fallidamente, perdiendo de esta manera la pertinencia del concepto de trabajo. El cual requiere, con detenimiento, advertir que comporta una transformación; es decir que se van produciendo cambios cuando se pasa de un registro a otro. De otro modo, cabe hacer la salvedad que si ha sucedido tal cosa, no quiere eso decir que puntualmente pueda ser catalogado como: ‘ése es su deseo’ o ‘ese es su fantasma’, tal como suele ser sancionado, no pocas veces

Volviendo a nuestro hilo respecto de la fobia, Freud va ir dando cuenta de la idea en cuestión al delinear en las tres etapas de la constelación de marras –como en toda neurosis que se va conformando- un trabajo de transformación. Lo cual permite entender el orden de razones que el padre del psicoanálisis expone.

⁹⁸ R.Harari, *Fantasma: ¿fin del análisis?* Nueva Visión, Buenos Aires, 1990

Una neurosis se va conformando

Véase, entonces, el primer interrogante suscitado a ese respecto: ¿Por qué empieza por la fobia? Diríamos que porque ella es la constelación clínica que mejor permite dar cuenta de un proceso vivo en cuanto a su proliferación, ya que no se detiene y es contaminante en más y más representaciones, restringiendo el grado de libertad de un sujeto. Lo cual se advierte con mucha nitidez en la fobia, mucho más que en las otras dos neurosis más conocidas.

Ahora bien, ¿a dónde vamos con esta afirmación? Aludimos, por ejemplo, a que el positivista Eysenck, en su *Estudio científico de la personalidad*, quiere demostrar lo que a él le interesa, de antemano; es decir, recurriendo a la estadística: ‘hay tantas curaciones con el psicoanálisis como las hay, espontáneas’. Para ello, no deja de ilustrar que basta con perseguir la evolución de un neurótico y al mismo tiempo, haciendo lo propio con otro caso “igual” – aunque no neurótico- para advertir, ‘de inmediato’, que los dos ‘casos testigo’ conllevan la misma evolución.

En una primera perspectiva, cabe preguntarse ¿cuáles son los criterios de normalidad o de curación en los que se basa? Y por otro lado, vale tomar en consideración - acorde con los índices de marras - si se queda en la terapia sintomal, o no. A partir de ello, si se limita a ésta, es posible advertir que se reduce un síntoma. Es claro que no se trata de neuróticos sintomales; antes bien de de los mal llamados neuróticos asintomáticos o neurosis caracteriales –denominación bastante retorcida, si las hay. En todo caso, cuyo rasgo más ostensible sean maneras espontáneas de ‘curación’, por ejemplo, en que efectivamente muchas fobias infantiles son ‘superadas’.

Si, mas, ¿Cuál es esta manera? En efecto, aludo a una ingurgitación yoica del síntoma. Empero, cabe considerar que esto se paga. En primer término porque el yo se acomoda al síntoma y él mismo se hace síntoma; pero con una diferencia: el goce en juego no es un goce del síntoma localizado, sino que tiene que ver decisivamente con el malestar con los otros, que vuelve en general a partir de dificultades de la vida de relación. Y esto es lo que escuchamos como motivos de consulta, más allá de la localización del síntoma.

No precipitemos, sin embargo, la conclusión, puesto que lo predicho se revela un punto en el cual se encuentra un latente riesgo - como el maestro vienés lo advertía siguiendo un legítimo designio - que no cabe descartar en lo más mínimo. ¿De qué se trata en lo aludido? En primer término y más allá de la pendiente graficada por Karen Horney, en *La personalidad neurótica de nuestro tiempo*; se trata más bien, de la que vuelca su vertiente en el Freud de *El porvenir de la Terapia Psicoanalítica*. La cual puede suscitar el interrogante por, si no será que la misma difusión psicológica del psicoanálisis, ha hecho retroceder al síntoma explícito, gritón, etc., en pro de estas neurosis caracteriales, asintomáticas; pero a las cuales prefiero llamar –con Freud- compulsiones o neurosis de destino.

De tal forma y volviendo a la denominación por el padre de nuestra disciplina, de ‘las más conocidas’, digamos que en el capítulo III de *Más allá del principio del placer*, advirtió lo que les sucede a ‘personas no-neuróticas’, la compulsión de destino. Ahora bien ¿en qué sentido cabe llamarlas así? Es claro que desde la perspectiva sintomal. Sí, empero, como decíamos, es neurótico el que dice que lo es y en tanto los motivos de goce pueden ser, efectivamente, mutados - más allá del síntoma localizado del

‘cúreme de esto que del resto, me arreglo’. Referido a ello, a mi parecer, de eso no neurótico –así llamado por Freud en el ’20 - podemos decir que se trata hoy día de una ampliación de nuestra clínica y que no implica –punto crucial a considerar- necesariamente, una modificación de la constelación.

De tal forma, una de las características de este índice del trabajo de la neurosis, es el reemplazo del síntoma por un *trazo* característico –para no decir rasgo, que es un término un poco a lo Allport y en cambio de ello, destaco mejor esta idea de Lacan del trazo. Al respecto es una de las maneras más refinadas de consignarlo, ya que indica la condición no-toda del carácter, de compuesto; sino que hay trazos y éstos pueden ser no coherentes entre sí.

A propósito de esta cuestión, cabe recordar que hacia el final de su artículo *Neurosis y Psicosis* (1924) Freud refiere que muchas de las excentricidades y extravagancias, se deben a que ahorran represiones, dejando un libre exutorio a mociones que si fueran reprimidas no darían lugar a esta incoherencia que uno, como observador, capta. En general son extravagancias que de ninguna manera son tales para el propio sujeto. Ahí es cuando aparece la importancia del concepto de trazo, en la medida en que estos trazos de ninguna manera son coherentes entre sí. Si hay alguien que intenta hacerlos coherentes, es el obsesivo, a cuyo carácter, Freud le llama carácter anal: la obstinación, la economía y el orden.

Cabe decir, entonces, que estas trazas, ahora sí coalescentes, marcan un cierto carácter⁹⁹ ; aunque de ninguna manera ello habilita a considerar – tan suelto de cuerpo- al modo de Reich, que existe un carácter fóbico.

Digamos aquí que Freud privilegia esta cuestión, porque evidentemente ese afán por la logicidad del obsesivo, lo emparenta con el paranoico. Lo cual hace que, notoriamente, aparezcan características propias de una conjunción de términos, que efectivamente, ligan entre ellos. A la par y a mi modo de ver, cabe decir que lo mentado, de ninguna manera es lo usual; entonces debido a ello su sustento limita y restringe innúmeras posibilidades de análisis. ¿Por qué? Porque aparecen trazos perversos en las neurosis- u otros por el estilo- dejándose de lado la condición paradójica y contradictoria del carácter. Sólo para el yo, el carácter parece unitario, pero al observador lo desconcierta.¹⁰⁰

2.- Evitaciones: fobia propiamente dicha

Cabe considerar que entrando en este segundo momento lógico en la cuestión de la fobia, estamos en el sustituto, en primer término, y esto hace que hablemos de neurosis. Subráyese, que erigido en el segundo tiempo el objeto fóbigeno, intelige Freud: “...para alcanzar su meta más inmediata, más importante. Así llega a la formación de un intento de huida Lo que se forma ahora es una tentativa de fuga: la fobia, en sentido estricto”¹⁰¹

⁹⁹ R.Harari, *La repetición del fracaso*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1988

¹⁰⁰ Volveremos sobre el carácter, porque es una noción que se halla no demasiado estudiada como poco desarrollada en la literatura psicoanalítica; a diferencia de lo que sucede con la condición de la neurosis sintomal. Cf. nota final nº viii

¹⁰¹ S.Freud, *La Represión*, idem

Hasta acá no había nombrado la fobia propiamente dicha ¿qué es esto de la fobia?: “...una cantidad de evitaciones destinadas a excluir el desprendimiento de angustia.”¹⁰²

Estas evitaciones, recursos muchas veces que aparecen rayanos con el tabú del contacto del obsesivo, es lo que se llama estrictamente, fobia. Y queda asociada la aparición del objeto fóbigeno a la aparición de la angustia.

Ahora sí, vayamos a *Lo inconsciente*, donde Freud agrega aún un tercer momento:

3.- Muralla

Previamente a abocarnos a este tercer tiempo lógico, recapitulemos hasta aquí, mediante un cuadro sinóptico:

Momentos lógicos:

- 1: Sustituto y angustia
- 2: Evitaciones: fobia propiamente dicha¹⁰³
- 3- Muralla

Ahora bien, ¿Por qué la conjunción y entre esos términos en el punto 1 del esquema? Porque a mi entender hace lugar a los distintos destinos para constituir el uno y la otra; por ende, es angustia ante el sustituto.

Aquí cabe, entonces, destacar que el padre del psicoanálisis introduce el término *contraocupación*, que propongo para traducir lo que se conoce como *contracatexis*, *contra carga*. Si lo vemos en un sentido, de algún modo, tributario de la condición espacial, y menos de la condición de las fuerzas en juego, se puede entender por qué Freud insiste – dos o tres veces- que el único mecanismo propio de la represión originaria es la *contraocupación*. Pero la prueba de que no se trata de fuerzas, de afectos, sino que es del orden de la representación, es como el maestro vienés la percibe en tanto pertenecientes a este orden. Así la detecta y describe Freud – en un apartado de “Tópica y Dinámica de la represión”, de *Lo inconsciente*:

“ Por tanto, en la segunda fase de la histeria de angustia, la *contraocupación* desde el sistema CC ha llevado a la formación sustitutiva. El mismo mecanismo encuentra pronto un nuevo empleo. Como sabemos, el proceso de la represión, no está todavía concluido;¹⁰⁴ tiene un cometido ulterior: inhibir el desarrollo de angustia que parte del sustituto. Esto acontece del siguiente modo: todo entorno asociado de la representación sustitutiva es investido con una intensidad particular, de suerte que puede exhibir una elevada sensibilidad a la excitación.”¹⁰⁵

Llegamos así, en suma a un punto decisivo, cual es el sustituto. Empero este último empieza a ampliarse y se parte de un animal, por ejemplo, hasta llegar a la cercanía del perrito en las plazas, hasta la calle, o una puerta de casa, etc. Tal

¹⁰² S.Freud, idem

¹⁰³ Según quedó dicho, los ítems 1 y 2 se han extraído de *La Represión* y el 3 del texto *Lo inconsciente*, de S.Freud

¹⁰⁴ Volveremos sobre este punto, en el tramo siguiente.

¹⁰⁵ S.Freud, “Tópica y dinámica de la represión” en *Lo inconsciente*, op.cit. p.180

progresión puede terminar en una severa agarofobia. El analista vienés plantea que esto genera una mayor excitabilidad. En una primera aproximación, la cuestión de marras parece cada vez mayor, pero por otro lado, cada vez se va ampliando el radio estimulativo por donde puede –efectivamente- “garantizarse” el surgimiento de angustia. Se trata de una contraocupación. No es simplemente la defensa; sino que antes era con el perrito y ahora ya no puede atravesar el umbral de la puerta.

De modo que la sensibilización, este orden excitativo respecto de lo que privilegia la fobia, el percepto y su aparición en el campo visual, se ha ampliado. Entonces, para comenzar a despejar el interrogante suscitado respecto ¿A qué se está aludiendo ¿Lo que mantiene en el fondo y abajo, o es que el pleno retorno, es justamente lo que permite en tanto condición sintomal, la mayor sensibilización? Por lo tanto, no mentamos ahí otra cosa que la represión fracasada. Con el detalle siguiente: no hay represión, sino fallida. Retomaremos este asunto líneas abajo.

Ahora bien, siguiendo a Freud, permite situar el término ‘muralla’, algo así como una pared que se va llevando hacia delante; teniendo en cuenta, que cuanto más muralla haya, más revela el fracaso de esa defensa.

En la recta línea de lo sagazmente señalado por el inventor del psicoanálisis, hete aquí que estamos ante la presencia de la pulsión y la defensa. Sí, mas no da pie a que se pueda sostener –ni por asomo- esa presunción pseudointegrativa de dos esencias contrapuestas; ya que en este ejemplo, la fobia con esta condición amurallada, da el mejor testimonio de lo que implica la idea de que pulsión y defensa no son –de ningún modo- dos fuerzas contrapuestas, ni dos esencias, que llegan a un compromiso, ni que es la resultante de un paralelogramo de fuerzas físico; sino que es una sola y la misma formación, sin ningún fondo al que se oponga una superficie determinada.

VI.- El curso del tiempo no mejora una neurosis

Volviendo con diferencia, consideremos de nuevo un tramo de la cita de Freud que nos permita situar de otro modo sus alcances e implicaciones diversas, parafraseándola de esta manera: El proceso de represión, como sabemos, no ha terminado aún. Se encuentra entonces otro fin en la tarea que consiste en inhibir el desarrollo de angustia que emana del sustituto

A partir de este punto, cabe responder a Eysenck; antes bien, a la creencia de que es un proceso terminado. La fobia de manera terminante permite ilustrar la indicación de que no terminó y que –tal como reza el título de este apartado- un neurótico no mejora en el curso del tiempo –sin pasar por un psicoanálisis, por supuesto - aunque caracterologice un síntoma, sino que empeora...

Como vimos, decíamos de la condición insoslayable de la represión, en tanto fallida. Cabe asegurar, ahora, a su respecto, que pensarla de otra manera es el producto de una teorización falaz. ¿Por qué aseveramos lo previo? Porque no deja testimonio de su acción, de su operación. En pro de querer dar cuenta de la idea en cuestión, cabe delinear que de la que –en efecto- podemos decir algo es de aquella que deja indicios, y a partir de allí, es dable hacer un trabajo analítico. Lo contrario da pie a que se pueda llenar al sujeto de significantes diversos.

Presentada así - años atrás - aparecía, por ejemplo, a la manera de una propiedad inconsciente de los seres hablantes, llamada –algo así como- su relación con lo social y con lo político. Con la sola indicación de que tal relación con las dimensiones de marras portaban un matiz determinado: no hacía referencia a una coloratura política nazi o ultraderechista; sino que daba cuenta de una “sensibilidad social” de tono socialista o de izquierda.

Para tratar de decirlo más claramente: cabe advertir allí el gambito sutil a través del cual podría forcluirse la concepción freudiana y lacaniana del concepto de represión. Sin más, indica la vigencia de que “eso” está tan reprimido por la sociedad, que no aparece. Por ende, no hay ningún testimonio y por lo tanto, en tren de levantar la represión se puede inducir aquello de que se levanta una represión tan exitosa, motivo por el cual, no hay testimonios de ella. Como cabe apreciarse, tal concatenación expositiva puede terminar en una prédica política ostensible, que incluso costó muchas vidas, en función de esa original (?) manera de entender la represión; tan devastadora y aniquilante, por lo cual no dejaba sustituto tras de sí.

Por tal razón, conocemos sobradamente la crítica lacaniana de la idea del fondo del saco; la cual radica, no en un prurito espacialista, sino que en lo tocante a esa concepción – vale mi insistencia en enfatizarlo- tiene consecuencias clínicas gravosas, puesto que se pueden hacer atribuciones a granel. Entonces y conforme con aquella tesisura falaz, se arriba a criterios de ‘normalidad’ – por ejemplo: si no hace ‘tal cosa’ es porque es ‘muy reprimido’- en tanto una inducción más que activa del analista en pos de obtener el ‘levantamiento’ de una represión. Como queda evidenciado, aparte de una teoría del significante de lo que implica la condición sustitutiva; sin sustituto a partir de cero, atribuyamos a ese presunto fondo de saco, a cualquier cosa.¹⁰⁶

Por cierto que acerca de esta cuestión abundaremos en el próximo capítulo al señalar las diferencias a efectuar, al discriminar en la *histeria de conversión*, la especificidad freudiana del síntoma.

¹⁰⁶ R.Harari, *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis, de Lacan. Una introducción*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1987 (1º edición) para una revisión clásica y crítica de la cuestión.

Capítulo VI

L a h i s t e r i a

I.- La represión en la sub-constelación histérica: su género

Hete aquí que en pos de comenzar a trabajar la temática de este capítulo y de manera consecuente con lo que venimos exponiendo, entraremos a considerar –de acuerdo al orden freudiano de exposición y previo a ubicar las sub-constelaciones clínicas neuróticas en el ternario simbólico- decíamos entonces, discurriremos la historia de conversión. En este punto habíamos tomado nota de una diferencia que está en los textos, pero en general no es señalada ni –por supuesto- se extraen de allí, conclusiones. A la sazón, se trata de una discriminación notoria señalada por Freud - como decíamos hacia el final del capítulo anterior- que va a caer directamente en su referencia del síntoma.

Ahora bien, recordemos para poder proseguir nuestro decurso, que habíamos hablado de la contraocupación y de la muralla, cual era la zona – aparentemente – defensiva; pero a la vez de máxima excitabilidad, como para poder de esa manera ser estimulada de muchos lados, ofreciendo una especial fragilidad respecto de la posibilidad de serlo desde el percepto.

En primer término cabe considerar una cuestión que vale la pena no dejar a un lado, cual es la noción de la formación de sustituto -sobre la que queremos poner cierto énfasis- que resulta no encarada literalmente de la misma forma, cuando después de haber sido desplegada la fobia, el maestro vienés –tanto en *La Represión* cuanto en *Lo Inconsciente* - se las ve con la historia de conversión.

Referido a ello, vayamos sin más al primero de los textos citados, donde su autor da en resaltar de inicio y en relación con la sub-constelación neurótica predicha, lo que sigue: “A una apreciación por entera diversa del proceso represivo nos fuerza el cuadro de la genuina historia de conversión.”¹⁰⁷

Volvamos con diferencia, a lo que habíamos tematizado a su turno en el capítulo anterior, referido a que no hay un único género de la represión, sino que ésta admite variaciones. A renglón seguido continúa Freud: “Lo sobresaliente en ella es que consigue hacer desaparecer” - la represión puede tener éxito en ello- “por completo el quantum de afecto.”¹⁰⁸

¹⁰⁷ S.Freud, *La Represión*, op.cit., p. 150

¹⁰⁸ idem

Cabe recordar a ese respecto lo ya señalado en lo previo al detenernos en lo que hace a la represión, esto es: si estamos autorizados a hablar de ella, lo es en tanto fracasada, fuera del género que fuese. Acá resulta que hay un éxito de la represión, que alude únicamente al quantum de afecto y por tanto no, a la cuestión representacional. De esta guisa: “El enfermo exhibe entonces hacia sus síntomas, la conducta que Charcot ha denominado *“la belle indifférence des hysteriques.”*”¹⁰⁹

De tal forma, se capta un dato clínico fundamental: en definitiva puede convivir de manera bastante exitosa con algo que recién aparece destacado como tal, el síntoma. Subrayemos entonces, que hasta aquí, en este texto –y esto es lo llamativo- el padre del psicoanálisis, en ningún momento habló de síntoma.

II.- Diferenciar: maneras de la conrainvestidura o contraocupación

Además, puede extremarse con fecundidad el relieve de aquella diferencia, yendo a *Lo Inconsciente*, para apreciar que, llamativamente, sucede lo propio. Sí, después de dar en hablar de la fobia y al punto de acometer la histeria - enseguida de la formación de sustituto por desplazamiento- dirá: “De las constelaciones que hemos discernido en la histeria de angustia, buena parte vale también para las otras dos neurosis, de suerte que podemos circunscribir su elucidación a las diferencias y al papel de la conrainvestidura [o contraocupación]”¹¹⁰ Entonces, de acuerdo con esta concepción, estipulamos a la par, que es precisamente en las maneras de la contraocupación donde radica la diferencia entre las tres sub-constelaciones.

De tal forma y así siguiendo, colige Freud: “En la histeria de conversión, la [ocupación] pulsional de la representación reprimida es traspuesta a la inervación del síntoma.”¹¹¹ Otra vez, recién hace su aparición la referencia al síntoma respecto de la histeria de conversión y he puntuado en lo que sigue, cómo el analista vienés destaca en varios lugares, que el rol de la contracarga proviene del preconsciente y se muestra en la formación del síntoma. Y un poco más adelante - hacia el final de la página - agrega: “Este fragmento escogido como síntoma...”

III.-Discriminar: formación de sustituto y formación de síntoma

¿Cuál es entonces la conclusión que se desprende de esa postulación previa? Se deja entender que es claro que la insistencia del inventor del psicoanálisis es constante en referencia a que habla repentinamente de síntoma, recién cuando se introduce en la histeria de conversión. Por lo tanto es menester –como reza el título que nos convoca- hacer la discriminación entre formación de sustituto y formación de

¹⁰⁹ idem

¹¹⁰ S.Freud, *Lo inconsciente*, op.cit., p.181

¹¹¹ idem, traducción levemente modificada []

síntoma. Véase en ese orden la referencia inserta en *La Represión*: “Divergen entonces formación de sustituto y formación de síntoma.”¹¹²

Es claro que con vistas a poder dar cuenta cómo Freud arriba a esa formulación, es válido y congruente con el orden expositivo que venimos acompañando en sus textos, el haber saltado un poco esto, para marcar cómo dio en resaltar lo que podemos graficar de esta manera: formación de sustituto y formación de síntoma en tanto relación contrapuesta y desigual, que puede, eventualmente coincidir. Cabe decir que un momento, el maestro vienés, dice que coincide.

Ahora bien, el salteo implicó lo propio respecto de la neurosis en consideración. Es decir que en el momento en que coincidieron las dos, fue exactamente en el caso de la neurosis obsesiva. ¿Y en qué orden coinciden? Nos aclara su autor: “Como formación de sustituto hallamos” –en la neurosis obsesiva- “una alteración del yo en la forma de unos escrúpulos de conciencia extremos, lo cual no puede llamarse propiamente un síntoma”¹¹³ A los fines de comenzar a esclarecer esta postulación, es que avanzamos en el siguiente ítem.

IV.- ¿Qué del síntoma?: grado de compromiso corporal en juego

Decíamos en el capítulo anterior que el obsesivo es aquel que le permite a Freud la intelección que hay un tipo -sectorizado, definido, específico - de carácter que da en llamar anal – en sus tres características: orden, tenacidad, economía- donde hallamos una modificación yoica o una alteración del yo y el aumento de la escrupulosidad, que de ninguna manera puede llamarse en rigor, un síntoma. Dicho lo cual, a renglón seguido, detectábamos la frase resaltada líneas arriba en que en ese caso, la formación de sustituto y de síntoma se encuentran separadas.

De todos modos, cabe advertir que esto pareciera convocar una discriminación clínica importante, que a nuestro entender, tiene que ver con lo subrayado por nuestra lectura en las *Conferencias de introducción al psicoanálisis*, cuando el inventor de nuestra disciplina rescataba esta condición etiológica, las series complementarias, exclusivamente para la neurosis histeria; en el punto en que se introducía en el desglose, específicamente, de la formación de síntomas.

Vale decir que las piezas empiezan a encajar, ya que si el maestro vienés da en hablar de la noción de síntoma, lo hace de histeria de conversión. En cambio de eso, no hace referencia al síntoma cuando de fobia se trata o cuando alude a la neurosis obsesiva. Sin duda que tal circunstancia resulta llamativa en grado sumo, en tanto el síntoma satura tal condición. Además lo antedicho puede indicar, en efecto, que la pieza central del edificio de la sub-constelación neurótica freudiana, es la histeria, por el modo en que se encuentra, particularmente, comprometida la corporeidad. O si se quiere decir de otra manera: la corporeidad y el triunfo de la represión en cuanto quantum de afecto, que parece resultar aliviado en tanto *indifférence*. Con la salvedad hecha – huelga recordar- respecto a que no es así en la fobia y en la neurosis obsesiva.

¹¹² S.Freud, *La Represión*, p. 151

¹¹³ idem

Entonces hasta aquí se desprende la siguiente conclusión: *prevalencia sustitutiva en la fobia y en la neurosis obsesiva*. Empero en cuanto a *la histeria de conversión, la formación de síntomas*. De tal forma, la remisión se posiciona en el grado de compromiso corporal en juego: la conversión, la inervación matriz-sensorial - que puede ser el orden excitativo o inhibitorio (movimiento incontrolado o parálisis, por ejemplo, intrusión del orden de representación hecho cuerpo)- en suma, lo que permite ubicar a Freud en rigor, lo que es un síntoma. De esta manera, si puede verificarse cuanto de atendible y congruente conlleva esta puntuación que estamos enfatizando- habiendo recorrido una y otra vez con suma atención los textos de referencia- se arribará de nuevo a lo señalado: no surge la noción de síntoma ni en la neurosis obsesiva, ni en la fobia; quedando aquella reservada únicamente para la histeria de conversión.

En todo caso, puede suscitar que ambos – formación de sustituto y formación de síntoma- coinciden como suele ocurrir en la neurosis obsesiva, con el aumento de la escrupulosidad de la modificación yoica. Pero entonces perdura el interrogante: ¿En qué nos ayuda esta discriminación ofertada por el padre del psicoanálisis?

A nuestro juicio, diremos que de lo que se trata es de la modificación característica en un caso – formación de sustituto- mientras que en el otro, está implicada netamente la discriminación en cuanto hace al cuerpo. Además la pista puede hallarse en cuanto Freud plantea respecto de lo que sucede en la neurosis obsesiva como modificación yoica. ¿Por qué? Porque ella indica esta traza característica, o conjunto de trazos característicos modificados, que no dan ocasión de hablar de síntoma; pero sí, de neurosis.

Cabe decir que tal complicación, de algún modo, motivó uno de mis libros *La repetición del fracaso*¹¹⁴; no sólo por lo que el título suscita, sino porque plantea en primerísimo lugar la condición del carácter. Es cierto que estos no son los términos de Freud, pero a nuestro entender, la formación del sustituto - la conexión por desplazamiento – no deja en pie ningún tipo posible de *belle indifférence*; la cual, en cambio parece ligarse directamente al síntoma; como bien se apreciará a partir de las líneas que se inician en el párrafo siguiente.

V.- *La belle indifférence*: ¿condición triunfal de la represión?

Ahora bien, si acordamos con que aludir a *la belle indifférence* es hacer referencia, más bien a la condición de extranjería respecto del síntoma que a la indiferencia del ‘no me interesa’; hete aquí estamos mentando allí la posición de ese Otro donde el sujeto aún puede reclamarse como *alma bella*; es decir: ‘no tengo nada que ver con esto que me pasa’. Si esto es factible, cabe verificarse entonces, esa condición triunfal de la represión cuanto del fracaso de la misma en la fobia y en la neurosis obsesiva. Referido a ello, digamos que esta es una diferencia crucial respecto de la función de la contraocupación en unas y otras sub-constelaciones clínicas.

Entonces, resaltemos *contraocupación como sustituto*, donde propongo leer: *carácter del yo*, y no carácter en el sentido de la forma de ser del yo, sino que *el carácter es yoico*. Es claro que con todo lo que esto quiere decir: lugar de

¹¹⁴ Cf. R.Harari, *La repetición del fracaso*, Nueva Visión, Buenos Aires,1988

identificaciones imaginarias, también, de la contradicción, tanto como de la extravagancia, incluso de lo que parece como lugar de la hipocresía del sujeto; puesto que los rasgos son contradictorios, sin que esto arroje un efecto conflictivo para el hablante ser. En suma, dando en resaltar entonces, el sitio donde puede permanecer esta armazón que llamamos - con Freud - Yo.

Por último, una vez efectuada esta discriminación – a todas luces, crucial- vale proseguir el desarrollo freudiano que veníamos acompañando; aunque cabe considerar que el grueso de la demostración del maestro vienés está centrada en la fobia –como hemos podido apreciar- y en segundo término, ha tematizado las otras dos sub-constelaciones clínicas.

Ahora bien, retomando el texto que nos brinda su apoyatura – *La Represión* - leemos que: “Otras veces la *supresión* no es tan completa...”¹¹⁵ Este término, supresión o ‘sofocación’ - como traduce Etcheverry- no es represión; antes bien, indica el destino del afecto. De otra manera: no hay represión como la representacional, sino una *supresión* posible. Por ejemplo, la mentada *indifférence*, sería una indicación de una borratina de ese quantum de afecto. Recapitulemos la cita interrumpida: “Otras veces la [supresión] no se logra tan completa, y una dosis de sensaciones penosas se anuda a los síntomas mismos, o no puede evitarse algún desprendimiento de angustia...”¹¹⁶ Por cierto que estamos dando en hablar de la histeria y también ahora, del fracaso de la *belle indifférence*.

Así prosigue Freud a renglón seguido: “El contenido de representación [del representante pulsional] se ha sustraído radicalmente de la consciencia; como formación [de sustituto] –y al mismo tiempo como síntoma-...”¹¹⁷ Cabe decir que en la histeria de conversión coinciden el síntoma y la formación de sustituto en lo que llamamos síntoma corporal, en tanto en la neurosis obsesiva la cuestión pasa por la coincidencia posible en cuanto hace a la escrupulosidad. Sí coinciden y sin embargo, son diferentes; siendo éste un punto muy importante a destacar.

VI.- *einziger Zug* y constitución del síntoma

De esta manera, en congruencia con tal designio, el texto de referencia caracteriza, a continuación de lo subrayado en el ítem previo, que se encuentra la inervación somática de naturaleza sensorial o motriz; excitativa o inhibitoria: “El lugar hiperinervado se revela, a una consideración más atenta, como [un fragmento de representante pulsional] reprimido...”¹¹⁸ Desde ya que dicho “un fragmento” está indicando una alusión a la metonimia.

Por ejemplo, la insistencia de Freud cuando piensa la identificación de segundo tipo –que es la que Lacan aislaba como propia del *einziger Zug*, por un único trazo- cuando por ejemplo se trata de cómo constituir un síntoma.

Si todo esto, esta línea, puede querer decir, como en el caso Dora (*), “quiero ser mi mamá para estar con mi papá”, entonces Freud allí toma un síntoma de inervación

¹¹⁵ Idem, p.150, Traducción levemente modificada, en itálica

¹¹⁶ idem

¹¹⁷ Idem [...] traducción levemente modificada

¹¹⁸ Idem, [...] traducción levemente modificada

excitativa, *la tos*, el cual indica que si Dora quiere ser como su mamá; en efecto allí tiene entonces a la madre: ser ella, en lo peor que tiene. De tal forma cabe decir que lo será en un único trazo, solamente en ese punto que deja indicar que identificación no es imitación, que no es masividad, que ahí está en juego una parte. Se trata entonces de un *trazo unario*. Y *al mismo tiempo* cumple la función- en tal sentido no habiendo dos tiempos en juego- de penar: esto es, del goce ligado al síntoma.

condensación

(*) |__|__|__|__|__|__|__|__
 ←----- metonimia
 ←-----

VII.- Histeria de conversión y condensación

Ahora bien, esa manera de penar indica en primer lugar que esta es una operación, de *pars pro toto*, llamada sinécdoque, *la parte por el todo*, variante de la metonimia. Desde ya que resulte llamativo porque Lacan va a insistir en que el síntoma es metáfora. Sin embargo y dicho así, implica que se va a dejar insinuar que antes que se instale la metáfora tiene que haber algún tipo de acción metonímica. Si bien lo retomaremos líneas abajo con más detalle, en cambio es dable resaltar el rasgo más ostensible a tener en cuenta, cual es, que si hay una operación definitoria de la función de lo inconsciente, es la metonimia y no, la metáfora. Es más, no hay manera de constituir una metáfora si no es por la acción entrecruzada de al menos dos metonimias.¹¹⁹

Es claro que si nos atenemos al clásico slogan, damos en hablar del deseo en tanto metonímico y del síntoma siendo metafórico. ¿Por qué? Precisamente por un punto decisivo, porque el deseo va deslizándose, como por una suerte de deriva, que en tanto deriva desiderativa aludiría a la condición metonímica del deseo. De tal forma, si se trata de metaforizar – es porque exista algún tipo de semejanza entre lo procurado y lo obtenido y entonces hay allí condición de metáfora – vale decir que hay algún tipo de semejanza - no obvia, por supuesto, y menos para el analizante del que se trate.

Entonces, a nuestro entender, Freud puntúa que este síntoma se constituye a partir de la metonimia – *pars pro toto* - la parte por el todo. Véase, por ejemplo, al decir: “- Hay que pagar ‘tanto por cabeza’”, en tren de aludir a ‘tanto dinero por persona’. O bien : “- El rey pronunció un discurso’ y en vez de eso, se dice: “- La corona pronunció un discurso’. Tal tesisura da por sentado que conocemos sobradamente que comporta una conexión significativa y no, una empírica; puesto que aunque el rey no porte –hoy día, por lo general- la corona sobre su cabeza, se lo da a entender sobradamente de ese modo.

Hete aquí que el analista vienés discurre: “El lugar hiperinervado se revela, a una consideración más atenta, como un [fragmento del representante pulsional] reprimido, que ha traído hacia sí, *por condensación*, la [ocupación] íntegra”¹²⁰

¹¹⁹ R.Harari, “Metáfora: ¿tema y fora?” en *¿De qué trata la clínica lacaniana?*, Catálogos, Buenos Aires, pp.29-48

¹²⁰ S.Freud, idem. Bastardillas en el original y lo traducido entre [...] me pertenece.

De acuerdo al planteo freudiano, parece que si este fragmento ha atraído hacia él toda la ocupación, hay una condensación, en el sentido de la parte por el todo, de la metonimia. Aquí surge un pequeño problema, ya que Lacan –en relación a su desacuerdo con la concepción de Jakobson¹²¹- asimila la condensación a la metáfora y el desplazamiento a la metonimia. Por su parte el citado lingüista prefiere ubicar en la metáfora a la simbólica de los sueños –la cual ha recibido nuestra crítica hartas veces- y a la identificación –donde hay algún tipo de semejanza- porque toma en cuenta, sobre todo, el parecido que pone en juego en todas las operaciones mencionadas. Hete aquí, entonces, que en este punto, lo elaborado por Freud condice más con Jakobson que con el analista francés. ¿Por qué aseveramos lo anterior? Porque – como venimos despejando- para ese insigne lingüista, la metáfora retórica corresponde en el genio freudiano a la simbólica y a la identificación; encontrando como condensación y desplazamiento a la metonimia.

De ahí que vale destacar entonces, de nuevo, que la condensación freudiana parece ir de la mano de la metonimia. Sin duda que lo que el *Grupo de Lieja* demuestra, la doble metonimia como formadora de metáfora – como he intentado dilucidar en mi referido texto (ver nota final xii) – permite aclarar el panorama; puesto que los tropos de marras no parecen ser órdenes disyuntos, sino que toman en cuenta la mentada antecendencia lógica.

Volvamos al texto *La Represión*, donde plantea el maestro vienés: “Desde luego, tampoco estas puntualizaciones describen por completo el mecanismo de una histeria de conversión; sobre todo resta agregar el factor de la *regresión*, que debe ser apreciado en otro contexto.”¹²²

Claro está que respecto de la regresión aquí anunciada, puede suscitar la duda sobre cuál dimensión está en juego, ya al estar de Freud se la declinaba en tres: tópica, temporal y formal.

Resumamos ahora los trazos deducibles de cada una de las nombradas: la regresión tópica aludía a la que regresaba de Preconsciente a Inconsciente, así como la denominada temporal – la más explotada y recordada - haría alusión a estadios evolutivos; o sea de lo más a lo menos evolucionado. Y cabe considerar, por último –en esta breve síntesis a modo de recordatorio- que la regresión formal es la que hace a las modalidades de la representación, como por ejemplo, la representación palabra a la representación cosa.

Continuando con nuestra lectura y referido a ello, asevera: “La represión de la histeria [de conversión] puede juzgarse totalmente fracasada en la medida en que sólo se ha vuelto posible mediante unas extensas formaciones sustitutivas; pero con respecto a la finiquitación del quantum de afecto, que es la genuina tarea de la represión, por regla general constituye un éxito completo. El proceso represivo de la histeria de conversión se clausura entonces con la formación de síntoma y no necesita recomenzar en un segundo tiempo –o en verdad proseguir indefinidamente- , como ocurre en el caso de la histeria de angustia.”¹²³

Hete aquí, entonces, los tres tiempos de la fobia: el momento de la constitución, el objeto, la cuestión evitativa y la muralla; en cambio de eso en la sub-constelación histórica que nos ocupa en este tramo de nuestro desarrollo, ese momento y el tercero de ellos, permanecen ausentes. Vale decir, de ahí la simplicidad, en última instancia, ya que bastó – en efecto- con la formación de síntoma. Ahora bien, siempre tomando en cuenta como

¹²¹ En el *Seminario 20, Encore*, Lacan rinde homenaje a Jakobson, quizás el más grande lingüista del siglo XX –tomando allí distancias de Chomsky- y como manera de ir hacia su *Poética* en su inflexión hacia la vertiente de la letra

¹²² Idem, p. 150-151, bastardillas en el original.

¹²³ Idem, corchetes [...] en el original

referencia crucial a la fobia, el analista vienés va a agregar, en nuestro otro texto de referencia, *Lo Inconsciente*, en el apartado “Tópica y dinámica de la represión”, lo que sigue: “De las constelaciones que hemos discernido en la histeria de angustia, buena parte vale también para las otras dos neurosis, de suerte que podemos circunscribir su elucidación a las diferencias y al papel de la [contraocupación]. En la histeria de conversión, la ocupación pulsional de la representación reprimida es transpuesta a la inervación del síntoma.”¹²⁴

En cuanto a la mentada transposición, cabe adoptar algún cuidado, pues no se trata de que masivamente todo esto se transpone al cuerpo, sino que hay una transformación por el trabajo en juego. Es decir la secuencia deseo-fantasma-síntoma no es una transición especular, donde todo pasa de sistema a sistema como un pasaje que no implique modificaciones. Dicha transposición se paga en cada uno de los trasposos, con modificaciones. Para decirlo de una vez: no todo lo producido implica decir que radica en que ese fue el deseo en juego; antes bien comporta una lectura conductista que ignora y forcluye la dimensión de la transposición. Pruebas al canto: de ahí que ‘el brazo paralizado’ en una conversión histérica, no quiere decir por analogía pene erecto, o respecto del que come demasiado resulte sin más, ansiedad oral, etc. No precipitemos tal conclusión, ya que lo predicho no comporta analogía, ni transición sin modificaciones; antes bien, cuestiones tales hablan de un conductismo fenomenológico impertinente a nuestra disciplina psicoanalítica.

Pues bien, en congruencia con tal designio, Freud planteará en la histeria de conversión lo que sigue: “En cuanto a la medida y a las circunstancias en que la representación inconsciente es drenada mediante esta descarga hacia la inervación, para que pueda desistir de su esfuerzo de asedio {*Andrängen*} contra el sistema Cc, será mejor reservar esa y parecidas cuestiones para una investigación especial en la histeria”¹²⁵

Referido a ello, no cabe suponer que ha habido tal éxito en cuanto al exutorio o a la posibilidad de la transposición. En su defecto, si encubre es dable preguntarse entonces, al mismo tiempo: ¿Es tan exitosa porque con la *belle indifférence*, logra el exutorio?

Veamos que aquí el padre de nuestra disciplina se muestra cuidadoso, y subraya lo que puede escucharse en ciertas autodenominadas ‘interpretaciones’: “-Si ocurrió tal cosa, es lo que usted quiere, este es su deseo.” La predicha puntuación conlleva inmediatamente, el surgimiento de la negativa yoica de parte del paciente: “- Eso no es lo que yo quiero”, de modo tal de instalarse así, tan sólo, una contraposición de opiniones.

Tal como puede acotarse con rigor, que lo previo sirva de advertencia a tomar en consideración, a los efectos de no hacer una terapia yoica, que si bien se critica, empero las más de las veces se cae en ello con la demostración por lo fáctico, en un cuestionamiento de yo a yo, reforzándolo en el analizante –además del propio analista- e induce una dimensión paranoica.

Vayamos, ahora, hacia lo que Freud agrega a renglón seguido: “La [contraocupación] es lo que selecciona aquel fragmento del [representante] de la pulsión, sobre el cual se permite concentrarse a toda la [ocupación] de esta última.”¹²⁶ Se refiere así a lo que se erige, lo que selecciona, a ese saber del sujeto llamado inconsciente.

Y prosigue de esta guisa: “Este fragmento escogido como síntoma, satisface la condición de expresar tanto la meta desiderativa de la moción pulsional cuanto a los afanes

¹²⁴ S.Freud, “Tópica y dinámica de la represión” en *Lo inconsciente*, idem, p 181, traducción levemente modificada [...]

¹²⁵ idem

¹²⁶ idem

defensivos o punitivos del sistema Cc.; así es sobreocupado y apoyado desde ambos lados, como sucede en el caso de la representación sustitutiva en la histeria de angustia.”¹²⁷

En definitiva, lo que conocemos en esta apreciación de notable fineza clínica, es que esta contraocupación está sostenida de dos lados y retengamos entonces, que no habría que suponer ‘de inmediato’ que se trata de una salida única –al estar de Freud - tal como sucede siempre en la histeria de angustia.

VIII.- Hay un núcleo de histeria de angustia en toda neurosis

Ahora bien, hacia el final del artículo que estamos acompañando y antes de entrar en la neurosis obsesiva, aclara que es en la carga - ocupación libidinal condensada –que se ejecuta el síntoma. A nuestro entender, si tomamos en cuenta las dos sub-constelaciones puestas en consideración hasta aquí –fobia e histeria de conversión- el maestro vienés no cesa de insistir en el caso de la fobia, en la condición de sustituto por desplazamiento; así como en la histeria de conversión, lo hace en la condensación.

Así se resume:

Fobia-----→ desplazamiento

Histeria de conversión-----→ condensación

Empero, ya hemos podido advertir que el desplazamiento es antecesor, por lo tanto si uno hurga en la condensación, encuentra el desplazamiento.

De esta manera es dable entender también, que en tren de discriminar –únicamente- histeria de obsesión, se desatiende que en todo caso *hay un núcleo de angustia en toda neurosis* –tal como reza el título del presente apartado. Esta apreciación de notable fineza clínica de Freud comporta a la vez cierta dureza en su enunciación, con la consecuencia de que si no es tomada en cuenta acarrea un trastorno por omisión, en la clínica. Cabe decir que tal punto no resulta incongruente con lo que estamos nombrando a partir de formular esta interrogación: ¿Cuál es la angustia en juego y cuál es la manera de esquivarla? Digamos que la angustia de castración y la manera de esquivarla es una tentativa de fuga, fuera la que fuese. De ahí la identificación imaginaria –con Juranville- procure el vadeo de la castración, de la angustia de castración sita en el respectivo complejo.

De acuerdo con ello, no parece entonces inconsecuente que si los retóricos demuestran que no hay condensación sin desplazamiento y no hay metáfora sin doble metonimia; sea dable afirmar que no hay histeria de conversión sin núcleo fóbico, ni tampoco –por supuesto- neurosis obsesiva sin este núcleo de histeria de angustia. Vale la pena observar a ese respecto, que la fenomenología más banal nos muestra el famoso tabú del contacto del obsesivo, el temor a la contaminación, el temor a las enfermedades (microbios, parásitos) que las más de las veces suele pasar por hipocondría.

¹²⁷ Idem, pp.181-182

Ahora bien, ¿a dónde vamos con esto? A hacer la salvedad de que la indicación freudiana nos hace recalcar en que las medidas son fóbicas, lo cual como es harto conocido suele prestarse a confusión y así escucharse predicar que el sujeto en cuestión porta rasgos de una u otra sub-constelación: “un poco fóbico, histérico y obsesivo”. Dato que no ha pasado desapercibido para Freud quien ha enfatizado la afirmación tajante que venimos de sostener – en este apartado - donde encontramos algo más que la lógica expositiva del orden de razones que mentábamos en el capítulo anterior, de por qué empezar por la fobia.

La idea en cuestión radica en que - quiérase o no – la sub-constelación de marras comporta una organización típica tal, que de no obrar por omisión de nuestra parte, vamos a poder localizar en cualquier analizante. Tan es así que por eso puede aparentar no ser una entidad autónoma. Es cierto, pero de ahí a decir que sólo hay histeria y obsesión, resulta una distancia sideral.

IX.- Lo que define al neurótico (lo histérico): el evitamiento de la castración

Para responder a esta tesitura, uno de los ítems más destacables de la puntuación titular de este tramo que comenzamos, nos conduce a la última lección del *Seminario 18, “De un discurso que no sería del semblante”** de Lacan, la del 16/6/71, al finalizar ya, dice lo siguiente: “...es que nosotros definimos lo histérico* por esto, [...] lo neurótico, a saber el evitamiento de la castración”¹²⁸ Cuestión que estamos tomando en cuenta como nuestro vector para definir la constelación neurótica, a través de un recurso que es la identificación imaginaria. O sea, siendo lo que define a todo neurótico.

X.- La sub-constelación histérica: puntuaciones características

a.- Partenaire castrado: intriga histérica

Para hacer lugar a los distintos ítems destacados en estas puntuaciones que hacen a la sub-constelación neurótico histérica, serán indicializados ciertos trazos que desplegaremos enseguida, fincando nuestro derrotero en la lectura de Freud y especialmente en su impar lector, Lacan.

Ahora bien, comenzando por el punto alfabéticamente primero, a renglón seguido de la cita previa, diseña el maestro francés: “Lo histérico tiene un proceder simple, ella...”-ahora sí en femenino- la uniteraliza [la castración] del otro costado, del costado

* Cf. R.Harari, *Las disipaciones de lo inconsciente*, Amorrortu, Buenos Aires, 1996, p. 69, adonde puede acudir para el ahondamiento de la noción de *semblant* en Lacan, las vicisitudes de su traducción al castellano y sus consecuencias clínicas.

* Así leemos del francés en este caso, “lo”, para no feminizar ingenuamente.

¹²⁸ J.Lacan, *Séminaire 18, D’un discours qui ne serait pas du semblant*, AFI, Leçon 10, 16 juin 1971

del partenaire” Entonces a la pregunta por cómo esquivada la histérica la castración, responde que ubicándola del lado del partenaire.

Prosigue así la dilucidación el dictante del *Seminario 18* : “Digamos que la histérica necesita –*il faut*- al partenaire castrado. Que sea castrado es claro que se encuentra al principio de la posibilidad del goce de la histérica” Y es a partir de estas tomas críticas que van a surgir otras características – a las que vamos a cotejar con Juranville- propias de la citada sub-constelación, a la que estamos dedicando su elucidación.

Pues entonces, ¿Qué quiere decir que sea castrado? Para responder a ese interrogante, cabe discriminar que depende de qué castración demos en hablar, puesto que diríamos que la que se asume como mujer es la que necesita- vale decir *il faut*- al partenaire castrado. Veamos entonces, ¿en qué sentido puede decirse que necesita? Precisamente en la dualidad, la oscilación presencia-ausencia, tumescencia-detumescencia. Sin duda, es dable aseverar que se está mentando la empiria de la castración.

Por otro lado, la castración simbólica forcluye el hecho de que hay una inscripción empírica que comporta esa dupla –como es harto conocido- presencia-ausencia, erección-no erección, tumescencia-detumescencia y que de hecho, cuando la histérica huye fóbicamente antes de la consumación del coito, ¿qué es lo que resulta intolerable allí? En efecto, la castración simbólica es la que no se soporta –más allá de una fobia eventual a la desfloración que también alude otra historia – la penetración o la erección o el momento siguiente donde el pene muestra que no es el falo, puesto que cae. Precisa puntuación que decanta a éste como un dato clínico crucial a tomar en consideración.

Hete aquí que mientras que así como Freud nos enseña en el fetiche que es la bombacha que puede ser que detrás de ella hubiere algo o no lo hubiere; en todo caso, es un velo que convoca a lo que está más allá. No afirma qué es lo que hay más allá. En un caso similar uno podría decir que se trata entonces de que si no hay contacto con la erección no sabemos después si habrá des-erección. Entonces el aliento del monumento fálico puede ser sostenido y al estar del primer Lacan de *Función y campo del habla y del lenguaje en psicoanálisis*, la estatua fálico-narcísica puede mantenerse.

Así y tal como el maestro francés acota con rigor al situar el partenaire castrado, a nuestro entender esto se entrama con características que hacen que en otro texto contemporáneo del citado, en la *Subversión del sujetoy dialéctica del deseo* llama el lado *sin fe* propio de la intriga histérica. La idea en cuestión es *sin fe* -y no, *no fe*, como ha sido traducido-que alude a esa manera de posicionarse ella en este lugar, en última instancia, de ser quien no cree en una ley exógena. O que en todo caso, respecto de cualquier lugar de legalidad, le cuestiona ese lugar. En cambio si ubicamos en el obsesivo la cuestión de la fe, de la religión; lo que en la histeria sería que no tiene fe.

A mi modo de ver, pareciera que la incredulidad fuera lo patognomónico de la sub-constelación de la histeria de conversión: sin fe, propia de la intriga. Aquí vale tener presentes las películas de intriga, por ejemplo, que mantienen un suspenso y por lo tanto –definición precisa de Lacan- la histérica es una intrigante.

Hete aquí que por curiosidad consulté el *Diccionario de la Real Academia Española* donde dice precisamente de la intriga: un manejo cauteloso, una acción que se ejecuta con astucia y ocultamente para conseguir un fin. Como quien trama algo por detrás de la escena con vistas a obtener un fin determinado. Todo ello, haciendo la

salvedad de no caer víctimas de la instrumentación del prejuicio ancestral contra la histórica – yo tampoco quisiera ser víctima del mismo- : “- no la escuches porque miente”. En este sentido, hay que tener cuidado con los juicios de valor y advertir que no se trata de libre elección, sino que hace al lugar de esquivar la castración desde esta instancia de identificación imaginaria al sujeto, que aparece como quien tiene el falo y que al mismo tiempo, “se apropia” del Nombre del Padre. Siendo por esto que una ley exógena va a ser – en principio- siempre cuestionada: “- ¿Y eso por qué?”, por ejemplo.

En cambio de eso, si uno dice a un analizante obsesivo: “- Necesito que venga mañana para una sesión.” - desde el lugar en que el analista legítimamente se reclama desde el discurso de lo Amo - la respuesta posible de recibir sería :” -Si usted. lo dice, vengo.” Ahí se encarnó una ley aparentemente insoslayable, además de la cuestión de la religión y de la fe. Pero no es igual a los dichos: “- ¿Y eso es porque a usted se le ocurrió? ¿En nombre de qué tengo que hacer caso a lo que a usted se le ocurra? ¿No tiene hora para darme, justo se le ocurre ocuparse en mi hora?”

En todo caso, por la predicha puntuación, es dable advertir aquí el lugar de la fe y de la sin fe, propio de la intriga histórica. En este sentido, en la segunda respuesta, se encuentra el partenaire castrado. Es decir, en esto último, por lo tanto, aparece usualmente, como queriendo marcarle al otro su falta. Pruebas al canto: ante la irrupción en la sesión de un estornudo del analista, puede producirse el siguiente comentario: “- ¿Cómo, los analistas ahora somatizan?” o ante otra situación: “- ¿No es que después de decir, ‘dejemos aquí’ no se puede hablar?”

Conforme con ello y por la vía de esos apólogos es dable advertir este ítem destacable en dónde lo histórico corre el lugar donde aparece una presunta falta respecto del sostén de un semblante presuntamente igual a sí mismo y mediante esa manera de aludir - marcando este tipo de falta – se figura la forma en que aparece el partenaire castrado. Por ende, eso es sostén de su goce, apareciendo así que los mensajes van dirigidos a aquel. Por tal motivo cabe decir que Freud cae en la trampa al creer que él y el Sr. K eran efectivamente aquellos a quienes -o a aquel, en el sentido del Padre Real –iba dirigida la tentativa amorosa. Mentado así, nos conduce rectamente a introducir que el espectador latente de todo este montaje escénico no es quien está ahí en el lugar de objeto. Cuestión que habremos de ir desplegando en lo que sigue.

b.- Tendencia ginecófila

Hete aquí que intentaremos diseñar una respuesta a lo planteado en el párrafo anterior en relación con que el espectador latente de todo lo así pergeñado, no es otra que la Sra. K. Mejor dicho, aludimos de este modo a situar la *tendencia ginecófila*, como la llama Freud en su autocrítica final de *Dora* cuando advierte que el espectador al que está dirigido el referido montaje escénico no es a quien está en el lugar de objeto; antes bien, al que está en el lugar del Gran Otro. Lúcida y precisa puntuación reveladora de ese lugar que resulta cubierto por la Madre, en tanto relación crucial y fundamental a detectar inevitablemente en esta sub-constelación.

Ahora bien, a los fines de calibrar lo previo, veamos entonces en el célebre ...*caso de histeria (Dora)*, la localización de esos dos momentos paradigmáticos para detectarlo:

El primero de ellos es el que tiene por mira el tratamiento de la *fascinación de la mirada*, primando por consecuencia nuestra lectura, de la cual nos valdremos para sacar a relucir lo procurado en la afirmación acerca de que “la mirada está afuera” y – a la par- que se trata de un espectador al que se le destinan las proezas propias de esta sub-constelación clínica.

Obsérvese en el citado texto freudiano, donde se aprecia lo siguiente: “[...] Otro primo que estaba con ellos y conocía Dresde quiso hacer de guía en la recorrida por la galería. *Pero ella lo rechazó y fue sola...*”- tengamos en cuenta este movimiento de rechazo y de ir sola- “...deteniéndose ante las imágenes que le gustaban. Permaneció *dos horas* frente a la Sextina, en una ensoñación calma y admirada. Cuando se le preguntó qué le había gustado tanto en el cuadro, no supo responder nada claro. Al final dijo: “La Madonna”¹²⁹

Consideremos la primera cuestión de marras, cual es esa captura por la imagen, pero al mismo tiempo el hecho de ser convocada por una mirada que la petrifica y hacia la cual ella fue sola, dejando a ese hombre de lado. Véase, entonces, lo destacado por Freud: *lo rechazó y fue sola*. “Es a esta mujer a la que en última instancia –más adelante va a decir- le destina como espectador su vida”.

En cuanto al segundo punto que marcábamos es dable subrayar lo siguiente, en una llamada a pie de página del texto de referencia: “[...]la Sra. K. podía ser la fuente principal del conocimiento que Dora tenía de cosas sexuales; la misma persona que la acusó por el interés que mostraba hacia tales asuntos.”¹³⁰

Por supuesto que no se trata del contenido del sexo, sino de quien lo verbaliza. Entonces, cabe situar la siguiente pregunta a ese respecto:¿ A raíz de qué la acusa la Sra. K.- aunque ella crea que acusa a Dora por su interés en las cosas sexuales- sino ante todo, no por lo enunciado, sino por quién lo enuncia. O sea, como tantas veces sucede que no se escucha lo que se dice, sino quien es el emisor. A continuación, es de esta guisa que Freud aclara en la misma nota al margen: “El segundo sueño me lo podría haber traslucido.” - ¿A qué alude? – “La implacable manía de venganza que es sueño expresaba era más apta que ninguna otra cosa para ocultar la corriente opuesta: la nobleza con que ella perdonó la traición de la amiga amada y ocultó a todos que fue ella, [la Sra. K] justamente, quien le hizo la revelación sobre cuyo conocimiento la calumnió después”¹³¹

Digámoslo de otro modo: es claro aquí que el hecho de introducirla al sexo, lo es a introducirla en su relación al sexo de ella - de la Sra. K - que aparece como quien le da el saber en cuestión - aunque sea informativamente y no pase al hecho, al acto empírico. Y de ahí que sea a la Sra.K, a quien le dirige esta tendencia que Freud denomina llamativamente, ginecófila; o sea, hacia la mujer, pero de ninguna manera a la homosexualidad.

Bien, mas en esa singular ocasión: ¿Por qué usa Freud este significante? Porque no se trata de dar cuenta de que en cada neurótico hay un homosexual, sino de que hay

¹²⁹ S.Freud, *Fragmento de análisis de un caso de histeria (Dora)*, op.cit, t. VII, p.85, bastardillas en el original.

¹³⁰ Idem, op.cit., nº7, p. 105

¹³¹ idem

tendencia hacia la mujer. Pero ¿desde qué lugar? Se trata ante todo, de que identificada en esta localización de P.S. y por eso no es de mujer a mujer. Mas, allí se nos plantea otra cuestión: ya que es más bien desde un cierto sitio de Padre, para así, desde ahí, destinarle a la mujer sus oficios. Y ello vale para situar estos interrogantes, entonces: ¿Qué es eso de homo? Que quiere decir igual ¿Es acaso una mujer que busca a otra? ¿O es tendencia ginecófila? Aquí, de nuevo, está aludiendo a “de la mujer” y de ninguna manera, a “homosexual”. Como dijimos, la palabra ginecófila es -rescatada por nuestra lectura - la que hay que puntuar con todo rigor en el texto de Freud.

Presentada así, cabe decir –otra vez, por ende- que ese saber sobre el sexo que Dora enuncia –vale preguntarse- ¿por qué advino de ese lugar y no de otro? ¿Qué aconteció en esa elección para apelar que el saber viniese de ella? Como es harto conocido, retengamos entonces, que el saber no está en ningún lado azaroso; antes bien localizado- colocado - en ese particular lugar. Lo referido a su respecto en lo anterior es que muchas veces se omite la condición del emisor por el contenido.

Ahora bien, este es el caso en que hay una coincidencia entre el emisor y el contenido. Es decir, que Dora es “avivada” – como suele decirse - por la Sra. K.; pero ¿no es que el emisor recibe su propio mensaje en forma invertida? Dicho así, pues, va de suyo enseguida, este interrogante: ¿Por qué fue, entonces, la Sra.K y no una compañera de estudios, por ejemplo? En efecto, porque en tanto sitio de desplazamiento transparente bastante - respecto de ese lugar de M como significante del objeto primordial-¹³² ese hacer que venga de allí, de este lugar de donde ella - en definitiva K como el lugar de hombre – ginecófilicamente - desea para ella. Esto es lo que no se advierte “de inmediato” en lo homosexual de la histeria y que no ha de confundirse con la cuestión de marras: cómo desear a una mujer desde el lugar del hombre.

Como bien lo sabemos desde Lacan que la histérica necesita del partenaire castrado o inclusive según puede leerse en su *Seminario 11*: “El deseo de la histérica [...] es sostener el deseo del padre”¹³³ Entonces, de manera confluyente con lo que venimos exponiendo, cabe considerar, por un lado, el partenaire castrado y por otro lado, se trata de sostener el deseo del Padre Real y de todas las metáforas del Padre Real al que hay que ubicar en este doble lugar que aludimos: sostener el deseo, pero en ese sostén del deseo, también no perder la ocasión para “meter el dedo en la llaga” –nunca mejor dicho- marcando la presencia de la ausencia, la falta.

c.- La procuradora

Tal como lo indicase la predicha puntuación, a la par el maestro francés menciona respecto de la histeria, que su deseo es ser la procuradora. En sus términos, por ende - como dijimos- vale marcar, por un lado la intrigante y por el otro la procuradora. En lo tocante a esta última consideración, cabe enfatizar de quien ejecuta en nombre de otro una determinada acción, legalmente autorizada para ello. Es decir, no es que se

¹³² Volveremos sobre la cuestión situándola en un grafo hacia el final de este capítulo

¹³³ J.Lacan, *Seminario 11, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Paidós, p. Clase 3, del 29/1/64

apropia indebidamente, sino que recibe un mandato para poder llevar adelante esa determinada acción. ¿Cuál es básicamente esta característica? Se puede ver por el modo en que usualmente es interlocutora una histérica de lo que sucede alrededor. Esta procuradora- así lo dice Juranville- tiene pasión de identificarse a todos los dramas sentimentales.

Por lo tanto va a ser la interlocutora válida, la confidente privilegiada que tiene a bien una particular ósmosis respecto de estos problemas que surgen a su alrededor. En ocasiones puede prestarse a equívoco, leído desde lo imaginario, como que es algo de ella. ¿Qué cosa de ella toca? Lo tocante en ella es esta proclividad a hacerse de los dramas sentimentales de su medio –como suele acontecer- que se emparenta con esta manera particular de relacionarse. Sí, mas no entendiendo la cuestión al modo de la identificación introyectiva, imaginaria, a la manera kleiniana- al modo de: “ si escuchó ese drama es porque algo de ella hay”.

En tal sentido, es por ello que se ubica de una manera bastante privilegiada respecto de la posición del analista y en esa dirección, el semblante de a puede verse favorecido por esa circunstancia de hacer propio los dramas de los demás. No precipitemos, sin embargo, la conclusión y subrayemos en cambio, que no es al estilo de lo tematizado como: “- Como la persona sufre tanto que se pone a llorar y bueno, como soy tan humana, lloro con ella.” No se trata de eso, ya que en ese caso no es semblante de a sino histeria, volcando su vertiente hacia el drama hasta alcanzar la identificación imaginaria más plena. Sobre todo porque esto es argumentado en contra de los analistas, vía el saturado, “soy humano”, mientras lo que se dice de ellos –según parece- es que “ son inhumanos”.Lo cual se apoya en la trampa de la paridad subjetiva, del transitivismo imaginario, por el que somos iguales y sentimos a la par del analizante. Ahí, da en resaltar que la histeria socava la posibilidad de sostener el lugar de analista.

Por otra parte, esta pasión de identificarse con los dramas sentimentales - punto que encontramos en el *Seminario 8 La transferencia* - brinda una apoyatura inevitable a los efectos de captar lo que tiene que ver con una paranoización de su relación con el otro. Esto de “nada de lo humano me es ajeno, todo lo hago mío” no puede dejar de insinuar allí, un delirio de autorreferencia. Lo cual se relaciona con las histéricas que en los historiales freudianos - muchas de ellas - eran en su función, enfermeras.

En primer término desde la inaugural Ana O. procurando los debidos cuidados al padre, partenaire castrado al que le dedica sus amores, pero que está enfermo. Cabe, desde el vamos, advertir el rasgo más ostensible del hacer suyos los dramas, dando en hablar - casi explícitamente – el “¿qué sería de vos sin mi ayuda?” De ahí que sea alguien proclive a dar esa mano afectiva, condición que ha dado origen a cierta caedura en lo *psi*, con el fatigado recurso al “yo tengo el buen consejo para darte; si me hacés caso, vas a ver como las cosas van a andar bien”.

En suma, se trata de psicoterapias que caen en el consejo, la orientación, la ocupación de problemas concretos, que se ubican en este lugar de la histeria, que escucha y al mismo tiempo propone una solución al colocarse –en efecto- en el lugar de ideal.

d.- Darle cuerpo al falo: el síntoma conversivo

Ahora bien, conviene reiterarlo, esta vez al estar de Juranville “El sujeto histérico se ofrece como el padre simbólico y el falo (lo que explica los síntomas de conversión que son otras tantas falicizaciones del cuerpo)”¹³⁴. Es decir, darle –en definitiva- cuerpo al falo, es lo que implica histerizar el cuerpo. Así es como aparece esta intelección posible de lo que comporta la presencia del falo en el síntoma conversivo. Justamente la tesisura freudiana sostenía que ahí es dable reconocer el modo de formación de síntoma propio de la neurosis histérica, en esta inserción corpórea del falo, a su encarnadura.

Referido a ello y al ser tematizado a su turno, recordemos para poder proseguir nuestro decurso que la oscilación de la presencia-ausencia hace a la condición de que es un significante de la falta. Cuando hablamos de falo como significante de la falta es que está faltando a su lugar de imagen fálica, imperecedero marmóreo, pétreo. Falta a ese lugar al que es convocado. Antes de que falte a ese lugar para el que es convocado, la cuestión pasa por la identificación de ese falo en el cuerpo. Darle cuerpo al falo se transforma en las conversiones. En los párrafos que siguen ampliaremos esta temática.

e.- Encuentro *para* el deseo del Otro, de la ley

Ahora sí, volvamos con diferencia a los interrogantes previos y traigamos a colación que a diferencia de lo atinente a la fobia, o sea, “de un encuentro del deseo del Otro”¹³⁵, otra cosa sucede en la histeria. Suspendamos por un momento esta ocurrencia y resumamos los trazos deducibles del proceder fóbico localizados en el gráfico del capítulo anterior: PS aparece en el lugar de O. Desde el lugar de M (S), entonces se ubicaba PS en O.

Ahora bien en el caso de la histeria – como reza nuestro título- que sea encuentro *para* el deseo del Otro¹³⁶, de la ley, hace que el Otro se encuentre con la ley y con el deseo – a diferencia de la fobia, que es encuentro *del* deseo del Otro, como veíamos.

O sea, véase en consecuencia, cómo da en resaltar tanto el lograr hacerse desear como encarnar el lugar de la ley. Sin duda que el predicho es uno de los puntos más originales de los avances de Lacan a ese respecto; cual es la captación de la reivindicación del lugar de la ley por parte del histérico, y por tanto, como decíamos – corolario de esa frase de *Subversión del sujeto...*- “el costado sin fe de la histérica”.

Es cierto, empero que cuando damos en hablar de la Ley lacaniana, cabe aseverar que esta tiene encarnadura en la ley común, ley de la convivencia, no sólo - pero también - ley jurídica. Arribamos así a que es la ley la que resulta cuestionada. Vale decir que, por supuesto, mentada así, la ley es la diferencia de los sexos; esto es, la ley de la castración. Conviene reiterar – haciendo la salvedad - que la misma tiene una

¹³⁴ A. Juranville, *Lacan y la filosofía*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1992, p. 203

¹³⁵ Idem.

¹³⁶ Idem.

encarnadura propia en ese registro particular de ese cuestionamiento al que está siempre proclive.

Entonces es en ese contexto en el cual Juranville, avanza la siguiente puntuación: “La histérica llama al orden al hombre: el hombre no es el padre simbólico, sino simplemente su representante.”¹³⁷ En pro de querer dar cuenta de la idea en cuestión - para empezar- habíamos tomado nota al respecto, de un ejemplo extraído de la clínica, en la situación de un sujeto obsesivo que admite: “-Sí, si usted lo dice, sabe lo que yo necesito, para mí su palabra es ley.” O sea que si no lo dice es porque no puede ser de otra forma. De esta manera ejemplar se deja ilustrar la cuestión mencionada. En cambio de eso, en el caso de la histeria la remisión se posiciona respecto de la frase subrayada, por ejemplo: “- Usted me dice eso y ¿en nombre de qué lo dice? ¿Es que no trabaja con 50 minutos, acaso? Es decir, se deja advertir la vigencia de lo sin fe.

Así, en la línea recta de lo sagazmente señalado por el maestro francés, detectamos el punto donde aparece la característica de la que hablamos; vale decir que, entonces, “no es el padre Simbólico, sino su representante”, el escarnio mencionado respecto del representante de la ley. En sus términos, a la sazón, es dable confirmar que es apto para escarnecer cualquier punto donde aparezca algún tipo de encarnadura de esa ley.

Para decirlo de otra manera: esa eventualidad es llevada al desprecio y en algún sentido, cabe ubicar allí el carácter de la irrisión. En tal dirección, no resulta desatinado aquí, subrayar la veta paranoide que puede aparecer en relación con la promoción de un contrapsicoanálisis, dando en hablar de esta guisa:“- ¿Y tal prescripción no radica en que a usted le conviene tal prescripción para tener más pacientes y así ganar más dinero?” Dicha apreciación clínica presenta una arista que nos permite localizar la irrisión del significante - de la norma - aludiendo de ese modo a que tratándose de un representante, es alguien que trae su ley pero, hace surgir el interrogante: ¿Dónde está la ley? Como queda evidenciado en el ejemplo de marras, esta llega empequeñecida, como reducida a la mínima expresión, y fácilmente combatida y refutable. Lo cual, obviamente, es lo que con Lacan denominamos : “el costado sin fe de la intriga histérica”

De acuerdo con esta concepción y volviendo a Juranville, leemos a renglón seguido:“Inicialmente mujer para la tradición psicoanalítica, la histérica parece encarnar su rol como objeto en la comedia del deseo, pero lo esencial es que, a través de su cuerpo falicizado, la histérica es la ley.”¹³⁸

Cabe considerar que siendo éste el punto a destacar, el mismo no alude, simplemente, al sentido de mimar – de mimesis- el falo en el cuerpo; sino ante todo marcar que allí, es el lugar de la ley que se complementa por el hecho de hacerse desear desde ese partenaire castrado que ocupa el lugar de padre Real.

f.- Edipo ¿histérico?: Otro prehistórico inolvidable

Ahora bien, en ese contexto y siguiendo de modo muy estrecho al dictante del *Seminario 18*, Juranville avanza la siguiente puntuación concerniente al despeje de la aseveración enigmática arriesgada en el título del presente item: “Si, como afirma

¹³⁷ Idem.

¹³⁸ Idem, p.204

Lacan, el mito del Edipo es lo que Freud recogió de la histérica, sin duda es preciso interpretar el asesinato del Padre como castración requerida en nombre de la ley.”¹³⁹ Sorprendente conclusión de Lacan, de la que el filósofo francés termina aseverando: “...Edipo se encuentra con su padre y está en su derecho de matarlo (castrarlo)”¹⁴⁰ Así, vale recordar el por todos consabido que él no sabía que era el padre. Desde ya que este es un punto no azaroso, sino constitutivo, de la tragedia de *Edipo Rey*. De modo que aquí llegamos a la afirmación de Lacan : Edipo es histérico.

Por otro lado, en un primer tiempo de su enseñanza leyendo a Freud y en el *Seminario 7*, nos alerta acerca de que Edipo que no tenía complejo de Edipo. Lo cual es a todas luces obvio, porque si éste labora desde lo inconsciente, se puede decir que no lo hay por el pasaje al acto implicado en el parricidio y en el incesto, en ese orden.

Conocemos sobradamente, que a través de la afirmación lacaniana que Edipo es lo histérico –dicho ahora de otro modo- al estar de Juranville: “Aparece como el buen falo y la ley. De suerte que los tebanos lo reclaman y se le ofrece la mano de la reina viuda.” En efecto, el falo y la ley, por haber derrotado a la esfinge, haber podido responder acabadamente la famosa pregunta.

Por supuesto que en esa línea, es menester aseverar: “Pero la reina es su madre y la rivalidad incestuosa se consuma introduciendo la catástrofe. Lacan señala que por un tiempo la cosa funcionó [...] que el vuelco tuvo de provenir de Yocasta.”¹⁴¹ Entonces la remisión se posiciona en que es por ella que empieza la cuestión de las dudas de quién es este sujeto histérico que ha venido a ocupar el lugar del falo y de la ley.

Por lo tanto habremos de consignar aquello de que – al estar del filósofo de referencia: “El histérico hace ver a la madre en posición de espectadora, de Otro, esta llamada del padre al orden del deseo. Pero con esto mismo parece tratar al padre real como su objeto.”¹⁴²

De tal conclusión se desprende que Edipo hizo lo cual para ofrecerle a su madre en este lugar, la escena de lo que había pasado en su relación con Layo. Sin duda que en lo atinente a Dora, es lo que sucede, en última instancia y en el mismo sentido, cuando el Sr.K le espeta el consabido: “Mi mujer no es nada para mí”, para ofrecérselo a su madre (M) la Sra. K. Véase en consecuencia cuán interesante resulta –en tanto efecto de enseñanza- como Lacan evade agudamente la consumación del incesto e indica que lo que hizo de eso una sub-constelación, es que la relación con el padre – independientemente del cuento edípico de liquidar al padre para quedarse con la madre- es a ésta a quien va destinado efectivamente, lo que hace con aquél –si cabe, desde qué lugar y a qué personaje. Va de suyo, por supuesto, que no tiene que ver con la consumación actuada del incesto.

Prosiguiendo de esta manera la intelección de marras: “De ahí las ilusiones de Freud sobre el amor de Dora por su padre, por el Sr. K....por él, Freud, al fin. El objeto verdadero del deseo edípico es el Otro, para cuya mirada, se urde la intriga y se monta la escena [...]”¹⁴³

Arribamos, entonces, a que la predicha es la interpretación que se puede hacer, tanto de Edipo, como de lo que sucede en el caso Dora. En efecto, en los dos

¹³⁹ idem

¹⁴⁰ idem

¹⁴¹ idem

¹⁴² idem

¹⁴³ idem

apólogos de referencia, se trata de que tanto la escena montada cuanto la intriga urdida estaban destinadas a M en el lugar del Otro. Vale decir que esto es lo que urde, en definitiva, Edipo para su madre Yocasta. En ese orden, habremos de consignar que no deja de resultar llamativo la agudeza lacaniana de ubicar el lugar de Edipo como histérico, puesto que permite extremarse con fecundidad que hay un horror más crucial en juego en dicha circunstancia – en relación con que dado el pasaje al acto con el asesinato del padre, todo está permitido y el incesto cae por su peso – decíamos entonces, cual es la de de someterse a la madre en el lugar del Otro y no tan sólo conquistarla. Aquí cabe hacer lugar a Madre, en tanto ese Otro Prehistórico inolvidable.

Recordemos, para poder proseguir nuestro decurso y a modo de síntesis, los trazos que nuestra lectura ha ido despejando y, por cierto, no tan nítidamente delineados por la investigación freudiana; aunque mejor dicho, no tanto delineados como punteados. Si acordamos con la advertencia lacaniana, una vez más, verificamos el alcance de su incitación a que si uno hace la experiencia de inclinarse en la obra freudiana, recogerá tesoros que están al alcance de la mano; empero es cuestión de ese movimiento para aprehenderlos.

Dicho y hecho, entonces previamente hemos puntuado las siguientes características o trazos patognomónicos: intrigante, procuradora, aprontar la tendencia ginecófila, ubicar a la madre en ese lugar del Gran Otro, tendencia a la pasión identificatoria hacia los dramas sentimentales y de aquí, la manera en que deja evocar la viabilidad de la condición ‘semblanteadora’ –que no es una fingidora en sentido deliberado para sacar ventajas- sino que posicionada en su sub-constelación como condenada al ‘semblanteo’.

XI.- ¿Histerizar al analizante?

A los fines de desplegar lo que el título interroga, -ya para ir concluyendo el presente capítulo- hemos de intentar dar cuenta de varias cuestiones de diverso tenor. La primera de ellas va a ser extraída del *Seminario 17*, en el cual Lacan, al introducir el discurso de lo histérico dice que el propósito de todo análisis es, histerizar al analizante, o sea de la condición propia de lo histérico. ¿Qué es lo aludido en ese caso? En este punto cabe escribir el así llamado *discurso histérico*

$$\begin{array}{l} S/\text{-----}\rightarrow S1 \\ a\leftarrow\text{-----} S2 \end{array}$$

Lo cual puede suscitar que un sujeto (**S/**) que aparece efectivamente como falicizado, dividido, sujeto del deseo se dirija a un **S1**. Ahí, en efecto, aparece ese lugar de la sin fe, propio de lo histérico, pero lo que hace es intentar la búsqueda de un Amo- Maestro sobre el cual reinar. Cabe descartar que no comporta el intento de liquidarlo del medio, sino que lo busca porque le asigna un saber (**S2**) sobre el objeto **a**. Es decir que interpela, pero en definitiva, lo que se produce sigue siendo un saber.

Hete aquí que lo que Lacan capta cuando escribe este matema del discurso histérico, es que no se trata de ningún azar historicista (represión sexual y damas insatisfechas), sino que da una referencia estructural, al decir que hay que histerizar el discurso del analizante. Está marcando que esto es a obtener, que ocupe el analizante este lugar del sujeto, en tanto agente.

La enseñanza lacaniana exige, a nuestro entender, que sea articulado lo previo a la instalación del llamado Sujeto supuesto **al** Saber (**SsS**), que leemos de este modo ya que **al** saber se le supone un sujeto. Por ende, diríamos que hay un saber y a eso le suponemos un sujeto que lo vehiculiza, de acuerdo con la tónica vigente en lo que transporta lo usualmente dicho: “no sé lo que me pasa” y he ahí un saber. Para seguir con el referido: “Ud. debe saber por qué me pasa lo que me pasa, ya que Ud. es analista.” Entonces, primero transferencia al análisis y después al analista.